

ATRAPADA EN GEA

Gabriela Santana



UNIVERSIDAD DE COLIMA

ATRAPADA EN GEA

MAR DE FUEGO

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

ATRAPADA EN GEA

Gabriela Santana



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2025
Avenida Universidad 333
C.P. 28040, Colima, Colima, México
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, extensión: 35004
Correo electrónico: publicaciones@uclm.mx
<http://www.uclm.mx>

Derechos reservados conforme a la ley
Publicado en México / *Published in Mexico*

ISBN: 978-607-8984-64-0
DOI: 10.53897/LI.2025.0003.UCOL
5E.1.1/317000/074/2024 Edición de publicación no periódica



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial – CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Usted es libre de: **Compartir**: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. **Adaptar**: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: **Atribución**: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. **NoComercial**: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. **CompartirIgual**: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution – NonCommercial – ShareAlike 4.0 International License.

You are free to: **Share**: copy and redistribute the material in any medium or format. **Adapt**: remix, transform, and build upon the material under the following terms: **Attribution**: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. **NonCommercial**: You may not use the material for commercial purposes. **ShareAlike**: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Dictaminación doble ciego y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Registro: LI-014-24
Recibido: Julio de 2024
Publicado: Enero de 2025

Para mis hermanos *trekkies* Rafael,
María Angélica y Marimar,
con amor.

La especie humana se enfrenta más que nunca
al reto de demostrar nuestro dominio
no sobre la naturaleza, sino sobre nuestro carácter.

Rachel Carson

Capítulo I. Gea

Veda percibía la aceleración de su pulso y respiraba tratando de controlar el momento de rabia. La reacción la conmovió. Estuvo a punto de estrellar un vaso contra la pared. Afuera, el sol de agosto le irritaba el cuerpo y los mosquitos dejaban manchas de sangre al abandonar su piel hartos de haberla picado. Necesitaba poner todo ese ruido en palabras. Para hacerlo, entró a la casa y tomó una laptop que habían dicho era suya. La máquina resultaba extrañamente pesada, como si estuviera hecha para durar cien años, y no tenía pila, sino unas celdillas que se recargaban con energía solar. Se detuvo un momento y comenzó a golpear el teclado con la fuerza de un pianista en pleno arrebato:

Quiero escribir de mí antes de perder mis recuerdos; antes de acabar por crearme el cuento de que soy una maestra, estoy casada y tengo un hijo adolescente. Quienes dicen ser mi familia me miran con desconfianza. Mi mal humor me delata. No es la misma, piensan, pero no se atreven a decir nada porque estoy aquí y sin duda soy igual a la mujer que desintegré o desplacé o simplemente hice desaparecer de esta realidad.

Nadie puede estar mucho tiempo parado en la punta de sus pies. Por dos semanas he tratado de funcionar lo mejor posible: intento ser amable mientras hallo la explicación de lo ocurrido. Sin embargo, hay momentos en que, hasta las pequeñas cosas como perder los lentes o no encontrar una aspirina, me abruman. Quiero decir ¡basta! Yo no soy esa madre ni esa esposa. La pregunta es, si lo digo, ¿me creerán?

Hace dos semanas yo era una astrónoma. Lo digo para mí misma y, cuando lo escribo la noche me parece aún más lejana. ¿me habré vuelto loca?

Espero que vaciar mis pensamientos me ayude a entender un poco la situación.

Mi nombre es Veda. En mi mundo estaba casada con Samuel y trabajaba en el Observatorio Solar de Big Bear, en California, junto al gran lago de las montañas de San Bernardino. Recuerdo muchos detalles de mi existencia. Puedo revivir, sobre todo, las emociones. Sé que observar la luna me serena, que puedo escuchar el polvo interestelar y que interpreto los fenómenos del Sol, así, con mayúscula, por ser el nombre del astro de mi sistema interplanetario.

Muchas personas se han sentido inclinadas a aprender del universo. Quieren saber si estamos o no preparados para los meteoritos y los hoyos negros; sin embargo, somos pocos los que nos sentimos atraídos por los números de veinte cifras o el nuevo descubrimiento de una galaxia elíptica a cientos de años luz de nosotros.

Soy una astrónoma que vive en California. Mi padre vino de México para hacer su doctorado, conoció a mi madre en UCLA y se quedó con ella para hacer

ciencia y una familia. Yo seguí los pasos de ambos. Cuando quedé huérfana la tierra se hizo mía. Ahora soy una de esas mujeres que bordan con paciencia el gran telar de la noche para clasificar los colores de las estrellas y su brillantez. A veces el anonimato es parte de la penumbra en que trabajamos.

La trayectoria de las mujeres en la astronomía ha sido larga y difícil. Por eso escribo esto: me alegra ser parte de esa herencia científica. Tenía diez años cuando llegó a mis manos el primer libro de astronomía, hablaba de Hipatia de Alejandría y de las llamadas Calculadoras de Harvard, esas mujeres que se dedicaron a contar y clasificar estrellas en el Observatorio que coordinaba Pickering. Sin embargo, sin ese trabajo aparentemente tedioso de fotografiar el mapa estelar, no sabríamos de las estrellas pulsantes ni de la relación que existe entre la luminosidad y la distancia de los cuerpos celestes.

Ahora sólo sé que estoy varada en un lugar que tiene un cielo distinto.

Veda dejó el teclado y fue a la cocina. No le parecía lógico recordar toda esa información y, en cambio, no saber nada de las personas con las que vivía. Se preparó una taza de té y le dio vueltas distraídamente a la cucharilla y a la memoria: un par de días atrás despertó en un hospital.

—Buenas tardes, señora. Soy el doctor Klingsberg. Usted tuvo un accidente de bicicleta. ¿Recuerda cómo pasó?

—No. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Una semana. Tuvo una fuerte contusión.

No puede creer lo que escucha. Ella dejó de andar en bicicleta a los diecisiete, cuando vivió de cerca el accidente de la amiga a la que tuvieron que coserle tres dedos.

—Su familia quiere verla.

Observa al hombre que le explica que es su marido. Este se turba cuando ella rechaza el beso en la frente.

—¿No sabes quién soy? Soy tu Samuel —le aclara—. ¿Cómo te sientes?

Veda lo observa. Claro que lo reconoce. Está casada con él, pero el Samuel al que está acostumbrada usa silla de ruedas, es más grueso y tiene la mirada traviesa. Ahora le llaman la atención los bíceps marcados y la camisa de manga corta, el aire casual... Este hombre parece amarla y no tiene la tristeza del otro.

Lo que más la aterra es cuando entra un joven alto, con el cabello al hombro y los ojos espectacularmente ahumados con delineador negro. Los dos callan. Tal vez el chico se ha dado cuenta de que ha perdido a su madre y la mujer que acaba de despertar es una impostora.

—No te angusties, mamá. Irás recuperándote —la toma de la mano.

Cierra los ojos y flota en su mente la visión nebulosa de lo que pasó. Un suceso que tiene que ver con un experimento de fusión controlada y plasma; un accidente que ella misma provocó con un aparato capaz de reproducir tormentas geomagnéticas. Habría jurado que dejó de existir. De esos accidentes nadie sale vivo. Pero ahora está ahí y recuerda cosas, aunque no lo que debería recordar.

El médico pide a la familia que la dejen descansar.

—La memoria es un asunto delicado. Una vez que le dé el alta, los objetos cotidianos y el amor de su familia pueden ayudarla en su recuperación. Voy a darle este medicamento antiinflamatorio por si tiene dolores de cabeza y una pomada para los hematomas.

“Fue un accidente de laboratorio. No de bicicleta”, piensa ella.

El médico revisa sus anotaciones.

—Lamento verla tan confundida. ¿Recuerda dónde trabaja?

—Trabajo en...

—En una escuela —interrumpe Samuel, el de los brazos atractivos.

Veda calla en un intento por recuperar sus fuerzas y salir de esa situación lo antes posible. Se siente como si la hubieran secuestrado. ¿Y si de verdad falleció y esto es parte de esa prueba?

Le hubiera gustado estar preparada. Después de todo, siempre ha sido una perfeccionista. De saber que moriría pudo haber organizado uno de esos funerales para vivos, como los que hacen en Japón para darle la oportunidad al futuro muerto de decir gracias y de escuchar a los demás jurar que fue relevante en sus vidas.

Cuando la dejan descansar hace un repaso de la situación. Estaba trabajando en un proyecto a cargo del doctor Peter Doyle, había logrado un flujo de electrones constante cuando algo cambió la frecuencia y se produjo una onda perpendicular. Esa onda la empujó con la fuerza de una explosión hacia la pared; luego, por un par de minutos sintió una ligereza particular, como la caída larga en un túnel. “Debí haber muerto instantáneamente”, reflexiona, y se reprocha a sí misma el error: no terminar su contribución a la ciencia, acabar su vida a los cuarenta y dos, y no haber sido particularmente amable ni fiel. Tal vez Samuel, el de la silla de ruedas, dijo de su ausencia algo así como “Veda nunca tuvo vocación de enfermera, no tenía paciencia para mí” o “jamás le interesó ni la cocina ni la maternidad”.

“No puedo culparlo”, piensa y da un sorbo a su té mientras una ola de remordimiento le sube por la espalda enchinándole la piel. No es que no lo hubiera querido alguna vez, lo quiere incluso ahora, el tema es que ella amaba

aún más su libertad. Al poco tiempo de estar casada se sintió aburrida y empezó a comportarse como si su esposo fuera simplemente un amigo con el que compartía el espacio. Luego vino el accidente que dejó a Samuel en silla de ruedas y esto no hizo sino agrandar la distancia. En efecto, no sabía ser paciente ni abnegada; de hecho, todo lo que ella hacía era el resultado de su pasión, de su prisa y de una capacidad de trabajo que sorprendía a compañeros y maestros.

Cuando su marido volvió del hospital con la columna irremisiblemente dañada, lo dejó casi de inmediato a cargo de una cuidadora y de terapeutas físicos. Ella necesitaba trabajar. Se volcó en eso como pocas veces y avanzó de manera notable. La habían puesto al frente de una investigación sobre fenómenos del clima espacial, esto incluía disturbios en la ionósfera, trastornos de la navegación por compás magnético y muestras de la aurora boreal en latitudes mucho más bajas de lo normal. El tema le fascinó.

Como viajaba con frecuencia para ver a sus colegas, fue sumando entre sus amantes a algunos compañeros de trabajo. Después de todo, si en el trabajo eran sus pares, también podían serlo en el juego. Era cuestión de pensar en el sexo como una actividad física y recreativa, como hacen los delfines. Samuel terminó por ya no reprocharle nada. Así eran las cosas en ese otro lugar.

Veda miraba el fondo de su taza como si quisiera leer una respuesta en las hojas de una hierba parecida al eucalipto. Desaparecer a la mitad de la vida sin haber aprendido a ser paciente... Tal vez no hubo un cuerpo que velar sino también la idea de ella y múltiples preguntas. ¿Se desintegró? ¿Murió quemada? ¿Alcanzó a escapar y está perdida? Una idea esperanzadora la sorprendió: “Sí, eso es, no estoy loca. Sólo estoy perdida. Lo que significa que puedo regresar”.

En eso estaba cuando el esposo de los brazos fornidos llegó y puso la mano sobre su hombro.

—Ya corté el pasto, pero necesito que me digas qué más quieres que haga en el jardín.

—¿Me importa el jardín? —las palabras no le salieron.

—Tienes que poner de tu parte. Lo dijo el médico. Regresar a tu rutina.

—Perdóname. Lo que quieras hacer está bien. Te ves agotado. Estás sudando.

—Tienes razón. ¿Qué te parece si cocinamos algo? ¿Por qué no vas picando unas verduras para ensalada?

Samuel se lavó las manos en el fregadero mientras ella sacaba el cuchillo y algunos vegetales. Estaba a punto de preguntar ¿qué verduras me gustan?, pero se contuvo de nuevo: vio vegetales que no reconocía. Samuel seguía hablando de manera animada:

—Las clases comienzan en agosto. ¿Ya te preparaste mentalmente para lidiar con los de secundaria?

—Les doy ciencias, ¿verdad?

—Me da gusto que comiences a recordar. Tal vez también quieras hablar pronto con Grillo. Lo veo muy metido en sus cosas.

“Grillo debe de ser el joven que me presentaron como Martín”, pensó, su respuesta fue para zafarse del tema:

—¿No eres tú su confidente?

—¡Qué bien! Otro recuerdo... Sin embargo, también necesita a su mamá, ¿no crees? He pensado que podríamos organizar un campamento y salir los tres. Nos podemos llevar tu telescopio.

Veda dejó sobre la mesa el cuchillo y un tubérculo que había sacado al azar.

—¡Samuel, es una gran idea!

—Sabía que la posibilidad te gustaría mucho. Después de todo, siempre has disfrutado estar al aire libre —la besó suavemente en los labios.

Veda lo abrazó para ocultar su turbación. Si lograba identificar las estrellas, tal vez así sabría en qué lugar del universo estaba.

Capítulo II. Tierra

“¿Se desintegró? ¿Murió quemada? ¿Alcanzó a escapar y está perdida?” Saito se sentía enloquecer con las preguntas. La policía había finalizado el asunto. ¿Quién era él para tomar decisiones respecto a Veda? Apenas un amigo. Sin embargo, algo en sus entrañas le revelaba que Veda no había muerto y, por eso, repasaba una y otra vez las evidencias del accidente y la información que la policía obtuvo de la escena.

“De todos los que se están ocupando del asunto, sólo yo puedo recrear el modelo que nos aclare lo que realmente sucedió y cómo fue que se desplazaron los electrones para arrojar tales números en el amperímetro. ¿Un fenómeno de foto excitación? Únicamente alguien de ciencias sabría interpretar los datos e imaginar lo que pudo ocurrir en unos cuantos femtosegundos. ¿El desplazamiento de Veda, quizás? pero ¿a dónde? Y si ocurrió, ¿existe la posibilidad de que fuera antes de que los fotones incendiaran el material del laboratorio?” La millonésima de la mil millonésima parte de un segundo podía significar que Veda estaba viva.

—Encontramos la piedra de su anillo de casada —comentó el policía detective durante la entrevista—. El esposo la reconoció.

—Eso es irrelevante. Se lo quitaba todo el tiempo. Le estorbaba. Tal evidencia no puede indicar que esté muerta ¿Y qué me dice de los huesos? Para cremar los huesos se necesita una temperatura homogénea durante suficiente tiempo, y aunque seguramente se alcanzaron novecientos o mil grados, ¿quién los pulverizó? Estarían ahí porosos y frágiles, pero estarían.

—La otra hipótesis es que la señora haya provocado el incendio. ¿Dice usted que ella no estaba contenta con su matrimonio?

—No ponga esas palabras en mi boca, detective. Ella amaba ese observatorio. Cada sala de él. Nos quedamos a dormir ahí muchas veces.

El policía levantó una ceja.

—¿Usted y ella?

—No. No entiende nada. Ella y yo somos colegas. También soy científico.

—¡Ah! porque usted y ella... ¡Se me hace muy difícil, pero uno nunca sabe! —el detective miró la foto de Veda, que era parte del archivo—. La señora estaba buena para su edad, ¿sabe?

Saito respondió fulminándolo con la mirada. Sentía ganas de golpearlo. Era obvio que estaba a punto de agregar algo sobre su estatura.

—Señor Tatou —rio su chascarrillo— una pregunta más, ¿recuerda usted un programa muy viejo llamado *La isla de la fantasía*?

La broma liberó con fuerza el coraje de Saito que se lanzó contra el policía. Este lo contuvo, pero aún en el suelo el científico alcanzó a darle un puñetazo. Otro policía, llegado de algún sitio, inutilizó sus brazos y le puso las esposas.

—A esperar en la cárcel, chaparrito.

Los dos días preso ayudaron a Saito a juntar las piezas de su pérdida. Conoció a Veda en la universidad y fue su mejor amigo desde entonces. Al principio a ella no se le daba la trigonometría como a él. El profesor hizo un comentario acerca de la belleza de la muchacha y de que no necesitaba estar en la carrera de física para encontrar marido, la clase festejó la broma, pero él no. Se acercó a ella y le ofreció estudiar juntos. Veda usaba un perfume de plumerías, demasiado dulce para su persona: lo hacía sentir embriagado, eufórico. Desde entonces fueron equipo. Ella le puso la etiqueta de mejor amigo, y a veces lo trataba como a un niño. Frente a Saito desfilaron varios novios, algunos más idiotas que otros.

Un día la invitó a cenar para hablarle de sus sentimientos, fueron a un restaurante italiano, Veda llevaba un vestido escotado verde seco que hacía juego con sus ojos café claro, grandes, casi como los de un rumiante; inocentes, al punto de no coincidir del todo con la personalidad de la muchacha. Saito, que nunca usaba traje, se ahogaba con la corbata. Ella lo notó y le deshizo el nudo. Luego, con un gesto coqueto, abrió los primeros botones de su camisa; mientras lo hacía, le dijo que se iba a casar con Samuel, el arquitecto contratado por la universidad para diseñar el observatorio.

—Estoy feliz. Ya le di las especificaciones de los enormes lentes de telescopio que necesitamos, y la universidad autorizó el presupuesto. Uno de ellos tendrá vidrios tintados para la observación del sol. El complejo contará con dos cúpulas, sala de conferencias, auditorio y un pequeño departamento con cocina para quien quiera quedarse a pasar la noche en el trabajo.

Pasada la decepción y la furia que a veces Veda le provocaba, Saito agradeció que al menos hubiera desviado la

conversación de nuevo al trabajo, donde él era su mano derecha. Admiró la inteligencia de la mujer por sobre el enojo.

—Así que nos vamos a San Bernardino, amigo. Necesitamos de una montaña y un lago donde ni el viento ni la luz distorsionen las imágenes que obtengamos.

Brindaron por ello, y poco después Saito le regaló, para su nueva oficina, una esfera armilar con cinco anillos. Simbolizaba lo que Veda era para él: un universo complejo y delicado. Luego se hizo amigo de la pareja.

Fue Samuel quien pagó la fianza. Por eso, después de tomar un baño, manejó directamente a la casa de su benefactor. Le contó de su peripecia con la policía.

—No sabía que tenías esa agresividad en ti, amigo — se estrecharon la mano y fueron a una pequeña biblioteca. Samuel le alcanzó una copa de coñac.

—Supongo que la broma forzada sobre tu estatura fue la gota que derramó el vaso.

Samuel asintió. Él en su silla de ruedas, y el japonés, cuya estatura no llega al metro cincuenta, parecían dos viudos de la misma mujer.

—Los bomberos calculan que el observatorio puede abrir pronto porque sólo el laboratorio quedó completamente deshecho. ¿Vas a retomar su legado?

Saito pensó un minuto y bebió.

—Lo mío son los rayos gamma binarios —no sabe si Samuel le entiende, pero no le importa—. Tendré que hablar con los de Snolab, incluso para saber si mi proyecto sigue vigente. Una pérdida así de materiales y de información... es demasiado.

—Me lo imagino —su mirada es distante, aprehensiva.

—Tal vez me dedique exclusivamente a la preparación de conferencias y a las tesis de mis estudiantes. De hecho,

tengo varias publicaciones pendientes, y con eso tengo por ahora.

—Saito, debes regresar al observatorio.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no me resigno, porque no tengo ni siquiera un cadáver para convencerme. Y como sé que es doloroso para ti también, te pido que lo hagas.

—¿Qué haga qué?

—Investigar qué pasó realmente, continuar el proyecto, visitar a los científicos a los que ella conocía, las alianzas que había hecho.

—¿No crees que fue un accidente? Jugar con átomos siempre puede dar una sorpresa.

—Puede ser, pero coincidirás conmigo en que ella era muy cuidadosa. Yo hice ese laboratorio con sus especificaciones, calibramos cada detalle; además, Veda estudiaba las variaciones magnéticas provocadas por manchas solares, ¿eso no te dice nada? Sus descubrimientos deben haber interesado mucho a las empresas de telecomunicación.

—En eso tienes razón, pero yo estaba haciendo un proyecto alternativo. Si al menos tuviera sus apuntes. Tal vez podría plantear la importancia del avance, pero calcula también cuánto dinero perdió Snolab con el incendio. Y luego, yo no avancé como ella en el ámbito de la investigación. ¿Tú crees que quieran darme su proyecto?

—Hagamos el intento. Podemos desbloquear su computadora, revisar si hay notas, datos relevantes. Sólo tú reconocerías qué sirve.

Saito calló y terminó su copa como si fuera parte de una meditación. Al fin dijo:

—Yo tampoco creo que Veda esté muerta. Sé que la policía encontró pertenencias de ella, pero... me es difícil imaginar que se calcinó así, sin dejar nada.

Los hombres permitieron que un largo silencio se instalara en la sala. Un rato después Samuel dio un suspiro.

—Necesito mostrarte algo.

Samuel fue a la cómoda y sacó una cajita forrada de terciopelo negro. La abrió y con una mano le mostró el anillo que guardaba.

—La policía dijo que encontró la piedra de su anillo, pero verás, mi esposa dejó su anillo en casa esa mañana —de su bolsillo sacó una bolsita de plástico todavía con una etiqueta de la policía—. Este es el rubí que encontraron, y este otro es el que le di.

Los rubíes, cada uno de aproximadamente un quilate, se veían casi idénticos.

Saito no resistió la curiosidad y tomó con cuidado ambas gemas para tratar de compararlas. Samuel lo dejó hacer un momento y luego las volvió a guardar.

—Sé que la piedra hallada no era del anillo que yo le di a Veda. Entonces, ¿de dónde salió? Esa noche me dijo que estaría sola en el laboratorio, pero no siempre se le podía creer. Ahora bien, no creo que un anillo de hombre tuviera una piedra así y menos tan parecida.

Saito lo miró un momento. También su cerebro estaba lleno de preguntas.

—No sé qué decir, Samuel, no entiendo nada. Creo que tengo que pensar las cosas y aclararme, pero estaremos en contacto. No estás solo.

Cuando los hombres se despidieron en la puerta, sus miradas graves parecían decir mucho más que las palabras intercambiadas.

Ya en el carro, Saito se dejó llevar por sus pensamientos. Sus sospechas, que habían iniciado con la certeza de que Veda seguía viva, ahora tomaban otra dirección.

¿Y si Veda efectivamente planeó todo para desaparecer y vender los resultados de su investigación a otra compañía? Él tenía años de conocerla, pero ¿la conocía realmente? Sobre todo, en los últimos años Veda se había vuelto un poco salvaje en lo personal, dispuesta a muchas cosas y cada vez más ambiciosa en sus proyectos. ¿Podría ser que, entre sus muchos nuevos amigos, se hubiera encontrado con alguien que la convenciera de faltar a su ética laboral? Las ofertas clandestinas entre una compañía y otra, incluso entre universidades, eran frecuentes; sobre todo, en campos que podían tener aplicaciones prácticas en el desarrollo de nuevas tecnologías. No hacía mucho, uno de los jóvenes genetistas más prometedores de la universidad había sido acusado de filtrar datos de su investigación a una farmacéutica alemana. El caso se había convertido en un escándalo y el joven investigador había salido por la puerta de atrás, pero con una jugosa oferta de trabajo, según se rumoraba. ¿Había Veda encontrado algo así? Desechó la idea. Veda no era superficial. Además, ¿para qué hacerse de un anillo idéntico al suyo? Con dejar el original en el laboratorio hubiera sido suficiente. Tal vez debería pedirle a Samuel la piedra para hacer unas pruebas. Quizás alguien del departamento de geología podría decirle si la piedra encontrada era un auténtico rubí o una imitación sintética. Lo más importante seguía siendo el gran misterio: ¿qué era de Veda? ¿Por qué fallaron los instrumentos? ¿Habría invitado a alguien esa noche?

Al volante y absorto en sus pensamientos, Saito vio de pronto una bicicleta que estaba frente a él. Frenó de súbito haciendo rechinar las pastillas del freno, mientras, en cámara lenta, vio al ciclista haciendo una especie de maniobra evasiva. Ya a salvo, el tipo le mostró el dedo de en medio y le gritó algo que sonó a un insulto antes de alejarse.

Comprendió que tenía que serenarse o causaría un accidente. Se orilló tan pronto como pudo y recostó el asiento. Se puso ambas manos en la cara durante unos minutos, y cuando las apartó había tomado una decisión: tenía que tratar de retomar el proyecto de Veda. No había otra manera de saber la verdad.

Capítulo III. Gea

Los amaneceres y las puestas de sol eran azules a diferencia de los terrestres. Veda no se cansaba de mirarlos y sacar conclusiones al respecto. El fenómeno se debía, seguramente, a la dispersión de la luz visible y a la polarización eléctrica de los fotones. Lo había explicado lord Rayleigh, un físico británico a finales del siglo XIX: “Si el tamaño de las partículas es mayor que la longitud de onda, la luz no se separa y todas las longitudes de onda se dispersan”. Era increíble que la física pudiera explicar fenómenos sin importar en qué parte del universo estuviera. En ese planeta, el polvo reflejaba las longitudes de onda más largas de la luz solar, excepto en los momentos en que el sol se encontraba cerca del horizonte: el resultado era un azul que la hacía sentir maravillada.

Su contemplación se vio interrumpida por Samuel que subía y bajaba escaleras frenéticamente. El hombre quería salir lo más temprano posible al campamento.

—Cocineta, hielera, varillas y martillo...

Martín, el hijo, subió detrás con un bulto en los hombros y pareció entender la cara de interrogación de la mamá porque agregó:

—Tienda de campaña.

—Querida, ¿no quieres sacar de una vez el botiquín? ¡Ah! y Martín, ¿ya subiste la lámpara y las linternas? Estaban en el *garaje*, junto a las bolsas de dormir.

Veda se sintió más que arrepentida de haber dicho que sí al campamento, pero ahora era demasiado tarde. Para no parecer chocante sacó el botiquín del baño.

—Dijiste que hay un telescopio. ¿Dónde lo tenemos? Samuel, pareció dudar un momento.

—Está en el clóset, donde lo colocaste aquella vez que nos dijiste ya no te daba tiempo de mirar las estrellas.

Esa noche, después de cenar, Veda soñó con la Vía Láctea. La bóveda celeste parecía engullirla hacia la oscuridad mientras ella, inmóvil, sentía cómo se aceleraba el movimiento de rotación terrestre. El vértigo y la sensación de caer hacia arriba la despertaron. Samuel respiraba a su lado con total serenidad.

A las 7:00 de la mañana, y después de un breve desayuno, la familia subió al carro para ir al paseo. Samuel y Martín estaban de lo más entusiasmados, pero Veda se encontraba cansada e incómoda. En el camino iba pensando que no sabía nada de los animales y plantas de ese lugar. Era probable que hubiera extraños insectos con un hambre insaciable o roedores para ella desconocidos.

Recordó un proyecto de la NASA en el que un grupo de investigadores corrieron simulaciones interactivas de un clima similar al de la Tierra, pero con algunas variables como la cantidad de lluvia y particularidades atmosféricas. Las formas de vida habían mostrado que las criaturas podían ser muy semejantes a las de la Tierra, excepto por los *acosadores*, avispas con visión periférica que funcionaban a partir de redes sociales estratificadas, lo que aseguraba una mejor cacería; o los ratones sin pelo, que tenían un tercer

ojo parietal, como los tatuaras, para saber cuándo habían tomado demasiado sol. Respiró profundo para alejar la idea.

—¿Cómo es que no tenemos una mascota? —inquirió.

Martín brincó en el asiento trasero. Samuel se apresuró a responder.

—Nuestro hijo tiene asma. Y, como sabes, ¡no es algo que puedas ir contando por ahí! —bajó la voz y dijo más sereno—. Perdóname. No es tu culpa que no recuerdes ciertas cosas.

Veda se mordió un labio. No entendía la parte de “ir contando por ahí”. ¿Por qué el asma debía ser un secreto? Era agotador tratar de entender la realidad y no generar sospechas, así que cerró los ojos y fingió dormir el resto del camino.

Samuel y Martín convinieron en llegar primero al lago Udum, nadar un rato y luego dirigirse hacia el área de acampar. En las dos horas de trayecto Veda había transformado su forma de pensar y estaba decidida a aprender de la experiencia lo más que pudiera. El lago no la decepcionó, el agua era azul y cristalina, pero mostraba también pequeñas pozas donde las tonalidades eran verdes o amarillas, y esas pozas estaban remarcadas por rebordes de minerales escarchados que reflejaban los rayos del sol como si fueran pequeños diamantes.

Algunas personas se bañaban, otras esperaban en la playa que algún pez picara el anzuelo. Veda se admiró de que no hubiera en la arenisca ninguna colilla, papel o plástico; incluso vio a un niño guardar en su mochila la cáscara de la fruta que acababa de comerse.

Veda pensaba esperar cautelosamente en la orilla mientras su familia nadaba; sin embargo, la cantidad de mosquitos que había la hicieron entrar de lleno en el agua. La sensación de ligereza le pareció extraordinaria, se ima-

ginó que en las manchas pululaban las diatomeas y las artemias salinas.

—Tu cuerpo flota más por el tipo de minerales.

—¿Y qué peces hay? ¿Qué es lo que atrapan?

—Boquerones, dorados y pez blanco.

Cuando terminaron de nadar, Veda estaba lista para tumbarse en la arena; sin embargo, Samuel y Martín comenzaron la marcha hacia el campamento. Se vistió lo más rápido que pudo y comenzó a seguirlos. Le tocaba cargar la mochila de las bebidas y el telescopio.

—Son menos de cinco kilómetros. Lo malo es que sí es de subida —Martín trató de tranquilizarla.

Al kilómetro y medio Veda estaba entre sorprendida y contrariada. Nadie sabía dónde había quedado el repelente y, aparte de los mosquitos, una hormiga gigante la había mordido. La vocalización de las aves era intensa y una especie de musaraña que tenía unas púas amarillas en el lomo le había rozado el pie.

Cuando cayó la tarde y el cielo se entintó de azul, comenzaron a verse los hongos bioluminiscentes.

—Lo bueno es que todo brilla en esta zona boscosa. Hasta los escorpiones.

La zona de acampar estaba justo del otro lado del lago. Hubiera sido sencillísimo tener un bote y desplazarse directamente hasta ese lado de la orilla. De pensarlo la mujer sintió las orejas calientes, pero al mismo tiempo, la belleza de la noche estrellada hizo que olvidara su cansancio. Con agilidad armó el telescopio y se fue a un pequeño montículo no muy lejos de donde Samuel prendía una pequeña fogata. Veda fue reconociendo uno a uno los astros y constelaciones que se pueden observar desde el hemisferio norte de la Tierra: la Luna, Venus, Orión, Casiopea... De

pronto, un grito se le ahogó en la garganta, ¡todo estaba ahí, pero como se vería en un espejo!

Estuvo buen rato trazando en su mente un mapa estelar que tuviera algún sentido. Tal vez había entrado en el hipotético *universo espejo* que ocupaba la mente de algunos investigadores que trabajaban con materia oscura y fenómenos cuánticos. No hacía mucho había leído un artículo donde se mencionaba una posible explicación. No se suponía que las partículas subatómicas, aunque pequeñas, pudieran penetrar una pared de campos magnéticos variables, al dispararle un haz de neutrones. Sin embargo, algunos de esos neutrones libres lo habían logrado por un tiempo aproximado de 15 minutos; luego regresaron para ser detectados, lo que mostró un desfase temporal respecto del resto del átomo. ¿Significaba que ella regresaría espontáneamente a su universo? Salvo que ella no era una partícula subatómica y ya había pasado dos semanas en esa realidad.

Samuel interrumpió su pensamiento cuando la llamó para la cenar. Había preparado salchichas asadas y café.

—¿Viste algo que te gustara? No soltabas el telescopio.

—Siempre estoy maravillada. “A veces llego incluso a creer en seis cosas imposibles antes del desayuno” —citó a Alicia.

—Dirás de la cena —bromeó Martín.

Veda vio al muchacho con nuevos ojos. Durante ese paseo se había dado cuenta de que era un joven paciente y amoroso. El aspecto rudo de su ropa y maquillaje eran sólo un disfraz. Chapoteando con su papá en el lago y luego durante la caminata por el bosque había visto en él al niño que se asombra por las pequeñas cosas. Ella se había quejado, pero Martín no. Era un adolescente que hacía caso, procu-

raba cuidarla y, además, mostraba respeto y admiración por su padre.

La tienda de campaña estaba lista, y el repelente había reaparecido debajo de los sacos de dormir.

—No pensé que hubiera tantas cigarras en esta época del año. Ojalá nos dejen dormir —la abrazó Samuel.

—¿Eso es una cigarra? Se escucha tan estridente como una motosierra.

—Antes decías que era un hermoso canto hipnótico.

—¿Cómo puede sonar tan fuerte?

—Son los machos los que estridulan. Mueven el abdomen como una especie de caja de resonancia que hace vibrar unos timbales. Se considera que el canto de las cigarras es, principalmente, una llamada de cortejo para atraer a una pareja —la abrazó más fuerte.

—¿Y Martín? ¿Se va a dormir en la otra tienda? ¿Es eso seguro?

—Qué rara has estado últimamente.

Un ruido de cacerolas interrumpió el diálogo. Veda encendió la lámpara mientras Samuel sacaba una navaja de la mochila. Ahí estaba, con su antifaz y su pelo plateado, un mapache de unos 55 centímetros, entretenido en sostener delicadamente una salchicha con sus zarpas delanteras.

—Le encargué a ese niño que limpiara todo y colgara de un árbol la comida sobrante.

—Creo que no vamos a poder dormir esta noche. Tal vez sea mejor que hablemos.

Samuel acarició el rostro de la mujer.

—¿Hay algo que te preocupe?

Veda vio el reflejo de la luz en los ojos de Samuel. Si le contaba todo, ¿le creería? ¿Qué ganaba con renunciar a ese hombre y a ese hijo? ¿Podía sostenerse y sobrevivir en ese universo sin el apoyo de una familia? Además ¿con qué

cara les diría que había desplazado a la esposa y madre que ellos conocían? Tal vez debía explorar más sus posibilidades. Para confirmar su decisión aspiró el aire de la noche, pero antes de que su respiración se convirtiera en suspiro, Samuel la besó largamente en los labios.

Capítulo IV. Tierra

La fragancia dulzona de las plumerias impregnaba la sala. Cuando Saito llegó al velatorio se sorprendió por la cantidad de flores que Samuel había acumulado.

—Comprendo que han pasado varias semanas del accidente, pero ¿estás seguro de que es lo correcto? No te habrás dado por vencido, ¿verdad?

—Desde luego que no, pero declararla muerta es lo más sencillo para mí en estos momentos. Los del seguro me tienen entre la espada y la pared. Prefiero que nosotros sigamos investigando. Espero que me comprendas, amigo.

—Creo que entiendo tus razones y de verdad lo lamento. También pediste que, en caso de traer flores, sólo trajéramos plumerias. Aquí están las mías.

—Gracias. Eran las flores preferidas de Veda. Hablaré de eso en un momento. Pasa y sírvete un café.

El japonés distinguió en seguida el espacio indicado para colocar las flores, al lado del podio. En lugar de un cuerpo que velar, había un altar con fotografías. Ahí estaba ella posando en el bosque con una blusa amarilla, que la hacía ver como un hada traviesa; otra foto más la mostraba dando una ponencia frente a un auditorio. Sin duda, Samuel había elegido múltiples fotos donde Veda estaba

sola, pero la imagen central era una de ellos dos cuando se casaron, en el salón de las Bellas Artes de San Francisco: una espectacular rotonda blanca y dorada que cubría a la pareja como una auténtica bóveda celeste.

En la gran escalinata del recinto destacaba la mujer con un vestido de transparencia azul. El forro, de color carne, parecía querer engañar al ojo y dar la sensación de que la piel de Veda estaba apenas cubierta por un tenue velo.

Saito recorrió con la mirada todo el espacio. En los sillones del fondo reconoció a dos amigos de Veda de muchos años. Se les veía no sólo viejos, sino acabados incluso moralmente. Le pareció un tanto cómico que estuvieran conversando entre ellos, cuando seguramente Veda había cortado a uno para andar con el otro y a los dos para casarse con Samuel. Otros tres llamaron su atención por la cantidad de tiempo que estuvieron frente a las fotos, ¿compañeros de la carrera, tal vez? Y también estaban algunos académicos, hombres y mujeres, conversando calladamente de lo que sería la universidad sin las aportaciones de la científica a la ciencia. Observaba eso cuando vio a Samuel acercarse al micrófono. Las personas fueron bajando la voz hasta que todo quedó en silencio. Samuel comenzó:

“No había nada que Veda amara más que las estrellas. Quienes estamos aquí sabemos que su trabajo era un gozo para ella. Consideraba el cosmos como prueba irrefutable de una divinidad ordenadora llamada *Energía*. Veda creía en el alma inmortal y en la alegría de la muerte, que es dejar de ser unidades para convertirnos en el océano mismo, fuente amorosa de esta energía creativa. Era tanta su convicción, que estoy seguro de que en estos momentos ya está haciendo alguna investigación al respecto”.

Se oyeron algunas risas liberadoras.

“Había muchas cosas que Veda disfrutaba; por ejemplo, no cocinar nunca...”

Nueva interrupción de risas.

“...pero le gustaban las flores. Sus flores favoritas eran las plumerias. Gracias a todos por contribuir a su pequeño altar. Sé que no son flores fáciles de conseguir en esta época. Ella decía que eran las flores de la esperanza y de los nuevos comienzos, el símbolo de la inmortalidad. Las plumerias se dan en mayo, cuando en el hemisferio sur se puede ver la Cruz del Sur, una constelación magnífica. De alguna manera, quienes gustan de observar las estrellas saben que estas flores son más bellas y aromáticas de noche, como lo era Veda”.

La voz de Samuel se entrecortó.

“Quisiera cerrar con las palabras de un poeta, A. Zamora, que sin duda expresan mejor mi deseo de acompañar a mi amada esposa”:

Para quien sobrevive el deseo de ser / muerte fuera un jardín / árbol, césped, rosal / azules trepadoras se mecen en los muros / un negro cisne boga / en el estanque inmóvil. / No sopro, ni una voz / recinto de quietud / en rincón, a la sombra, una mullida hamaca / para él, que yacente sueña de su caricia. / Él sabe que vendrá.

Samuel dejó el micrófono para bajar por la rampa. Saito buscó a la cuidadora y, al no verla, se levantó para ayudar a su amigo. Camino al podio vio en el altar un enorme ramo de rosas rojas, que destacaba entre las flores blancas como una gota de sangre. Buscó con la mirada al atrevido y lo halló entre los académicos recibiendo el pésame como si fuera el deudo. Al acercarse lo escuchó contar una anécdota del

viaje reciente que habían realizado él y Veda. Samuel parecía haber oído lo mismo porque su rostro estaba enrojecido y trataba con violencia de mover la silla de ruedas para llegar al grupo donde aquel hombre seguía monopolizando la conversación. Saito lo detuvo en el camino.

—No hagas caso.

—¿Quién es el cretino?

—Se llama Patrick Niesen. Investiga astropartículas. ¿Recuerdas que Veda viajó para una ponencia sobre rayos cósmicos? Coincidieron en Snolab por algo relativo al trabajo.

—Se deja dar el pésame como si fuera más el esposo que yo.

Saito respiró profundo para no comunicar su propio ánimo turbado. Él también tenía la sangre a punto de bullir del coraje. Patrick era de esos que llaman a los meseros con un tronido de dedos. Verlo ahora, haciéndose el más afectado de todos por la ausencia de Veda, lo hacía sentir miserable. Sin embargo, no era el momento de dejarse llevar por las emociones, sino de mantener la cabeza fría y hacer que Samuel se calmara también.

—Patrick y ella publicaron cosas juntos sobre materia oscura. Seguramente el tipo ya no sabe ni por dónde seguir la investigación.

—¿Quién le dijo que viniera?

—Pues por ahí se enteró. Patrick estaba organizando con ella un homenaje a Fritz Zwicky,¹ en Caltech. Veda no contaba mucho de esto, pero no tiene ninguna importancia. Luego le partimos la cara, te lo prometo. Ahora quiero presentarte a alguien, un geólogo que nos puede ayudar a determinar el origen del rubí que encontraron.

1 Astrónomo suizo, nacido en 1898.

Con la última promesa, llevó a Samuel hasta unos sillones del recinto donde conversaban otros amigos de la científica. Apartaron al geólogo del grupo y después de intercambiar algunas palabras, Saito quedó de llevarle la piedra a la brevedad.

Llegó el día acordado. El geólogo era un hombre grueso de unos setenta años. Había conocido a Veda cuando ella era estudiante de posgrado y él investigaba meteoritos. Trabajaba en el Instituto de Ciencias de la Tierra en Berkeley.

—Saito, por favor, vamos a mi cubículo. Tengo ahí un polariscopio. Podemos revisar la gema con eso.

Fueron a un pequeño espacio lleno de libros y documentos. El geólogo tomó el rubí y lo colocó en el aparato. Una serie de datos con las características de la piedra se fueron anotado en su computadora.

—Superficialmente se puede ver que se trata de una piedra corindón de un kilate. El color es rojo sangre, su dureza es 9 y el corte es prismático. En otras palabras, se diría que es un rubí estrella común y corriente. Sin embargo, todas las piedras corindón, sean rubí o zafiros, tienen características de las rocas metamórficas; es decir, se producen cuando, por razones de extremo calor o extrema presión, las piedras volcánicas sufren cambios radicales a lo largo del tiempo. ¿Me sigue?

—Sí. Por favor continúe.

—Esta piedra parece haber sido creada por un frío extremo.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo hay otra piedra así y es la llamada roca Hipatia, que es extraterrestre. Como esa, la estructura interna no tiene silicatos. Es como si hubiese caído directamente de un cometa.

—¿Como un meteorito?

—No. Lo opuesto. Los meteoritos tienen una pequeña parte de carbón y gran cantidad de silicatos. Esta, no. Tiene alta cantidad de compuestos de carbono y ningún silicato. Probablemente se creó en un ambiente helado, de nitrógeno líquido o algo así. Intrigante, sin duda. Me gustaría hacerle más estudios.

—Le preguntaré a Samuel. Gracias por su ayuda.

—Quizá donde la encontraron haya otros elementos que nos den más pistas. A veces la gente desestima el polvo que rodea las gemas.

Saito salió con un sentimiento de mucha prisa. Tenía que regresar al observatorio y detener a quien estuviera levantado los escombros del incendio.

Cuando llegó, respiró aliviado de ver que habían dejado en el edificio el precinto de “No pasar”, pero no había bomberos ni policías en el área. Tal vez habían querido dejar la escena lo más intacta posible para los de la aseguradora.

Entró con la llave sin ningún problema. Usó su chamarra como cubrebocas, pero el olor a metal derretido y a cable quemado se habían desvanecido totalmente.

“¿Dónde es que encontraron esa piedra? ¿La investigaba Veda? ¿De dónde había llegado hasta ella?” Buscó en el suelo rastros de otros minerales tal como el geólogo le había recomendado. Un hilito de polvo capturó su atención. Salía del zoclo de la pared como un montículo creado por hormigas. Sin duda, había algo dentro de la pared misma.

Fue por el hacha antiincendios y rompió la tablarroca sin problemas. Con la adrenalina a tope ni siquiera se detuvo a pensar que los de la aseguradora o la policía podían incriminarlo.

Entre las dos capas de la pared había casi un kilo de polvo gris, pero pegado a uno de los lados de la tablarroca vio partes líquidas y sólidas de esa misma sustancia. Fibras

de consistencia gelatinosa, ¿sangre coagulada? Fue por una cubeta y recogió muestras del material en sus distintos estados. Le dio asco. Olía un poco como a cobre o a hierro oxidado. Entonces vio un reflejo dorado. Entre un montoncito de esa sustancia gelatinosa había un anillo al que le faltaba una piedra, como para indicarle que el rubí había estado sostenido ahí. ¿Se lo estaba imaginando? ¿Podía ser esa sustancia gris en realidad un cuerpo humano? ¿Por qué en algunos lugares parecía estar totalmente integrada a la pared y en otros salía de ella en forma de polvo? Recordó algunos experimentos de transportación de moléculas con resultados catastróficos. Lo que hasta ahora había resultado imposible no era desintegrar la materia, sino que reapareciera con su misma integridad molecular. El metal, sin embargo, había sido más afortunado en esos experimentos, lo que explicaría el hallazgo de un anillo completo.

El japonés salió a tomar una bocanada de aire para disipar las náuseas. Necesitaba regresar con el geólogo e investigar la sustancia. Un pensamiento fúnebre no dejaba de abrirse paso entre sus razonamientos: “Acabas de encontrar a Veda”.

Capítulo V. Gea

Veda estudió con detenimiento la pequeña estufa portátil que Samuel había llevado al campamento. Al principio pensó que funcionaba con gas, pero luego se dio cuenta de que usaba un panel solar. La estructura que completaba la cocineta era una especie de paraguas de aluminio. La tarde en que llegaron al bosque, la estufa había funcionado con la energía precargada, pero esa mañana, la luminosidad les permitía cocinar con los rayos del sol. La mujer pensó un minuto. No recordaba haber visto sino automóviles pequeños en la carretera, ¿vehículos solares o eléctricos como el de Samuel? Y al volante personas que mantenían la velocidad reglamentaria. “Curioser and curioser” citó de nuevo en su cabeza a Alicia.

A pesar de estar al aire libre, Veda sentía gran ansiedad, se decía a sí misma que el haber dormido con Samuel había sido como un acto de supervivencia y, sin embargo, se sentía responsable por el daño ocasionado a la madre desaparecida. El sexo con el esposo de la desdichada mujer era una transgresión más, pero esta vez había sido intencional y por lo tanto más grave.

Una bebida parecida al café, que se había preparado, diluyó un poco el nudo en la garganta. Su angustia estaba

hecha de impotencia, miedo, decepción y vulnerabilidad. Sintió que no merecía haber compartido ese momento de intimidad con Samuel ni estar engañando a Martín. Pensó que lo mejor que podía hacer era actuar, propiciar el retorno de la madre, reparar el daño causado y regresar a su propia realidad, donde ella misma era alguien y estaba a cargo de un proyecto importante. ¿Acaso no la estarían extrañando ahí también?

Sumó a sus sentimientos el enojo. Saito le había sugerido un mecanismo que bloqueara la desaceleración repentina de los neutrinos, y ella lo había desestimado. ¿Por qué tenía que ser a veces tan terca? Su siguiente pensamiento fue para su esposo. De seguro se había enterado de Patrick. Debía volver y explicarle todo.

Una mano en el hombro la sorprendió haciendo que la bebida caliente salpicara en su brazo.

—Perdón, mamá, ¿estás bien? ¿Te quemaste?

—No, no me lastimé.

—Ya desinstalamos las tiendas. Sólo falta empacar lo del desayuno.

—Y luego caminar las cinco millas, ¿cierto?

Martin festejó el comentario con una carcajada.

—Ya conoces a mi papá. Nació con una de esas pilas Óptima recargables.

El padre, que se acercó en ese momento, festejó la ocurrencia, y entre los tres se pusieron a juntar todo lo que faltaba del campamento. También limpiaron meticulosamente antes de ponerse en marcha.

Habían caminado unos cuarenta minutos cuando Samuel paró para mostrarle a Veda un árbol nativo de la zona.

—Se llama sangre de dragón. Es un árbol que solamente crece en áreas con altas concentraciones de piedra

caliza —mientras hablaba le hizo un corte con la navaja. La salvia, roja como sangre, surgió de la herida como si hubiera degollado una gallina. Martín acercó su cantimplora y la llenó con el líquido antes de que el árbol cerrara la fuente.

—Hablando de piedras, ¿ya no usas tu anillo? Si me dices que es porque te estorba, te creo. Yo a veces tengo tan inflamados los dedos que no uso mi argolla —dijo Samuel mostrando el aro en su dedo.

Veda titubeó un momento.

—Sabes que mi memoria no está al cien. Pude haberlo traído el día del accidente.

—Sí, eso me temía, que se hubiese perdido o lo robaran en la conmoción —señaló y ordenó a Martín— dale a probar la savia a tu mamá.

Veda se negó a probar la sangre del árbol. Para no mostrar sus emociones, fue en silencio el resto del camino. Cuando llegaron al vehículo, Martín y Samuel iban enfrascados uno con el otro en discusiones de todo tipo, por lo que le dieron el espacio que necesitaba para serenarse y descansar.

Llegó a casa con dolor. Desde que era niña, la humedad le provocaba a veces inflamación en las articulaciones y el lodo del bosque parecía haberle entrado en los huesos. Por eso, en cuanto bajaron las cosas fue a la cocina a buscar los analgésicos que el médico le había recetado por lo del “accidente de bicicleta”. El frasco contenía tres tabletas, le sorprendió la escasa cantidad y se tomó una. El calor del edredón haría el resto. No bien se había metido en la cama entró Samuel. El de esta realidad a veces tenía una manera muy palpable de estorbar.

—¿Qué haces, querida? ¿No crees que es muy temprano para destender la cama?

—Me cansó mucho la caminata y anoche casi no dormimos. Me duele todo.

Él se puso muy serio.

—Me preocupas. Supongo que ya la próxima semana te presentarás a la escuela, ¿verdad? No puedes seguir tomando días. La gente va a decir que es algo más grave.

—Respecto a eso. He estado pensando que tal vez deba renunciar. No he recuperado bien la memoria. Sería horrible llegar a la escuela y no saberme los nombres de mis estudiantes o el currículum.

—Es que no te estás esforzando en recuperarla. Además, si no es en la escuela, ¿dónde trabajarías?

—¿Tal vez pueda encontrar trabajo en algún observatorio?

—¿Qué dices? Quedamos en que la escuela era lo mejor porque podías ir en bicicleta, y eso es lo más recomendable para el medio ambiente. Claro, es factible hablar con tu mamá y entrar a PUREZA, pero con lo mal que ustedes se llevan... Además, tendrías que usar el eólico, y si ya tienes el trabajo en la escuela, ¿por qué esforzarte en hacer otra cosa más complicada? Mejor busca en tu computadora la manera de ir recordando tu vida antes de que nos metas a todos en un problema.

El regaño cayó tan ácido que, por instinto, Veda apretó la mandíbula. Eso ayudó a que no soltara, de una vez por todas, la verdad que ocultaba. No, no era una buena idea decirle a Samuel: “No me hables así, ¿no ves que vengo de un universo alternativo? Tal vez comparto algunas coincidencias con la Veda que era tu esposa, pero no somos la misma mujer. Ni siquiera somos gemelas, ¡ni nos gusta lo mismo en la cama!”

—Te dejo recapacitar. De verdad, no quiero tener que llamar a tus padres y preocuparlos por tu salud. Estaré en mi despacho.

Por toda respuesta, Veda lanzó una agenda que halló en su buró muy a la mano. El desafortunado proyectil dio en la puerta que Samuel acababa cerrar.

“¡Solo eso me faltaba!, este estúpido tratándome como niña. ¡Ahora resulta que no puedo ni cambiarme de trabajo porque contamina!”

Media hora después, y ya serena, la científica tocó en la puerta de Martín. Tenía ganas de estar cerca de una mirada amable.

—¿Estabas ocupado?

—No. Bueno, pensaba practicar un poco la trompeta. De hecho, ahora que me acuerdo, la mamá de Paul te va a llamar. Quiere preguntarte si nos puedes llevar a la práctica la próxima semana. ¿Recuerdas? La banda va a tocar en el estadio de la Alianza.

—¿Por qué no? Aunque no sé si podré manejar.

—El eólico está bien, mamá. Sólo es por el acompañamiento. Yo creo que podríamos ir solos, pero el *coach* quiere que haya papás y eso.

—Iré con gusto, pero ¿puedo ser muy transparente contigo? No recuerdo nada: no sé cómo tomar el tranvía ni cuál es el estadio de la Alianza. Ni siquiera recuerdo cómo suelo llamarte...

—Grillo. Me llamas “Grillo”. Y no te preocupes, ya lo había notado.

—Gracias por no desesperarte conmigo. Tu padre parece especialmente molesto porque tardo en recuperarme.

—Está preocupado por ti... No quiere que los vecinos o tus amigos piensen que ya no vas a recuperarte.

—¿Y a ellos qué diablos les impor...? —Veda se mordió la lengua. Había un componente social que no estaba comprendiendo en esa realidad. Decidió cambiar su dis-

curso— Si no recuerdo lo que hago, ¿cómo voy a poder dar clases.

Martín fue a su librero y sacó un libro grande de texto.

—Este es el libro que usas. Yo ya pasé esa materia. Tal vez te sirva para recordar.

Veda tomó el libro y comenzó a revisar el índice. Parecía un curso sencillo: mamíferos, la célula, el ciclo del agua, la reproducción de plantas y animales, ecosistemas en el mundo, cadena alimenticia, cómo cuidar el medio ambiente, salud del ser humano...

—Me va a servir muchísimo.

—En mi opinión, el currículum está un poco desequilibrado.

—Ya veo a qué te refieres. El tema de la salud abarca casi la mitad del año.

—Es lo normal, después de todo, según el protocolo 51 del *Documento Magno*, firmado por todas las naciones: “Debemos procurar un equilibrio homeostático, mediante el perfecto intercambio de materia y energía con el medioambiente. Esto sólo puede producirse gracias a diversos sistemas de autorregulación entre los que está mantener la población adecuada de individuos pertinentes al sistema” —recitó de corrido como un juramento a la bandera.

—Tienes muy buena memoria. ¿Eso lo leíste en algún lugar?

—Nos lo machacan bastante. Ahora te tocará a ti machacarlo a tus alumnos —se burló.

Aunque inocente, Veda vio en el chico a una persona con pensamiento crítico.

—¿Tienes otros libros que me prestes? ¿Civismo, historia, literatura, por ejemplo?

—Claro, te los regalo...

—¿No te gustan?

—Me gustan más las materias relativas al dibujo y a las matemáticas. Tal vez estudie arquitectura, como mi papá.

Lo miró de nuevo como si acabara de verlo por primera vez. Se portaba tan adulto y razonable que la sorprendía. ¿Qué pasaría si no pudiera volver a su universo? ¿Sería una buena madre para Martín? Y si no pudiera seguir con Samuel, ¿podría despedirse de ellos y explicarles todo? ¿Sería justo que el niño pensara que su madre desmemoriada lo había abandonado? Veda se pasó una mano por la frente para cambiar el tren de sus pensamientos. La impaciencia no la llevaría a ninguna parte.

—Dime, Grillo, ¿qué nos gusta hacer juntos?

—De niño hacíamos experimentos de química, me explicabas de las estrellas y eso. ¡A los dos nos gusta la ciencia ficción! Ahora está lo de la banda, y también vas conmigo al beisbol porque ahí te ves con tu amiga Lidia mientras juego. Y... bueno, sólo a ti te cuento cuando me da asma. Tú eres quien consigue mi medicina de manera ilegal. Eres la mafiosa de la casa —rio— mi papá, obviamente, no quiere meterse en eso.

“¿Por qué una medicina para el asma sería ilegal?”, pensó Veda. Y se despidió de Martín con un cariño.

Capítulo VI. Tierra

“Hipatia² es un pequeño trozo de piedra de apenas 30 gramos y poco más de tres centímetros de diámetro. Fue descubierta en Egipto, a mediados de los noventa”. Saito miró la imagen que arrojaba la computadora. Cualquiera hubiera desestimado el hallazgo de la roca, a no ser porque su composición indicaba que se había formado incluso antes que el sistema solar. Su porcentaje de gases nobles no provenían de la atmósfera terrestre y tampoco coincidían con la estructura de ningún meteorito; por ejemplo, la piedra contenía un compuesto de níquel y hierro jamás hallado antes en esas exactas proporciones.

El científico cerró la búsqueda pensando en los riesgos de llevarle la nueva sustancia descubierta al geólogo Fenton. Podía volver a la cárcel, después de todo había roto la pared para sacar la sustancia viscosa; además, era muy probable que el compuesto fuera orgánico. El olor que emanaba le había traído a la memoria una endodoncia más o menos reciente. Cuando el dentista sacó el nervio, ya muerto, el aire se llenó de un olor repulsivo. Triste destino el nuestro: somos carne que se desintegra. Tal vez lo mejor

2 Fragmento cósmico de origen extraterrestre que se encontró en 1996, cerca de la frontera entre Egipto y Libia.

era deshacerse del frasco y continuar con su vida. ¿Qué favor le debía a Samuel para arriesgarse a investigar junto con él la desaparición de Veda? Si el contenido era orgánico, la policía abriría de nuevo la investigación y él sería acusado de haber entrado al laboratorio. No. A Samuel no le debía nada, pero a Veda... tal vez un genetista querría ayudarle, manteniendo la discreción debida.

En eso estaba cuando sonó su celular. Era Peter Doyle, director de la División de Física, Matemáticas y Astronomía de Snolab.

—Buenas tardes, Saito. ¿Cómo está?

—Bien, señor. ¿Cuándo regresó de Mauna Kea?

—Apenas ayer. Todavía estoy un poco descompensado por la altura, pero valió la pena. ¡13 telescopios! Tiene usted que visitar... En fin, lo llamé porque quiero decirle que estuve unos días incomunicado, pero ya la policía me puso al tanto de todos los sucesos que acontecieron en el laboratorio. De hecho, hubiera querido regresar antes, para el velorio de Veda, pero me fue imposible. ¡Qué tragedia!

—Sí. Muy triste y desconcertante.

—Debemos reunirnos a la brevedad, pero antes necesito confirmar algo con usted.

—Desde luego, dígame.

—Como sabe, la investigación en la que trabajaba Veda estaba sujeta a un subsidio y me están urgiendo a que se reabra el proyecto.

—Lo celebro, doctor. Lo que ella hacía era muy relevante en el ámbito de las telecomunicaciones.

—Así es. De hecho, hace unas horas di instrucciones de que se terminen de limpiar y reparar las instalaciones del observatorio para que esté funcionando a toda su capacidad a finales de este mes. Dígame, ¿aceptaría usted ser el encargado del proyecto de Veda?

Saito sintió la boca seca y comenzó a contar los 90 segundos que la emoción duraría en su cuerpo antes de ser él mismo.

—¿Me escucha? ¿Sigue ahí?

—Sí. Le escucho bien, pero ¿qué pasaría con las tesis que estoy dirigiendo, con mis clases?

—El comportamiento de los neutrinos y sus antipartículas puede responder a grandes preguntas sobre el cosmos. Le estoy confiando algo muy importante. Le asignaría un profesor asistente para que lo ayude con sus clases y alumnos.

—Comprendo, señor. Lo pensaré.

—Otra cosa. Me informaron que la computadora de Veda no se salvó del incendio. Estoy trabajando con los de tecnologías para tener acceso a la nube donde la doctora iba guardando su información; sin embargo, ¿sabe usted de ciertas notas que estaban por ser publicadas? Me parece que Veda estaba colaborando con el doctor Niesen, algo respecto a materia oscura, esa publicación es importante para el subsidio. Y es muy relevante que salga nuestra División en ella, ¿podría hacerse cargo?

—¿Quiere que hable con Patrick y reclame nuestra participación en los descubrimientos que estaba haciendo Veda?

—Así es. No puedo hacerlo de manera oficial, de modo que le pido a usted que utilice su buen criterio.

—De acuerdo, doctor.

—Ah. Y lamento su pérdida, Saito. Bueno, nuestra pérdida en realidad. Todos estimábamos a Veda, pero usted la conocía mejor que nadie. Lo invito a que acepte el puesto en homenaje a ella. Mándeme un correo en cuanto se decida.

Las manos de Saito temblaban cuando dejó el celular. Había esperado esto, pero las circunstancias resultaban abrumadoras. En realidad, no era un cargo inmerecido. Ciertamente no se había concentrado en las tormentas geomagnéticas, pero sí había publicado un artículo sobre la detección de neutrinos y, tal como había dicho el doctor Doyle, comprender lo que ocurre en el corazón del Sol es de lo más relevante para el planeta. Pero ¿a quién engañaba? Su área siempre había sido teórica. Admiraba el modelo creado por Veda; sin embargo ¿por qué había salido mal? Ahora él sería el responsable de todo el proyecto y de la seguridad del laboratorio. ¿Tendría lo necesario para hacerlo? Por otro lado, si aceptaba el cargo, ¿no estaría también contribuyendo a la tranquilidad de Samuel y a la suya propia?

Caminó por su departamento como buscando la respuesta. Tenía que saber con exactitud qué le había ocurrido a Veda. Le escribiría un correo a Doyle aceptando el nombramiento, tenía que hacerlo porque era importante para la mujer a la que tanto había admirado.

Fue a la cocina donde guardaba una botella de Seagram's, era poco tolerante al alcohol, pero igual bebió el vaso como si estuviera acostumbrado. En seguida sintió una agradable quemazón en la garganta. El segundo vaso ardió menos. Al terminar el tercero tomó el frasco de la sustancia gelatinosa y le habló.

—Te mereces el homenaje, mi cielo. Te lo mereces por valiente y porque siempre me has gustado, aunque tú has querido a todos menos a mí. Ya verás que sigo bien tus pasos y además logro averiguar lo qué te pasó. Pero... me vas a ayudar, ¿verdad?

Dejó el frasco y fue a la sala tambaleándose un poco. Se acomodó en el sillón donde había dejado su celular.

—¿Cómo se llamaba la genetista? —continuó hablándole a la gelatina a distancia— La que conociste en un pasillo de la universidad, me la presentaste para que la invitara a cenar. Una bien fea. Nunca salí con ella, aunque sí conversamos: ¿Nora Elaison? Creo que no la vi en tu velorio. Mucha gente no se imagina lo que pasó contigo, y eso que te fuiste de este mundo con una explosión que arrasó con todo un laboratorio. ¡Pow! Te chingaste el presupuesto de la NASA. ¿Pensaste qué te iba a pasar? Por ahí debo de tener su número —arrastró el dedo por sus contactos—. Sí, le voy a decir que me diga qué es esa sustancia viscosa, pero ojalá no seas tú, porque si eres tú, me va a hacer mil preguntas. ¡Aquí estás: Nora! —marcó.

Una voz aguda y nasal salió del celular. La voz inesperada y el golpe de adrenalina pusieron a Saito en alerta, de modo que cuando comenzó a hablar sintió que Nora no estaba notando su borrachera. Como sea, le explicó que tenía una sustancia que tal vez era extraterrestre y la mujer, al parecer divertida con la llamada, accedió a recibirlo en su laboratorio de genética veterinaria.

—¿Genética veterinaria?

—Sí. ¿No te acuerdas? Esa vez que nos presentaron hablamos de las razas de caballos. Eso es lo mío, pero no te preocupes, podemos revisar eso en el laboratorio forense. Tengo las herramientas para saber de qué se trata. Voy a estar ahí el viernes. Mientras tanto, mantén la sustancia en refrigeración.

Saito le dio las gracias cariñosamente, pero calló la noticia de Veda. Mientras menos supiera Nora, mejor. Cuando colgó, se sintió más tranquilo. Saber la composición de la sustancia viscosa era necesario, y si Nora le decía que era algo orgánico ni modo. ¿Por qué iría a la cárcel si él

ni siquiera había estado cerca el día de la explosión? Decidido, volvió a deslizar su dedo por el celular.

—¿Samuel? Habla Saito. ¿Tienes un minuto?

—Estás borracho, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Se nota? Nada más me tomé una. No importa. Tengo algo importante que decirte. Mejor dicho, tengo tres cosas importantes que decirte.

El japonés contó entonces lo que Fenton le había dicho del rubí. Samuel reaccionó de inmediato.

—Sabía que ese rubí no era el de Veda. Eso me hace pensar que sigue viva. Después de todo es la única prueba que encontraron de que ella estaba en el laboratorio.

—Respecto a eso... —se mordió la lengua. Era mejor investigar lo de la sustancia gelatinosa por su cuenta antes de alarmar a su amigo— Nada. Bueno, sí. Necesito el ADN de Veda, ¿tendrás un cepillo con su cabello?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque quiero tener a la mano esa información.

—De acuerdo. ¿Querías decirme algo más?

—Peter Doyle ¿lo ubicas? Me encargó seguir el proyecto en el que estaba Veda.

—Me parece muy bien. Así estarás cerca de cualquier información que nos ayude a encontrarla; además, me da gusto que no dejes morir su investigación. Espera, dijiste tres cosas, ¿sí te acuerdas? ¿Cuál es la tercera cosa?

—¿La tercera... la tercera? Espera que me acuerde. Ah sí. Necesito recuperar las notas de Veda. Dime, ¿querías ir conmigo a visitar a Patrick?

—¡Desde luego! ¿Paso mañana por ti?

Saito recordó que Samuel tenía un Nissan *quickstick* con controles de mano.

—Okay. ¿A las once? Es seguro que Patrick estará trabajando a esas horas en Caltech. Oye, no va a querer darnos las notas por la buena.

—¿Quién dice que lo vamos a tratar de convencer por la buena?

Saito rio de la ocurrencia. Después de relajarse un poco frente a la televisión decidió irse a descansar. Fue de nuevo a la cocina y le dio un beso al frasco antes de meterlo en el refrigerador.

Al otro día Saito escribió el correo a Doyle aceptando el cargo. La burocracia académica tardaría unos días que le permitirían aprovechar para avanzar en su propia investigación. Le convenía que el personal de limpieza estuviera borrando sus huellas en el laboratorio.

Samuel llegó a la hora convenida y se dirigieron a Caltech, después de unos minutos Saito iba pálido y agarrado a la puerta del carro. Su amigo manejaba tan rápido que temió vomitar.

—Perdóname, No pensé que estuvieras tan crudo. Ahorita te llevo a un restorán mexicano donde puedes pedir un caldo bien picante para esa resaca.

—Estoy bien —Saito abrió la ventana y tomó una bocanada de aire, aprovechando la luz roja del semáforo—. Para ti, ¿cómo era Veda en realidad? Quiero decir, su trato diario. A mí a veces me regañaba. Explotaba si no la dejaba decir su opinión.

—Sí. Era impaciente. Odiaba mi forma de manejar.

—No la culpo —rio el japonés echando la cabeza hacia atrás por el arrancón.

Por fin llegaron al complejo de ciencias.

—¿Sabes cuál es el cubículo del “Barbas de Chivo”?

—Debe estar en el directorio. Nos será fácil pasar con mi credencial de Caltech —dijo Saito, quien había colaborado antes con esa institución.

Estacionaron el vehículo en el área de minusválidos.

—¿Cómo ves? ¿Aquí o más cerca?

—Privilegiado —bromeó Saito.

Pocos minutos después estaban frente a la oficina de Patrick.

Capítulo VII. Gea

Durante la noche Veda tuvo un sueño muy extraño. Una mujer de fríos ojos azules la obligaba a entrar a una piscina de cristal. En ella nadaban cientos de criaturas repugnantes. Despertó cuando se le acercaron a morderle las piernas. Gritó de dolor. Tenía un calambre.

Samuel reaccionó con el grito y se dio cuenta de lo que pasaba. Como si estuviera familiarizado con la situación, comenzó a masajearle las piernas.

—No has tomado suficiente magnesio, ¿verdad? No te he visto comer ensalada. Miras las hojas verdes casi con desconfianza.

Veda iba a responder que no sabía qué diablos era esa especie de lechuga que ellos comían con avidez, pero cambió de opinión.

—No sé por qué me regañas de todo. Ayer por la tarde incluso dijiste que llamarías a mis padres. ¿Qué clase de relación tenemos? ¡Dímelo, porque no me acuerdo! ¿Cómo somos tú y yo?

—Todo lo que te he dicho es por tu bien. No puedes seguir dando pistas de que te falta una vitamina o estás enferma. Perder la memoria en un accidente de bicicleta se puede explicar, pero me angustia pensar que ya no eres fun-

cional, y si eso sucede, que las personas comiencen a darse cuenta y te pierda. ¿No lo ves? ¡Te quiero mucho! Mientras más pronto te incorpores a tus actividades, comas lo de siempre y actúes normal, todo va a estar mejor. Si te dije lo de tus padres es porque a ellos no los informé de tu accidente. Como nunca quieres hablar con tu mamá, pensé que, si te hacía enojar, reaccionarías.

Veda se dejó abrazar por Samuel. Su piel olía familiar y le daba una gran seguridad. La presión de estar en ese mundo paralelo, sin poderle confiar a nadie lo que estaba viviendo, la doblegó. No tenía el trabajo para el que estaba preparada, no podía hablar con sus amigos, y había mil cosas que no comprendía de ese lugar, como las estúpidas hierbas que eran entre espinacas y lechugas, pero el olor de Samuel a romero, al aceite que usaba para combatir la caída del cabello, era el mismo. Lo único reconocible de su realidad.

—Sí quiero ver a mis padres —dijo, pero calló el resto: de donde vengo están muertos.

—Pues me das una gran alegría. Los invitaré yo mismo a un asado el próximo fin de semana, ¿te parece?

Un miedo repentino paralizó a Veda.

—No nos apesuremos. Yo te digo cuando esté lista.

Samuel la besó y volvió a su lado de la cama. Ella quería llenarlo de preguntas, pero enseguida lo oyó roncar. Dormir iba a ser imposible. Se levantó y fue a la salita a beber un vaso de agua y revisar de nuevo los libros que Martín le había dado. La palabra “funcional” llamó su atención en el índice del libro de ciencias. ¿A qué se había referido Samuel con que le asustaba su falta de funcionalidad? También Martín había dicho algo sobre los “individuos pertinentes al sistema” para no sé qué del equilibrio homeostático.

Fue a la página del libro. El capítulo comenzaba con la definición:

Una de las cuestiones clave para medir la importancia ecológica de las especies en un entorno es preguntarnos: ¿cómo se relaciona la diversidad de especies con el funcionamiento de los ecosistemas? De acuerdo al Principio Universal de Respeto al Equilibrio Zoológico-Antropológico (PUREZA) existen cuatro supuestos principales:

- 1) Todas las especies son igualmente importantes.
- 2) La pérdida o adición de las especies puede tener un impacto negativo en el ecosistema.
- 3) La funcionalidad de las especies está determinada por el desempeño adecuado de sus individuos y su eficiente interacción en los procesos ecosistémicos.
- 4) La estabilidad de los ecosistemas exige el respeto absoluto al ciclo natural de las especies, incluyendo su participación en la cadena alimenticia.

Desde el punto de vista ecológico, una especie es un grupo de individuos con rasgos físicos comunes y un comportamiento específico, los cuales determinan cómo interactúan con otras especies.

En el pasado, algunas sociedades trataron al ser humano como una especie privilegiada, lo que ocasionó profundos daños a todos los ecosistemas que habitaba el hombre. Los seres humanos somos simplemente otra especie y como tal, debemos sujetarnos a estos cuatro principios. Por fortuna, en 1966 PUREZA entró en vigor a nivel mundial, lo que implicó el control de la población humana a través de su interacción con la especie *Ctenofores Giganteus* (mokra gigante) que se encarga desde entonces de mantener los números de la especie humana dentro de un parámetro de funcionalidad ecológica y que, además, libera en sus desechos cuatro bacte-

rias fundamentales para la descomposición de los contaminantes más dañinos al medio ambiente (ver capítulo V).

Veda se talló los ojos, releyó en voz alta y bebió del agua. Las palabras seguían ahí. El libro de texto hablaba de algo para ella incomprensible. ¿El ser humano tenía un depredador además del hombre? Y eso, en adición, ¿era en-comiable?

Buscó en el libro la tenófora gigante y encontró una foto, parecía un invertebrado marino, semejante a la medusa. Sus cilios eran de un azul fosforescente y el libro hablaba de una longitud total de tres metros. En eso la alarma del reloj sonó, sacudiendo las entrañas de Veda. El vaso de agua cayó sobre el libro. Samuel la miraba intrigado.

—¿Te quedaste despierta? Mal hecho, señora, el sueño es indispensable para la salud.

—¿Qué es esto que está aquí? —no lo pudo evitar.

Samuel se acercó al libro de texto.

—¿Esa imagen? ¡Bah!, puedes dar ese tema de pasadita. Los chicos de secundaria aún son algo impresionables.

—No entiendo: ¿PUREZA? ¿mokra gigante?

Samuel estiró los brazos haciendo ruido al llenar sus pulmones.

—Seguro al ver la imagen recordaste por qué estás enojada con tus padres. Vamos ya deja eso.

—¡Por favor, Samuel! ¡¿No ves que no sé nada?!

—¡Baja la voz! Si gritas los vecinos pensarán que estás loca.

Veda se llevó las manos a la boca y ahogó un grito de rabia.

—Cálmate. La falta de memoria te tiene intranquila. Tú no eres así. Sugiero que hoy mismo vayas a avisar a la escuela de tu regreso. Podemos tomar juntos el eólico. Re-

coges tus listas, llenas la papelería necesaria y desayunamos por ahí, ¿qué te parece?

Veda se tomó un minuto para tranquilizarse. Podía investigar en la página web de la escuela, y tener en mente los nombres de las personas con las que al parecer trabajaba. Si iba, tal vez averiguaría más de todo lo que había leído.

—Está bien. Llévame. Necesito saber.

Al día siguiente, Samuel y Veda se dirigían a la escuela. El eólico, como el letrero indicaba, recorría la ciudad en túneles que se comunicaban. Entre sus características, usaba una especie de turbina donde se generaba la energía que le daba movimiento.

Veda miró a las personas que usaban el transporte. Buscó la imagen familiar de la gente usando su celular como entretenimiento, pero no la encontró. Los usuarios leían libros o revistas. No había nadie dormido ni de pie. Y se hubiera podido comer un sándwich en el piso del andén.

—¿Vas recordando algo del camino?

—Sí —mintió.

—Lo ideal sería que te compraras otra bicicleta. El miedo puede percibirse como una enfermedad. De hecho, no me gustó nada que los del hospital te cortaran el cabello. Lo mejor hubiese sido que regresaras igualita.

Llegaron a la escuela. Veda esperaba una instalación ultramoderna, como la que acababa de ver para el eólico, pero no era así. El edificio consistía en una especie de invernadero, con paredes de materiales reciclados y vidrio transparente. Los techos estaban recubiertos de paneles solares.

—Samuel. Tal vez me entretenga mucho. No quiero que se te haga tarde, ¿dejamos el desayuno para otro día?

—Veda, el desayuno es...

—Lo sé, el alimento más importante del día. ¿Por qué no te adelantas, entonces? ¿A qué lugar pensabas llevarme?

—A nuestro restorán de siempre. Perdón. Tal vez tampoco recuerdes eso. El lugar se llama Chandra, cuando salgas caminas una cuadra hacia la derecha y das vuelta a la izquierda. Ahí estaré esperándote.

Después de que Samuel se fuera, Veda respiró hondo y entró en la escuela. Esperaba poder reconocer al menos algunos rostros y nombres.

La recepcionista la saludó con un “buenos días, maestra, bienvenida”, que la tranquilizó bastante. Veda respondió al saludo y quiso saber de la directora. La mujer insistió en acompañarla a la dirección. Como los niños estaban en clase, había pocas personas en la oficina principal. De pronto, una mujer se acercó con los brazos abiertos para saludarla.

—¡Amiga! ¡qué bueno que ya estás de vuelta! ¿Cómo estuvieron tus vacaciones? —guiñó el ojo.

—Bien, gracias.

—Te queda ese corte de cabello, ¿no crees, Betty?

La recepcionista asintió con un movimiento de cabeza.

—Necesito que me firmen el contrato, profesoras. Lo demás les va a llegar por correo electrónico. Si me dan un momentito en seguida los imprimo.

—Claro, aquí te esperamos.

En el patio de la escuela había algunos niños jugando basquetbol. Uno de ellos lanzó un tiro muy desafortunado que fue a pegarle a otro en la cabeza.

—¡Menso! —le espetó el golpeado— Deberían llevarte a la inducción. Eres un inútil.

El niño que había lanzado la pelota se le fue encima a golpes. En segundos, ya le había hecho sangrar la nariz.

—¡Ayúdame a separarlos, Veda! —gritó la profesora del abrazo.

Las dos mujeres detuvieron a los niños y los llevaron con ellas a la dirección. Betty salió con los contratos.

—Profesora Lidia, le entrego su contrato. La espera la directora. Me llevo a este otro niño a que lo vea la enfermera; en seguida vuelvo.

Veda se quedó en la sala de espera con el niño que había lanzado mal la pelota.

—¿Cómo te llamas?

—Tyler.

—¿Qué fue lo que te hizo enojar tanto, Tyler?

El niño puso sus ojos grandes en los ojos de Veda y algo en ellos se encontró.

—Ben dijo que por inútil me debían llevar a la inducción. Y eso es muy feo. Mi hermanita nació con síndrome de Down y se la llevaron. Fue hace apenas un mes. Todos sufrimos mucho.

—Perdóname, Tyler. No quiero hacerte preguntas que te lastimen, pero ¿qué es la inducción?

Tyler la vio con evidente asombro.

—El coma inducido. A mi hermanita la pusieron en coma para que la mokra se nutriera de ella y ayudara al ecosistema.

Veda sintió un escalofrío. Finalmente había comprendido de qué se trataba PUREZA.

Capítulo VIII. Tierra

En cuanto Patrick salió a ver quién tocaba a la puerta de su oficina, Saito dio un paso atrás. Odiaba sentirse como una presa frente al científico que, como era tan alto, tenía que verlo forzosamente hacia abajo. Pensó que haberse hecho acompañar de un hombre en silla de ruedas no sería de gran ayuda.

El “Barbas de Chivo”, como Samuel lo había apodado por su barbita negra tipo pirata, sonrió al verlos. Saito sintió esa sonrisa en el sistema límbico de su cerebro y la tradujo como: “Pienso que eres un estúpido” o “anda, diviértete” o “mi niño, ¿cómo has estado?” Trató de ubicar la emoción para acallarla, pensando en que todos los estados emocionales tienen su principal base en esta red de neuronas, pero la verdad es que, en lugar de imitar la sonrisa, apretó los puños.

—Saito, ¿me escuchaste? ¿Toc, toc, comprende...? — la sonrisa se volvió franca carcajada y luego el hombre lo abrazó, dándole un par de palmadas en la espalda— ¡Y mi estimado arquitecto! —agregó intentando el segundo abrazo, que fue rechazado por Samuel.

Patrick cambió su tono:

—Bueno. Me queda claro que no vienen sólo a saludar. Pasen ustedes. ¿Quieren hablar de ciencia? Hablemos de ciencia o ¿a qué se debe la visita?

Entraron al despacho. Samuel, al final, cerró la puerta.

Saito seguía escuchando la tormenta eléctrica de su cerebro, pero un machucón de las ruedas de Samuel lo hizo reaccionar. Decidió armarse con el nombre del director de su instituto.

—Peter Doyle me encargó retomar la colaboración de Snolab con ustedes, y finalizar una publicación en la que sabemos que Veda estaba colaborando. Una publicación sobre materia oscura.

— ¡Ah, sí!, Veda tenía una docena de hipótesis sobre el tema, pero tanto así como que tuviéramos con ella un artículo en colaboración, no. Digamos que ambos pensábamos un día demostrar que la diferencia sustancial entre la materia oscura y la energía oscura es que la primera es gravitacionalmente atractiva, mientras que la segunda es repulsiva, lo cual es extraño en realidad. En fin, algo como eso. Nada en firme.

—De cualquier manera, necesitamos pedirte todos los materiales y datos que ella te compartió.

—¿No han podido acceder a su información desde Snolab? —se llevó la mano a la piocha para acentuar la burla.

Samuel volvió a machucar a Saito, quien esta vez sí se quejó y se sobó la pierna. Samuel aprovechó para intervenir:

—Tenemos todo para probar un plagio si incluyes algo de su investigación en tus colaboraciones de *Simetría*... ¿comprendes?

—¿Por qué querría yo aprovecharme de la investigación de mi... —hizo una pausa y sonrió de nuevo— de mi *amiga*?

Saito sintió que la palabra amiga caería como rayo, pero apenas había volteado a ver qué reacción tendría Samuel, cuando su amigo ya estaba dotando a Patrick de una fuerte descarga, justo en medio de la barriga, con la pistola taser que tenía en la mano.

El japonés vio las sondas de nitrógeno comprimido del arma viajando a 135 metros por segundo, seguidas del desplome del “Barbas de Chivo”.

—¡No te quedes como pendejo! —Samuel lo urgió—
¡Ayúdame a buscar un USB con la forma de un tren!

—¿Un tren?

—Sí. Mi esposa respaldaba últimamente su información ahí.

—No lo mataste, ¿verdad?

—¡No, que va! Solo está desmayado. No tarda en despertar. ¡Apúrate!

Saito y Samuel recorrieron la oficina. Saito se dirigió al escritorio y halló los cajones abiertos. Debajo de unos papeles encontró el pequeño Shinkansen, que él mismo le había traído a Veda de Japón.

—¡Ya tengo el tren! ¿Tú qué encontraste?

Samuel trataba de pasar entre el librero y una mesita redonda.

—¡Este cuaderno es de Veda! ¡Pero qué huevos más azules tiene este cabrón! —se dirigió, arma en mano, a propinarle otra descarga.

—¡Vámonos, vámonos! —dijo el japonés que, cargado de adrenalina, abrió la puerta con una mano y con la otra trataba de darle la vuelta a la silla para huir a toda velocidad. Por fin salieron. Entre el rechinar de ruedas, Saito alcanzó a escuchar los quejidos de Patrick que despertaba.

La camioneta salió del estacionamiento de Caltech sin ningún contratiempo y unos minutos después, Samuel dejaba a Saito en su casa.

—Gracias. Aún no puedo creer que llevaras esa pistola. ¿Cómo fuimos a hacer eso?

—Ya, tranquilo. No creo que vaya a acusarnos. Imagínate, qué le dirían: ¿te tumbaron un chaparrito y un inválido?

—Ojalá no te equivoques.

—No pasa nada. Tú revisa el tren y yo el cuaderno, y nos llamamos en cuanto salga algo. ¡Ah! Por cierto, te traje el cepillo que me pediste.

Saito entró a su casa. Aún tenía que ocuparse de lo de la sustancia viscosa. Nora lo esperaba en dos horas, de modo que alcanzó a servirse un tazón de sopa que había preparado la tarde anterior.

Para su propia sorpresa, comió con apetito, casi de manera eufórica, y simultáneamente se puso a revisar el USB. Era mucha información, la seleccionó toda y la subió a la nube de Snolab con sus propias credenciales. En cuanto terminó de hacerlo se sintió satisfecho. Patrick ya no podría publicar nada que Veda hubiera descubierto primero, sin darle el crédito adecuado.

Había sido una mañana tan intensa que decidió darse un segundo regaderazo antes de visitar a Nora. Dudó si debía llamar a Peter Doyle, pero ¿cómo le explicaría el método convincente de Samuel? Lo mejor era seguir avanzando por su cuenta.

Más tarde, mientras manejaba, de camino a la clínica veterinaria, Saito agradeció tener el control del volante.

Nora Elaison podía pasar por una mujer muy joven y, sin embargo, ya tenía más de cincuenta. Por desgracia para ella, Saito era realmente observador. De inmediato se

dio cuenta de que, al sonreír, Nora únicamente arrugaba las partes del rostro que los pinchazos de toxina botulínica no alcanzaban a cubrir.

—¿Dónde está esa sustancia extraterrestre? —coqueteó Nora, tocando con sus dedos huesudos el hombro de Saito. Al parecer hoy era el día del contacto físico...

—Nora, sólo necesito saber si el ADN de la sustancia corresponde al cabello que está en este cepillo.

—¿Entonces solamente quieres que lleve a cabo un electroforesis en gel?

—Sí —no sabía ni de qué le hablaba.

—Lo digo porque es la mejor técnica para encontrar si hay coincidencia de proteínas. Se utilizan colorantes fluorescentes. Una hora. Es lo más rápido que te puedo ofrecer.

—Gracias. Lamento haber dado tanta molestia.

—Pero si me encanta. Me siento como científica de programa policiaco. Claro que cuando acabe me vas a invitar a cenar, ¿de acuerdo?

Saito asintió con la cabeza. En una hora podía pensar en algún pretexto para no salir con Nora. Ella le pidió que tomara asiento en la salita contigua mientras echaba a andar la prueba. Al cabo de un rato salió y lo animó a que la acompañara por un café de la maquinita.

Durante un rato hablaron de cómo Nora y él habían coincidido en el pasillo de la universidad, siguieron con el clima, y también hablaron de caballos. Cuando la conversación regresó a temas de genética, ella le soltó de golpe:

—¿Sabías que los extraterrestres diseñaron y ordenaron el ADN humano?

—¿Quiénes?

—Los extraterrestres. Estuve leyendo unas cosas interesantísimas de la ciudad de Nazca en Perú. Pero, per-

dóname. Yo hablando de estas tonterías y tú que debes de estar tristísimo por la muerte de tu novia.

—¿Cómo?

—Veda. ¿No era tu novia? Mejor... Porque ella andaba con quien se dejara, ¿eh?

—¡No!

—Pues todos decían que era pareja de Niesen, y ¿qué me dices de aquel físico nuclear tan brillante con el que colaboró en Suecia. Se hablaba de muchas cosas, como del SPA que frecuentaba con los rusos, y luego de una relación que tuvo con un ex astronauta con el que se dio una escapada a Madrid. Y bueno, yo no lo sé de primera mano, pero a mí se me hace que se sentía buenísima, porque hasta el doctor Doyle la buscaba para todo.

—Tienes razón. Se ve que no tienes la información correcta.

—Ay, perdón. Sé que eras muy cercano a ella, pero me parece que esas mujeres que suben en la ciencia deben ser ejemplo para las otras y Veda, francamente...

—Veda era ejemplar.

—Como quieras. Cómo la defiendes, ¿eh? ¿No que no era tu novia? Está bien, Saito, conmigo está a salvo tu secreto. Uy. Ya deben de estar los resultados. ¿Me sigues?

Saito entró tras ella al laboratorio viendo lo alta y flaca que estaba, y notó —por primera vez en otra persona— los codos que Nora tenía resecos y despellejados. Ella se acercó a la computadora y leyó la información obtenida.

—¿De dónde salió esto? Está rarísimo.

—¿Qué cosa?

—Esta gelatina orgánica que me diste.

—Es una sustancia que me dio... un geólogo.

—¿Lo ves? Extraterrestre.

—¿Cómo?

—No coinciden. La gelatina y el cabello no son del mismo organismo. El pelo obviamente es de persona y la sustancia... pues es muy parecido, pero tiene algunas proteínas que no son nuestras. ¿Me lo puedo quedar? Quisiera correr otras pruebas.

—No, lo necesito de vuelta. ¿Estás segura de que los ADN no coinciden?

—Sí. Absolutamente.

—Perfecto. Gracias, Nora. En este momento tengo que irme y necesito regresar la sustancia. En cuanto a lo de cenar, ¿te llamo luego?

—Bueno —la mujer reunió todo de mala gana y se lo dio con una mueca que parecía indicar que ya sabía lo que significaba ese luego.

Saito salió de la clínica veterinaria con el frasco y una gran sonrisa. Había sido un día de misiones cumplidas. Veda, además, no había quedado hecha pomada en el laboratorio. Dónde estaba y qué era esa sustancia seguían siendo grandes incógnitas, pero al menos no había prueba de que estuviera muerta.

Capítulo IX. Gea

Como si le hubiesen apretado una brasa contra la piel, Veda sintió un dolor que la hizo abrir los ojos y la puso en un estado de conmoción: ya no estaba en una escuela conversando con un niño. Delante de ella había un monstruo que devoraba gente mientras los *correctos* comentaban la legitimidad del sacrificio.

El efecto de terror inyectado en su cerebro duró hasta que la recepcionista la sacó de su estado de shock. Tomó el contrato que esta le alargaba y dio las gracias distraída. Ni siquiera esperó a la mujer que la trató como a una amiga.

Fuera de la escuela comenzó a caminar sintiendo el mareo de la adrenalina. Vio que del otro lado de la acera había un parque de juegos. Cruzó la calle y, ya en el parque, decidió sentarse en una banca.

Veda llamó a la científica en ella para reflexionar sobre lo que sentía: la glándula suprarrenal había puesto en marcha el sistema defensivo y de reserva de su organismo, preparándola para luchar o huir. En este caso había optado por alejarse de la escuela. Pero la situación era más grave que eso. En realidad, huir significaba preguntarse si podría irse de ese universo alguna vez. En cuanto a luchar ¿tendría algún sentido hacerlo sin la fuerza y los recursos neces-

rios para cambiar las cosas? La amenaza era, en efecto, un monstruo, y era parte del sistema. Al poner estas palabras en su mente tuvo que reír. Su situación era absolutamente ridícula.

Después de practicar algunos ejercicios de respiración para serenarse y aclarar su mente, se puso a observar a las familias. Le recordaban imágenes salidas de los años sesenta: los colores lindos, las personas limpias y bien vestidas, la doble moral de un mundo donde todo aparentaba estar bien. El crimen en esa sociedad no sólo era aceptable, sino que estaba sistematizado. Si no eres adecuado, saludable, exitoso, te vamos a matar, vamos a dar tu carne a un animal. Veda sintió en sus labios el sabor de un par de lágrimas de impotencia y se secó otras tantas con la manga de su blusa.

Tardó varios minutos en recuperarse. Una mujer y su hija estaban en otra banca. La madre traía un chaleco corporativo que decía Chandra. En seguida Veda recordó el nombre del restaurante al que tenía que llegar con Samuel. Regresar con él y resguardarse le pareció la mejor opción.

Chandra era un restaurante muy iluminado y lleno de plantas. Un domo alto cubría el jardín interior en donde estaban las mesas. Samuel la llamó desde un gabinete. Cada vez que veía a este esposo, fuerte y sin la silla de ruedas, Veda sentía una culpa que se manifestaba en la boca del estómago.

—¿Qué tienes? Tardaste un montón. No te despedirían, ¿verdad? —se levantó muy serio.

—No. Ya me dieron mi contrato y mi horario.

—Ah. Pensé que habías llorado. Tienes los ojos enrojecidos. De hecho, me preocupé mucho. Ya casi termino de desayunar y debo regresar al despacho. Te ordené lo de siempre, ya debe de estar helado. ¿No prefieres que te lo den para llevar?

—¿Qué es? —el plato le resultaba extraño, naturalmente desconocido.

—Hojuelas de güencos con queso y pasas.

—¿Eso negro frito es un tubérculo?

—Sí. Me vas a volver loco —llamó al mesero—. ¿Nos puede poner este plato para llevar?

El mesero regresó con una cajita de algo parecido al bambú y le acercó una maquinita para hacer el pago.

—Le incluí, desde luego, el costo del contenedor. Nuestros contenedores están hechos de algas, para su comodidad.

Las palabras eran amables y el mesero estaba sonriendo, pero a Veda le sonó a una frase acusatoria. Samuel contestó de forma casi automática, como si fuera parte del protocolo.

—Le agradezco. No es nuestra costumbre desperdiciar así la energía y el tiempo empleado, pero realmente se nos hizo tarde.

Veda llenó la cajita con su comida y la metió en su bolsa de mano mientras Samuel pagaba.

De camino a la estación del tranvía, Veda tomó valor para reanudar la conversación.

—No estés enojado, por favor.

—¿Qué pasará si no recuperas nunca la memoria? ¿Cómo vamos a fingir tu salud? No estoy enojado, estoy preocupado.

—Martín y tú me pueden ayudar.

—Ese niño... No creas, también lo veo frágil, y no me gusta que sea así. Necesita más deporte.

—Puede ser. Está muy centrado en la música.

Llegaron al eólico y Samuel puso una especie de pulsera en el detector. Veda lo miró y un nuevo problema se le vino a la mente.

—Supongo que ya no me vas a acompañar a casa. ¿En dónde me debo bajar?

—Mi despacho está en la misma dirección. Yo te digo dónde bajarte y ya me sigo. No sé por qué no te dieron tu pulsera al salir del hospital, pero en cuanto puedas tramita otra.

—¿Dónde hago eso? ¿Qué debo llevar para el trámite?

—En cualquier oficina del eólico. Y sólo se requiere tu voz. En la voz está toda la información que necesitan.

Veda pensó que tener la voz exactamente igual a la de la mujer desplazada de esa realidad era probable, de lo contrario, el mismo Samuel la hubiera interrogado.

Entraron al eólico y se sentaron juntos. Samuel, más tranquilo, la tomó de la mano. Eso la animó de nuevo a hablar.

—¿Qué oportunidades tengo de cambiarme de trabajo?

—Pero ¿qué dices? Si te encanta dar clases. ¡Sabía que tenías algo! ¡Ah!, claro. Te refieres a si no recuperas la memoria... ¿Qué tan difícil puede ser aprenderte de nuevo el currículo?

—No, no es eso. Quiero intentar en otras áreas de la ciencia. ¿Tal vez algo como astronomía?

—¿Lo que estudiaste? Pues entonces sí te sugiero que invitemos a tus papás a la casa. Ellos son los influyentes.

—¿Influyentes?

—Desde el inicio de PUREZA.

—¿Cómo?

—¡Baja la voz! —le ordenó Samuel apretándole la mano—. Si no te acuerdas de lo que hacen tus padres, no te preocupes. En mi librero están los dos libros de tu mamá. *Hacia una sociedad eficiente* y el otro, ¿cómo se llama? Algo como *Educación y supervivencia* o *Cultura de la supervivencia: las cuatro reglas básicas*. Búscalos en cuanto

llegues. La siguiente es tu estación. Creo que es importante que veamos a tus padres, y cuanto antes, mejor.

—Sí quiero verlos —pareció decirlo como para convencerse a sí misma—. ¿Tú puedes invitarlos a casa?

—Claro, pero, ¿no irás a cometer alguna indiscreción? Tu papá puede entender lo de la memoria, pero tu mamá... Ella se toma lo de la salud muy en serio.

—Hazlo, por favor. Te veo al rato en casa. Martín y tú necesitan prepararme.

Veda salió del eólico con una extrema necesidad de paz. Lo que venía era arriesgado, pero debía generar ese cambio. Escapar del universo en el que estaba era lo más importante.

No tardó en hallar los libros. Esta mamá escritora firmaba con el nombre de Sienna Tarazi, un apellido para ella desconocido. En su realidad, el apellido de su madre había sido Prado, como el de su padre y el de ella. Tener los libros en la mano le provocó al mismo tiempo ansiedad y hambre. Calentó los tubérculos negros y los comió con curiosidad. Sabían a papas fritas con un queso interesante. Tiró las pasitas que le habían dispersado porque no le pareció que combinaran con el platillo, pero luego las sacó de la basura. Tal vez en ese mundo hasta la basura estaba fiscalizada. Las arrojó al jardín con la esperanza de que una ardilla se las comiera.

La emoción de la mañana ahora se había transformado en nervios. Mientras leía, siguió comiendo cosas que encontró en la alacena: le puso un poco de aceite a un pan que sabía a centeno y romero y bebió dos tazas de té de flores con miel.

El teléfono sonó. El identificador decía Gama Arquitectos. Contestó el auricular con miedo. Era Samuel.

—¿Llegaste sin contratiempos?

—Sí, ¿y tú?

—Desde luego. Te quería decir que ya invité a tus papás para esta tarde.

—¿Cómo? ¿No me iba a preparar primero? Estoy apenas revisando los libros.

—Yo creo que verlos te puede ayudar a... —bajó más la voz— a recuperar la memoria. Leí que era bueno, pero, además, me contestó el teléfono tu papá e insistió en visitarte cuanto antes. Le conté que te habían atropellado.

—No puedo hacer una cena. ¡No sé ni dónde comprar comida!

—Que se ocupe Martín. ¿No está en casa?

—No.

—Bueno. Entonces yo compro algo de pasada. Nos vemos a las seis.

La casa no necesitaba mayor arreglo, así que Veda se sentó en la sala a tratar de leer lo más posible. Había empezado por el de *Hacia una sociedad eficiente*, y se dio cuenta, desde el prólogo, de que su mamá era una ideóloga reconocida por su propuesta ambientalista.

El libro comenzaba por dar la definición del sistema cerrado que era el planeta y examinaba el dilema de igualdad contra utilidad, defendiendo la primera y poniendo a todas las especies en un plano de igualdad. “La ética del medio ambiente” —escribía Sienna— “requiere reconocer que los seres no humanos tienen un valor intrínseco en el funcionamiento del ecosistema, que los hace esenciales para el bienestar de Gea Máter”. Veda se dio cuenta de que era la primera vez que leía el nombre de esta Tierra paralela. En seguida, la autora hablaba de las obligaciones de los individuos para mantener de manera estable el flujo de recursos y asegurar la continuidad de cada especie, por encima de la satisfacción de las necesidades individuales.

Veda hojeó el capítulo que se titulaba “Teleología de un mundo mejor”, en el que la escritora evaluaba los bienes y males que se habían sucedido en la historia de la humanidad, haciendo distintas interpretaciones de los hechos. También mencionaba las futuras generaciones y el compromiso que debía generarse y transmitirse como herencia ideológica.

Según lo que entendió de su lectura, en 1966 se había discutido mundialmente la vulnerabilidad de los países subdesarrollados y la necesidad de asegurar la comida y limitar el crecimiento de la población. “Nadie es dueño de los recursos” había sido el detonador de todo un movimiento filosófico que postulaba que la vida humana pertenecía directamente a la sociedad y no a Dios.

Como resultado de la conclusión anterior, el movimiento PUREZA había nacido para defender y ampliar la noción de eutanasia, Veda sintió que la prisa le ganaba y que sólo alcanzaba a detectar palabras tomadas de una hoja a la otra:

En su *Zaratustra*, Nietzsche exhortaba el concepto de muerte a tiempo [...] Pero cuando a estos males incurables se añaden sufrimientos atroces [...] Las personas que están privadas de los bienes y funciones vitales de la mayoría [...] Alguien que se vuelve una carga para sí mismo y para los demás [...] Si nos abocamos a la noción de legítima defensa [...] Una dulce muerte, utilizada con fines sociales, acelera el fin del individuo en función de...

Se limpió las manos con la servilleta, estaban heladas de sudor. A pesar de la prisa, la idea del libro le resultó perfectamente clara: la política de alimentar a las mokras, entendidas estas como un benefactor del medioambiente,

había nacido de una interpretación retorcida de generar condiciones para acabar con el hambre y el sufrimiento.

El libro cerraba reiterando la necesidad de que cada generación debía recibir la misma cantidad de recursos que las generaciones previas, por lo que las naciones de modo voluntario habían firmado el pacto de mantener los índices de consumo invariables. Para esto, una de las medidas más importantes era limitar la población humana a partir de un proceso que semejara la selección natural. Por consiguiente, se ampliaría el uso de la eutanasia —antes considerada aplicable únicamente en casos de sufrimiento extremo— a todas aquellas personas marcadas por el padecimiento de una situación indigna, una carencia física palpable o una condición de invalidez irreversible.

Cuando cerró el libro, Veda estaba llorando de nuevo.

Capítulo X. Tierra

El fin de semana Saito pasó horas frente a la computadora descargando los apuntes de Veda, aunque había colaborado con su amiga en algunos proyectos, no tenía suficiente conocimiento de lo que ella y Patrick se traían entre manos. Le preocupaba el escándalo que este último haría al confirmar, después de la agresión, que la memoria USB y el cuaderno de notas habían desaparecido de su oficina. Sin embargo, pensando más claramente las cosas, tal vez Patrick decidiera quedarse callado. Desde luego que la información robada era relevante, pero, conociendo al tipo, lo más probable era que Veda hubiera hecho todo el trabajo y el “Barbas de Chivo” no tuviera cómo reclamar su participación. Tal vez sólo le había pedido que incluyera su nombre a cambio de financiarle algo, o tal vez ella lo había invitado a firmar como colaborador para hacerle un cariño. Por otro lado, ¿no desataría burlas que un hombre en silla de ruedas lo hubiera puesto fuera de combate en su propia oficina dándole un toque en los testículos? Saito no pudo contener la risa.

Leyó y fue tomando sus propias notas. Una de las teorías más interesantes que Veda exploraba era la relativa a

los trabajos de Higgs,³ quien señalaba que el universo no existía como un globo que se expande, sino que podía visualizarse como una serie de microondas hecha de sucesivos estados temporales: el más nuevo de mayor tamaño que el anterior. Según esa teoría, el universo formado hace aproximadamente 20 billones de años, después del Big Bang, se expresaba en el tiempo como un cono invertido, lo que implicaba que, en sentido opuesto, podría existir un universo espejo formado por otro cono. Ambos conos se tocaban en el punto cero de la gran explosión.

La simetría explicada por Higgs hacía mención de las partículas y sus antimaterias, que eran el tema que a Veda le interesaba.

La científica había avanzado considerablemente en su investigación sobre micropartículas, tales como los neutrinos y otros elementos subatómicos presentes en el viento solar. Su propuesta partía de las llamadas fulguraciones, liberaciones súbitas e intensas de radiación electromagnética del sol, que cíclicamente (cada once años) generaban manchas de polaridad magnética distinta en el astro. A partir de esto, Veda teorizaba que la energía residual del choque entre materia y antimateria podría abrir una grieta en la estructura cuántica del universo durante unos milisegundos, por la cual se podrían transmitir subpartículas a grandes distancias de manera instantánea. Estas partículas explicaban por qué ciertos elementos subatómicos no eran detectados por los instrumentos. Sin embargo, de acuerdo con los cálculos de Veda, cabía la posibilidad de lograr dicha transmisión intencionalmente y dirigirla a un punto específico. Algo que sonaba a teletransportación.

3 Peter Higgs, físico británico (1929-2024), predijo la existencia del llamado bosón de Higgs, una partícula subatómica.

Saito se sintió abrumado por la enormidad de lo que estaba leyendo. Necesitaba despejar la cabeza para asegurarse de que había comprendido a cabalidad, decidió salir a caminar y, sin pensarlo mucho, llegó hasta el parque. Ahí se había montado la exposición de una escultora japonesa llamada Kusama.⁴ Se sentó en una banca que estaba frente a la escultura de un gran sol risueño, cuyos radios parecían los tentáculos de un pulpo gigante, pintado con lunares amarillos y azules. El inocente sol parecía más bien la obra de un niño. Le resultó curioso estar viendo ni más ni menos que un cuerpo estelar manchado de lunares, pero la combinación de la escultura, el paisaje y la tranquilidad del parque, lo hicieron sentirse mucho más receptivo a nuevas teorías.

“Si un universo espejo existiera, tal vez se podrían encontrar átomos, rocas e incluso planetas semejantes al nuestro. Quizá, tal como Veda propone en sus notas, algunas partículas subatómicas podrían pasar la pared impenetrable del punto cero del Big Bang y transformarse en versiones espejo de ellas mismas”. Saito sonrió al pensar si acaso el señor Spock o el doctor Who serían malévolos al pasar al otro lado del espejo. “Después de todo, hay tal cantidad de variables en el espacio que el tiempo de la simetría absoluta es imposible de concebir”.

Salió del parque y decidió que lo mejor era comentarle todo su hallazgo a Samuel. Tal vez las cosas se aclararían si se las explicaba a alguien más.

Tomó un autobús y veinte minutos después ya estaba en la casa del arquitecto, quien lo recibió con una gran sonrisa.

—¿Cómo está mi compañero de fechorías? Espero no haberte metido en problemas.

4 Yayoi Kusama, 1929.

—No. Aún no —Saito notó un olor extraño impregnado en Samuel.

—Me encontraste cocinando. Risotto de hongos... pero mágicos —rio.

—¿Cómo?

—Algunos psiconautas como yo odiamos el saborcillo a mugre y a aserrín que tienen los de marca San Isidro, y es que crecen en excremento de vaca. He intentado mejorarlos hasta con crema de cacahuete, pero aun así odio el saborcillo que dejan. Una vez me dieron tantas náuseas que me vi a mí mismo vomitando gusanos. En la pizza, en cambio, saben bastante bien. Otro día te preparo una. Mientras prueba esto —Samuel procedió a servirle un plato de arroz que parecía tener queso—. Ándale, me los dio mi chamán para el dolor y la tristeza.

Saito hizo el ademán de rechazarlos. Desde su época de estudiante, cuando le dieron a probar la marihuana, no había vuelto a consumir nada que fuera psicotrópico.

—No me los desprecies. Le puse verduritas. Ah, y apaga tu teléfono.

Saito lo vio tan emocionado que no tuvo más remedio que probar. Después de tres cucharadas el japonés sintió que sabían casi igual que los shitake. Samuel, por otro lado, ya estaba en plan filosófico.

—La primera vez que los probé hice conexiones que nunca había hecho, pero estaba triste y me hicieron sentir mal. Luego los probé contento y me puse muy eufórico. Lo mejor es que estés equilibrado. Darles a los hongos su tiempo. ¿Sabes qué siento en estos momentos? Una extraordinaria libertad. Como que el alma se me limpia con un calorcito muy suave, y luego ya no estoy en la silla...

Samuel se quedó callado unos minutos.

—Tienes que aprender a dialogar con tus miedos, amigo. Descubrir la naturaleza de tus actos, dejar que te guíen las estrellas, las texturas. ¿Ya viste qué increíble es la tela de mi sillón?

Saito pasó los dedos por el sofá y sintió el estímulo exacerbado en las yemas de los dedos. Sonrió con el descubrimiento.

—Está suave. Muy bonito.

—¿Te he contado cómo era de joven? Hacía rápel. Me gustaba ir a las cavernas que están en Murphys. Tienes que ir. Son estructuralmente bellísimas. Antes del accidente yo era un adicto a la adrenalina, hacía cualquier tipo de deporte extremo: motociclismo, surfeo, esquí. Creo que a Veda eso le resultó atractivo de mí.

—¿Y cómo fue que te accidentaste?, ¿fue haciendo rápel?

—No. Fue visitando una obra. Me subí a un andamio sin protegerme con cuerda. Una estúpida ráfaga de viento. A veces uno confía demasiado en sus capacidades.

Saito comió otra cucharada del arroz.

—¿No tienes una cerveza para acompañar esta cosa?

—Agua con azúcar, amigo. Ésa es la combinación ganadora. Digna de vikingos antes del combate —Samuel dio la vuelta a su silla y fue a buscar las bebidas.

Saito, mientras tanto, se tumbó de lleno en el sillón y su mente comenzó a saltar de un pensamiento a otro a gran velocidad. Por instinto se puso las manos en los párpados. Las ideas pasaban como figuras en caleidoscopio.

—¿Ya te conectaste, ¿verdad? La belleza de todo reside en los rompecabezas. No trates de luchar contra eso. Los mejores proyectos los he diseñado con este arroz.

Saito se animó a traducir en palabras lo que le venía a la mente.

—Alicia se preguntaba cómo sería la vida detrás del espejo hasta que descubrió que podía atravesarlo.

—Qué increíble.

—Y también hizo eso la madrastra de Blancanieves...

—No. Ella no atravesó ningún espejo.

—Pero se comunicaba con lo que había atrás, ¿no?

—Exacto. Los mundos se confunden, todo es real y todo es falso, como con los lentes 3D.

—¿Quién tendrá el oligopolio de los mundos detrás del espejo? En ese universo, ¿iremos para atrás en el tiempo?

Samuel ya no pareció escuchar eso último. Frotaba la cara contra el sillón que le había quedado a la altura de su silla de ruedas, como si fuera un gatito queriendo dejar su huella de olor.

Saito se quedó callado. Todas las piezas parecían quererle comunicar algo. Como el sol con lunares amarillos y azules.

—Muy bonito... Y los árboles. Ellos son y no son simétricos, ¿cierto? Las hojas tienen estructuras idénticas, pero cada rama es única.

—Qué bien hablas, hermano. ¡Imagínate mi caso! Caerse y que la caída dure una eternidad.

—Qué maravilla. Como la caída de Alicia.

—Ándale. Y cuando terminas de caer ya eres otro, y las flores te maltratan porque pueden. Porque son bellas y pueden irse con quien quieran.

—No digas eso —reclamó Saito pensando que su amigo comenzaba a tener un mal viaje.

—Tú mismo eres un personaje de Alicia. Pero estos hongos no te van a hacer crecer —la risa fue sarcástica, pero terminó con un gemido—. Discúlpame. Yo te estimo mucho. Así chaparrito y todo.

Los dos hombres estuvieron en silencio un rato. Saito movía la cabeza de vez en cuando como si se meciera en un barco y Samuel se frotaba la cara con el dorso de las manos. Pasaron así un par de horas. Luego, Samuel bebió con avidez del agua azucarada y en seguida Saito siguió el ejemplo. Al parecer habían pasado los efectos.

—¡Espera! —el japonés dio un brinco— No quiero olvidar lo que pensé.

—¿Tuviste una epifanía?

—Sí. ¡Veda no está muerta! Ella está del otro lado del espejo —balbuceó sintiendo aún la lengua adormecida.

—¿Qué dices? —el rostro de Samuel estaba pálido.

—El accidente —bebió más agua para aclararse—. Veda se transportó sin querer. Por eso ella no es la gelatina que encontramos, y por eso el anillo no es el que tú le diste. Tenemos que buscar cómo repetir el experimento para ver qué ocurre.

Durante la siguiente hora y con la mente más alerta, Saito le contó a Samuel lo que había leído, y trató de explicar los temas con los que Veda estaba trabajando.

—Era un proyecto importante financiado por alguien. Doyle no me dijo, pero creo que es la NASA. Sin embargo, algo salió mal. Por eso Doyle quiere tener control de la información.

—Entonces el “Barbas de Chivo”...

—Ha de estar bien enojado.

Los dos amigos rieron de buena gana.

—¿Tú crees que puedas repetir el experimento? Abrirle la puerta para que regrese.

—No lo sé. Una cosa es ir y otra es volver.

Capítulo XI. Gea

Samuel entró por la puerta trasera que daba a la cocina. Llevaba un tóper de vidrio que contenía la cena: una pasta hojaldrada rellena de una especie de menestra de verduras. Veda le ayudó con otros paquetes que traía en la mano y ambos se pusieron a organizar la cocina.

—¿Pusiste a enfriar el vino?

—No. Estoy muy muy nerviosa. Ni siquiera sé qué platos o mantel usaremos.

—Los de bambú, sin duda. Martín debió ayudarte. ¿No ha llegado?

Veda negó con la cabeza. No había visto al joven en todo el día.

—No te preocupes, en el aparador está todo —Samuel se dirigió al comedor y fue sacando el mantel y los platos. Luego, como para convencerse a sí mismo añadió— es una cena sencilla con tus papás.

La mujer puso el vino blanco a enfriar. Su refrigerador le permitía controlar la temperatura de cada compartimento así que lo puso en lo más alto. En eso estaba cuando oyó las voces de varias personas en el recibidor. Al parecer eran sus padres que habían llegado al mismo tiempo que Martín. Samuel ya estaba con ellos en la puerta principal.

Al escuchar la voz de su papá, Veda sintió una emoción muy peculiar. En la Tierra, sus padres habían fallecido en un accidente de aviación. La voz de Sienna era parecida a la de ella, pero la de su papá era una voz dulce, juvenil, extrañamente olvidada, y de golpe ahí estaba... en su sala. Recordó a su padre recitándole sonetos. Pensó: “Qué suerte poder reencontrarme, aunque sea con esta versión de ellos”.

Veda se acercó al grupo y de inmediato percibió que Martín no parecía muy contento con la visita. Estaba por abrazar a cada uno, cuando la mirada de su mamá la detuvo. Era una mirada de escrutinio.

—No puedo creer que no nos hayas contado antes de tu estancia en el hospital.

El papá se adelantó al abrazo contenido.

—Lo importante es que estás bien. Me imaginé lo peor cuando Samuel nos comentó del accidente. ¿Ya estás recuperándote? ¿Qué necesitas? ¿Cómo estás transportándote?

Veda sonrió al reconocer los nervios siempre excitados de su papá. Se quedó viendo a la pareja un minuto. Ambos eran distintos a como ella los recordaba. Se les veía más fuertes y delgados, incluso musculosos, como esas personas que a los 70 corren maratones. Ambos traían el cabello blanco, no entintado, como solían usarlo sus verdaderos padres: Sienna de rojo y Antonio de negro. La emoción dio paso a la curiosidad. Decidió responder a la última pregunta.

—Por ahora estoy tomando el eólico.

—No debes dejar que el miedo te paralice — Sienna hizo un movimiento hacia la sala como para cerrar la conversación—. Yo prefiero usar las ruedas eléctricas, aunque si sales tarde de tu casa ya no hay. Tampoco te caería mal caminar. Te ves algo pasada de peso. También a este niño se ve que le urge el deporte.

—No le hagan caso —intervino don Antonio— lo dice porque me traje caminando a paso vivo. ¿Cuánto es de distancia, mujer?

—Unas cinco millas.

—Nada mal ¿eh? —rio el papá.

Martín asintió abriendo los ojos.

—Si te sorprendes es que te falta condición física —opinó Sienna—. ¿A poco te sigues cansando de todo? A mí eso me pone mal. Verte así, flaco, paliducho y sin fuerza. No sé por qué no estás en algún equipo. Pero, en fin. Sé bueno y tráeles a tus abuelos un vaso de agua.

Samuel intervino.

—Grillo, recoge tus cosas. Yo les traigo el agua a tus abuelos.

Martín obedeció echando una mirada que no pasó inadvertida para Veda. Sienna lo había ofendido. Su esposo trató de aliviar la tensión

—Además del agua, don Antonio, ¿no prefiere un licor?

—Con gusto me tomaría una copa —respondió, y dirigiéndose a su esposa mientras se sentaba en el sillón de la sala, añadió— ¿por qué no les cuentas de tu proyecto de abejas?

—¡Ay! Es muy lindo. Obtuvimos el permiso para hacer más de 200 lugares de anidación, y a lo largo de banquetas se van a plantar unos senderos de flores nativas que reemplazarán a las flores de ornato que no las atraen. Ustedes, por cierto, necesitan reemplazar ese pasto de la entrada con algo productivo, aunque sea con trébol. Ya les habíamos dicho. Hasta las paradas del eólico tienen en el techo mini jardines de trébol.

—Compramos las semillas, ya estoy en eso —Samuel hizo una pausa—. Si tienen hambre ya podemos pasar a la mesa.

El papá de Veda soltó la carcajada.

—¿Lo ves, Sienna? Tanto les estás comiendo la cabeza que mejor ya nos van a alimentar.

—Es que nos vemos poco. ¡Y ya vieron! Podemos caminar hacia acá. Además, si no estoy encima de ustedes, no hacen las cosas. En fin, aquí estamos. Ahora cuéntame, Veda, ¿qué ha pasado con tu trabajito? ¿Ya entraste?

Veda se sorprendió de sentirse tan enojada. ¿Cómo era posible que esa señora molesta fuera su mamá? Trató de componer el semblante. Después de todo, lo que quería de esa señora era un favor.

—Fui esta mañana a la escuela, pero...

Samuel hizo un ademán como para indicarle paciencia.

—¡Ay! —se quejó Sienna al ver el gesto. Me parece que yo también necesitaré una copa. Mejor no te acomodes en la sala, Toño. Sentémonos a la mesa y me cuentan. Ah, y también quiero saber qué pasó con tu cabello. ¿Te lo cortaron en el hospital?

—Así es. Llegué con una contusión —Veda recalcó la palabra contusión y luego la miró fijamente, midiendo al enemigo.

En ese momento llegó Martín con cara de mala gana, lo que no ayudó al silencio incómodo que ya se había establecido en el comedor.

El platón de menestra y el pan fueron pasando. A Veda le temblaban tanto las manos que temió tirar la comida, de modo que agregó tratando de ser lo más casual:

—De hecho, quería contarles que la contusión me hizo perder la memoria...

La noticia cayó como balde de agua. La cara de Sienna no era de sorpresa o preocupación, sino una cara de “¿cómo se te ocurre incomodar con eso?”

—Pero ya está recuperándola —intervino Samuel casi ahogándose con el pan—. Recuerdas perfectamente a tu familia y también tu formación en ciencias, ¿no?

—¿Te quedó una memoria selectiva? ¿Cómo así? —la mirada incrédula de Sienna agregó más presión.

—Eso que pasó es muy grave —interrumpió don Antonio.

—Yo también creo que fue grave, papá —ahora Veda estaba dispuesta a ignorar lo más posible a la mamá— por eso pensé en aprovechar la coyuntura para hacer un cambio de carrera. Volver a la astronomía.

—¿Cómo? ¿pierdes la memoria y decides que es el momento para por fin hacer ciencia?

—Sé que tendré que ponerme al día en aspectos técnicos, pero me considero suficientemente capaz...

—No, perdóname, pero nunca has demostrado esa capacidad. No tienes publicaciones, ¿qué vas a hacer?

—Solo quiero la oportunidad —el tono contundente de Veda logró el efecto deseado e hizo que Sienna se retrajera un poco.

—Bueno, si por fin vas a ser ciencia, lo celebro. No voy a negar que el accidente te dejó distinta, ¿tú qué piensas, Toño?

—Yo la noté chulísima. Más segura. ¿No creen? ¡Y lo importante es que está viva! —don Antonio selló el asunto golpeando con una mano la mesa.

—Puede ser. El que sigue como un ratoncillo asustado es Martín —Sienna rio sola de su broma.

Martín se levantó de la mesa. Samuel lo interrogó con la mirada.

—Tengo tarea.

—No has acabado de cenar.

—Déjalo, Samuel. Son todas esas hormonas y la falta de ejercicio.

—¡Mamá, deja al niño de una vez y hablemos de lo mío! Martín aprovechó para escabullirse.

—¿Qué es lo que quieres, aparte de mi aprobación?

—Quiero que me ayudes a entrar a trabajar en PUREZA.

—Hacemos ecología. El área de astro-ecología es muy pequeña. Está lo de los drones para identificar especies animales y castigar a los cazadores. Ah y un par de proyectos con el astro primordial y su impacto en energía fotovoltaica.

—Me interesa todo...

—Pues sí, pero no se puede. Quiero decir, no puedes recuperar así el tiempo perdido en tus clasecitas. Si de verdad piensas aplicarte, tal vez puedes entrar un tiempo sin goce de sueldo para ponerte al día en cuanto a investigación. Y de ahí veríamos.

—Gracias. Es perfecto.

Samuel volteó a ver a Veda con cara de pregunta.

—Me apoyarás con mis gastos y eso, ¿verdad, querido?

—¡Es que no hay de otra, Samuel! —justificó Sienna— Pero lo apruebo. Me va a dar gusto tenerte cerca. Claro que no habrá ningún trato especial. No es ético que llegues a desplazar a nadie.

—Gracias, mamá —el rostro de Veda se fue tranquilizando, a pesar de que estaba muy mortificada por Martín.

—También celebro tu cambio de carácter.

—Yo puedo pasar por ti mañana para que te familiarices con el lugar —agregó don Antonio— Si llegas como hija de vecina a la organización, no te van a dejar entrar. Es complicado.

—Sí. A últimas fechas hay un grupito de detractores que siempre están ahí —agregó Sienna— Pero espera a que veas lo que estamos haciendo para las abejas.

Veda necesitaba ocultar sus emociones. Le pareció que su cerebro estaba consumiendo energía todo el tiempo tratando de adaptarse a elementos nuevos y no siempre agradables. Un esfuerzo que la tenía exhausta. Además, necesitaba subir a ver a Martín y decirle que él estaba bien tal como era, que esa señora no era la abuela que se merecía.

La cena continuó con Veda casi muda y Samuel llevando los espacios incómodos con plática casual. Sienna también pareció relajarse y al cabo de un rato, determinó con quién podría presentarse Veda en calidad de aprendiz.

Al despedirse, Veda se aventuró a buscar algo que la hiciera feliz.

—Papá, no sé si estoy recordando mal, pero de joven, ¿me recitabas poemas?

—¡Claro! Te gustaba mucho *Estrella*, de Keats:

Cuando el tiempo consuma nuestro tiempo se-
guirás confortando el dolor de otras gentes / como
impasible e insomne eremita del cielo, / con ojos
siempre abiertos, contemplando, / la grávida caden-
cia de unas aguas lustrales, / que acarician y limpian
la tierra de los hombres / o mirando la máscara de nie-
ve / que suavemente cubre / las desiertas montañas y
los páramos. / Solitaria en la noche, / como lo eres tú.
/ Pero no como tú: / con ojos siempre abiertos, con-
templando... / Como tú, inmortal e inmutable, / pero
estar recostado en su regazo, / y sentir para siempre
su respirar suave, / y velar por mi amor ya para siem-
pre con una leve y dulce inquietud. / En silencio y en
calma oír su tierno aliento. / Pero mejor morir si no
me es dado así vivir eternamente. / Si yo fuese inmor-
tal, brillante estrella, / como lo eres tú. Pero no como
tú: / con ojos siempre abiertos, contemplando.

Capítulo XII. Tierra

El mundo brillaba de manera peculiar. La silueta de los árboles, en contraste con la puesta de sol, daban a Saito la idea de unos gigantes que lo observaban. La sola posibilidad de que fuera factible comunicarse con otro universo lo había hecho sentir pequeño. No era un sentimiento de paz sino de aprehensión.

Desde que Peter Doyle le hizo aquella llamada telefónica ordenándole ocuparse del proyecto de Veda, él se sentía perdido. No es que no estuviera familiarizado con lo que ella estaba trabajando. Él mismo había publicado un artículo sobre radiación electromagnética de alta energía, algo que las estrellas emiten cuando se colapsan para formar agujeros negros: una especie de grito de agonía. Sin embargo, Veda parecía haberse salido de su campo de investigación, y en lugar de estudiar las variaciones magnéticas producidas por explosiones solares, se había dedicado a jugar con las partículas subatómicas que nuestra estrella genera en su núcleo. ¿Con qué propósito? Y sobre todo ¿cómo había permeado esa radiación? ¿Qué provocó el accidente en el laboratorio e hizo desaparecer a Veda? Sin ella, Saito se sentía que caminaba con los ojos cerrados.

Muchas cosas lo molestaban. La científica era muy buena en el tema de relaciones públicas, pero él siempre tenía ese sentimiento de ser inadecuado. Incluso pensaba que la gente lo consideraba tonto o lento. Bastaba con que pronunciara “buenos días” para que de inmediato le dijeran “usted no es de aquí”, ¿cierto? Como si no se le notara eso en el rostro. Lo más triste es que cuando lo miraban hacia abajo, él también se reprochaba a sí mismo el ser así: una persona introvertida.

Pero la ciencia... ¿no se supone que está llena de introvertidos? Personas que están detrás de sus libros, de sus experimentos y publicaciones. Todo eso era un estereotipo y le había tocado comprobarlo a la mala. Veda, en cambio, había demostrado que era posible ser una mujer atractiva y también tener lugar en la ciencia. Por eso le ofendía tanto al japonés que se dijera que ella conseguía las cosas a través del coqueteo. ¿Y si así fuera? ¿Cuántos hombres no eran encantadores al adular a otros para conseguir sus objetivos?

El amor que le tenía a Veda era en parte agradecimiento. Por ella se enteraba de cosas que ocurrían en Snolab, como de quién era quién, y qué hacía ahí. Y cuando había una reunión de colegas, y Veda lo invitaba o hacía comentarios de admiración sobre su trabajo, Saito era feliz y se sentía aceptado por todos.

Si ella no iba a un festejo o reunión, Saito se mimetizaba con los muebles. Veía a las personas bromear y moverse con facilidad mientras él se escondía detrás de una cerveza, que, para su mal, se le subía de inmediato. Ya borracho, tampoco es que fuera simpático, simplemente se sentía enfermo. Luego venía la foto grupal en la que nunca salía. Si acaso, sus colegas le pedían que fuera él quien la tomara.

“Un universo alternativo, como la historia de Alicia detrás del espejo... La experiencia le tenía que ocurrir a

Veda, la protagonista de la historia. Yo no hubiera inspirado a Lewis Carroll. No sé perseguir conejos ni hago preguntas a los desconocidos ni me pongo a pelear con la reina de corazones”.

Sonrió por el tren de pensamiento que lo había llevado a sacar esa conclusión. Sin duda eran los hongos que seguían soltando los últimos efectos. Agradeció tener en Samuel un vestigio de la amistad de Veda. Ninguno de los dos podía acobardarse ahora.

Pensó en el concepto de “materia oscura”, y recordó a un contemporáneo suyo, Fraser, del Reino Unido, que había muerto apenas dos días después de que él y sus colegas presentaran un estudio sobre el tema para su publicación. El “canto del cisne más sorprendente de Fraser”, dijeron los bloggers de *e-astronomer*. Lo cierto es que ninguna hipótesis estaba lista para ser comprobada, y los llamados “axiones” —partículas sin carga y muy ligeras que en apariencia se crean dentro del sol— eran tan escurridizas que se sabía de ellos por cuestiones inusuales, como el accidente de Veda.

Mientras pensaba todo esto Saito llegó a su casa. Abrió el refrigerador y vio que tenía un corte muy fino de solomillo y algunos calamares con los que podía hacerse una sopa. También había shitake, pero apartó los honguillos con algo de repugnancia. En cambio, sacó un cebollín, espinacas y la pasta de sésamo.

“Para reproducir el experimento de Veda y detectar el sutil paso de una partícula de materia oscura voy a necesitar muchísimo gas zenón. Me pregunto si debo comentarle esto al director”.

Apenas había mencionado la palabra director, cuando Peter Doyle llamó.

—Saito, recibí una llamada de Patrick. Parece que hubo un robo en su oficina y se perdieron parte de las notas de Veda. ¿Sabe usted algo al respecto?

El japonés sintió la adrenalina subirle hasta las orejas y tartamudeó al hablar.

—¿Có...? ¿Un robo? ¿No mencionó nada más?

—No. Le dije que usted se iba a poner en contacto con él para que Snolab y el instituto firmaran la publicación que Veda y él estaban a punto de sacar. Me dijo que se había lastimado una pierna y por eso no pudo regresarme las llamadas. Es muy urgente sacar esa publicación. Como usted sabe, Snolab tiene una cuota de investigación y no quiero quedarme corto. Retome a la brevedad ese proyecto. Aunque se hayan perdido algunas notas, algo podrá hacerse y se hará.

Saito guardó silencio, sopesaba todo lo que implicaría confesar que él tenía las notas de Veda. Optó por ganar tiempo y seguir la corriente de lo que fuera que Patrick estuviera tramando, y asintió.

—¿Qué presupuesto tendríamos? Estaba pensando en que requeriré algunas cosas para replicar lo que ella hacía.

—El seguro pagó bastante bien lo del incendio. No se preocupe por ahora. Haga el trámite para que lo autorice de inmediato.

Colgó el teléfono y fue a la mesa con las manos aún temblorosas. El donabe, puesto sobre la parrilla eléctrica, empezaba apenas a hervir. Vio las burbujas como si las estuviera conociendo por primera vez. Se originan en el fondo, suben a la superficie y una vez allí se disipan en el aire. Eso mismo ocurría con la preocupación que sentía de que Patrick lo demandara. ¿Por qué el “Barbas de Chivo” había sido tan discreto? ¿Por qué no contarle al director que Samuel lo había paralizado con el taser mientras él corría con el USB y las

notas? Patrick le estaba dando tiempo ¿Sería que en el fondo...? No. “No es que ‘Barbas de Chivo’ quisiera recuperar a Veda. ¡Lo que pasa es que le dio demasiada vergüenza que un chaparrito y un inválido lo dejaran fuera de combate!” La carcajada explotó con el hervor de la sopa.

Todavía divertido con su descubrimiento social fue metiendo la carne y las verduras a la olla de barro. En cuanto se cocían, las iba sacando con los palillos y metiendo en la salsa de sésamo. “¿En quién confiar? ¿En Patrick o en el director?” Lo mejor era seguir avanzando solo.

Fue el tiempo de cocer los calamares en el caldo. Le pareció que los cefalópodos eran sin duda las criaturas más interesantes del planeta, los pulpos en particular, y al pensar en ellos una ternura especial lo invadió de pronto, uno no debería de comer seres tan complejos e inteligentes. De cualquier modo, no volvería a comprar calamares. Recordó algo que había leído recientemente en la revista *Cell*: La NASA acababa de mandar en el cohete Falcon 9 dos cargamentos para ser estudiados por los científicos de la estación espacial ISS; uno contenía calamares cola bob, esos que son bioluminiscentes gracias a una bacteria que selectivamente permiten que habite en su organismo; y otro contenía tardígrados, esos seres microscópicos que se hallan en todas partes: cumbres de montañas, profundidades marinas, volcanes, selvas tropicales y la Antártida; ambas especies habían demostrado ser capaces de sobrevivir en condiciones hostiles y ahora ayudarían a responder preguntas de lo que se necesitaba para aguantar un viaje espacial prolongado.

“Si consigo calamares o tardígrados, ¿podré enviarlos por la grieta junto con la materia oscura?” Era un primer paso para saber si un ser vivo podía replicar la experiencia de Veda sin hacerse puré contra la pared al ser bombardeado por los axiones.

Terminó de comer y se preparó para descansar. Mientras se lavaba la cara, una idea le vino a la mente. La chismosa de Nora tal vez podría ayudarlo otra vez, “pero si la busco va a decirme que la invite a salir y me va a atarantar con su conversación”, se dijo sopesando otras posibilidades. Tomó la revista *Cell* para checar qué científicos habían participado en el proyecto de la NASA. Un biólogo molecular que había pasado por Stanford y estaba dedicado a estudiar la genética animal... Igual que Nora. “Ni modo, es momento de armarse de valor”, se dijo.

A la mañana siguiente, Saito llenó una serie de formularios para pedir los ingredientes que Veda había dejado por escrito. Básicamente los componentes químicos de la sopa estelar: hidrógeno, helio, oxígeno, carbono, nitrógeno, neón, hierro, silicio, magnesio... y zenón. Para impactar una pared con axiones, tenía que combinar todo eso usando altas temperaturas y alta presión. Un gramo de esa sopa mal empleada podía liberar tanta energía como la combustión de muchos litros de gasolina. Sintió lo grandioso y ridículo del proyecto. Veda lo había logrado con láseres pulsados. Sólo era necesario contener todo en una cámara metálica.

Saito se pasó una mano por la frente para quitarse el sudor. Debía ser ultra cuidadoso. ¿No sería mejor aliarse con Patrick? A lo mejor él sabía cómo manipular los ingredientes de mejor manera para evitar una segunda explosión. No, ese tipo únicamente quería colgarse del avance de Veda, mejor él mismo replicaría todo con extremo cuidado.

Terminó de hacer su pedido al instituto y se armó de valor para el siguiente trámite: hablarle a Nora. La mujer no pareció resentida al contestar el teléfono.

—Saito, ¡qué gusto! Te fuiste tan pronto. Dime ¿qué pasó con tu sustancia extraterrestre?

—Oh, no, no era extraterrestre, quizá un poquito inusual. Gracias por haberme ayudado con eso —tragó saliva— ¿quedó pendiente ir a almorzar, ¿cierto?

—¡Exacto! Ya estaba a punto de reclamarte. De hecho, mencionaste cena...

Saito rio nerviosamente y preguntó:

—También me preguntaba si me ayudarías otra vez.

—¿Otro ADN?

—No. ¿De casualidad tú conoces al doctor Ludovic Booth? Es un profesor de biología molecular que está haciendo investigación con tardígrados.

—¿Con ositos de agua? Son una *ternuuura*. Los *amooo*.

—Sí, son algo simpáticos...

—En cuanto al doctor sí, sí lo conozco. ¿Por qué?

—Necesito conducir un experimento, y quiero pedirle una muestra de esa especie.

—¿También los vas a mandar al espacio? ¡Pobrecitos! Todo mundo los explota.

—Los tardígrados son microscópicos.

—¿Y eso qué?

Saito se quedó descontrolado y sin saber qué decir. La mujer rio haciendo gran escándalo.

—Siempre caes conmigo, amiguito. Eres muy inocente. Pero es mejor que sea yo la que le pida todo el kit: el contenedor de teflón y las bolsas de nutrientes. Son aguantadores, pero no vaya a ser. Además, si yo hablo con él, no creo que haga muchas preguntas, creo que me tiene un poquito de miedo, desde una vez que...

—Excelente. Gracias.

—Claro que esto ocurrirá después de que me invites a cenar.

Saito estaba esperando que Nora hubiese olvidado el tema. Trató de sacar algo más por tan tremendo sacrificio.

—¿Puedes pedirle también los calamares cola bob?

—Ajá. Lo sabía. Estás investigando algo sobre el ARN, pero tú no eres biólogo, Saito. ¿Para qué es?

—Es para un experimento de gravedad que haré con mis estudiantes.

—Ah, claro —fingió entender—. ¿Te interesa saber si la relación simbiótica del calamar con la bacteria que lo hace luminoso se mantiene en condiciones hostiles?

—Sí.

—Bueno, yo le pregunto. Pero ¿por qué eres tan serio conmigo? Dejemos de hablar de trabajo ¿A qué hora pasarás por mí?

Saito enmudeció. En los pocos segundos que tardó en responder pasó frente a él la última cita que tuvo con una muchacha, una joven delgadita que trabajaba de asistente y también era tímida, como nadie rompió los incómodos silencios, ambos habían acabado viendo el celular mientras traían la cuenta. Por fin, se dio cuenta de que Nora esperaba del otro lado del teléfono. Se aventuró a responderle.

—¿A las cinco?

—¡Perfecto! Conozco el lugar ideal para cenar. Es acogedor, romántico y la langosta es de lo mejor.

—¿La... langosta?

—Sí, querido. Y de postre podemos hablar de los tardígrados.

Toda esa tarde Saito pasó haciendo sumas mentales, algunas no muy favorecedoras a su presupuesto.

Capítulo XIII. Gea

Veda dio un breve trago a la infusión, que en ese mundo hacía las veces de café, y abrió la computadora para ordenar sus emociones. Quería escribir de su madre, la verdadera, la que le pedía no ser olvidada. Cerró los ojos y la vio tan distinta a la que acababa de conocer que tuvo la necesidad de respirar hondamente. Sus padres nunca tuvieron la edad de las personas que cenaron con ella. La pesadilla del accidente aéreo que la dejó huérfana a los 30 años la cimbró de nuevo.

Siguió reflexionando. El poema recitado por don Antonio la había conmovido, la actitud amorosa coincidía con la del padre real, pero su pertenencia a PUREZA hablaba muy mal de él; después de todo, don Antonio y Sienna estaban juntos en un proyecto que eliminaba a los más débiles. No. Aunque el olor cítrico de su loción fuera igual al que recordaba de su progenitor, debía tener cuidado con él. No podía bajar la guardia. Tal vez de su lado sólo estaba Martín. Sus ojos brillantes, como dos piedras obsidianas, le parecían de lo más honesto de ese mundo. ¿Por qué tuvo un hijo aquí y no allá?

Las coincidencias de los dos universos eran tan impactantes que lo distinto la asustaba. “Bien, ya sé que en

este universo existió un Nietzsche, pero ¿habrán existido Los Beatles y su cantante favorita: Patricia Kaas... Einstein, Hawking? ¿Qué cosas de la historia ocurrieron y cuáles no? ¿Y los accidentes? ¿Acaso era predeterminado que su Samuel estuviera vencido por la discapacidad, mientras el de los brazos fuertes se dejaba vencer por los miedos? ¿Por qué las personas habían permitido algo como PUREZA?, y sobre todo ¿qué era esta mokra y por qué era inexistente en su universo?

La parte de Einstein le generó inquietud: ese sentimiento de cuando un recuerdo se te escapa y debes buscar la información de inmediato. Fue a los libros de Martín y desesperadamente hojeó el contenido del de ciencias. Ahí estaba Einstein y la relatividad del universo; sin embargo, el resumen minimizaba el pensamiento independiente y revolucionario del científico.

“La teoría de la relatividad de Albert Einstein es famosa por su predicción de fenómenos bastante extraños pero reales, como el envejecimiento más lento de los astronautas respecto a las personas que vivimos en Gea, y el cambio en la forma de los objetos a altas velocidades”, concluyó.

La revelación de Einstein consiste en que los observadores en movimiento experimentan el tiempo de forma distinta; es decir, es del todo posible que dos acontecimientos tengan lugar de forma simultánea desde la perspectiva de un observador, pero que ocurran en momentos diferentes desde la perspectiva del otro, y ambos observadores estarían en lo cierto. En resumen, Einstein se dio cuenta de que lo que es relativo es la simultaneidad. La verdad es que, si tienes una copia del artículo original de Einstein de 1905 sobre la relatividad, es de lectura fácil. El texto es sencillo y claro y sus ecuaciones son, en su mayoría, álgebra.

Veda leyó varias veces la información. Nada se decía de la ecuación más revolucionaria de la física moderna. No obstante, los principios de Einstein eran válidos también en ese universo y eso significaba que ya fuera derecho o de cabeza, el universo era fundamentalmente simétrico.

Veda trató enseguida de encontrar en el libro algo referente a universos paralelos, pero no halló nada; entonces recordó el ejemplo del huevo que el científico Turok había utilizado en la revista *Live Science* para explicar la posibilidad de la vida en un universo paralelo. Él hablaba básicamente de un tiempo en retroceso. Era como imaginar un video rebobinándose; en otras palabras, en ese universo veríamos el huevo desde que la yema está en el plato a un huevo roto, a un huevo sin romper y finalmente al interior de la gallina. De manera similar, el universo paralelo en lugar de partir de la explosión del *Big Bang* iría acercándose a ese momento para implotar.

Pero no. No era eso lo que ella estaba experimentando. El tiempo en ambos universos parecía lineal, implacable y el orden de las moléculas perfecto. Ella y Samuel, Einstein y Nietzsche contenían características físicas equivalentes en un mundo y otro. Las variaciones se concentraban en las ideas que habían o no cuajado, y en los accidentes, o tal vez las variables electromagnéticas y químicas generaban reacciones como el color de los atardeceres. La Tierra y Gea Máter tenían un sol y una luna equiparables. Incluso era probable que ambos universos hubieran sido creados de forma simultánea por la explosión del *Big Bang*.

Si pensaba así las cosas tenían sentido, de alguna manera su accidente en el laboratorio había abierto una singularidad en la pared que separaba a ambos universos, permitiéndole su desplazamiento de uno al otro. Si algo así era concebible en la ficción, “y son muchas las historias que

han abordado el tema de universos paralelos”, ¿por qué no existiría en la realidad?

Dejó la computadora, era mejor descansar. El día siguiente pintaba para ser difícil por esos padres y debía tener la cabeza fría para aprender todo lo posible sobre PUREZA.

Antes de ir a su recámara pasó a darle las buenas noches a Martín. El joven estaba leyendo y al verla le sonrió.

—¿Qué estás leyendo?

—Es una historia de celtas y de vikingos. Si quieres luego te la presto —Martín le enseñó la cubierta de su libro que decía: *Neimhaim. Los hijos de la nieve y la tormenta.*

—Me encanta la idea. Y tú, ¿estás bien? ¿No te cansaron demasiado tus abuelos?

—Mi abuela es... Bueno, siempre habla de que necesito hacer más ejercicio. No es que no quiera, pero tampoco es en lo que más brillo.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer?

—Construir, explorar... ¿y a tí?

Veda se quedó pensando un minuto.

—Creo que... imaginar. Y tú eres justo como el hijo que imaginé. Es más, sólo por eso te voy a abrazar.

Martín brincó de la cama escapándose del abrazo de Veda, que ya no intentó perseguirlo.

—Bueno, ya lo lograré... cuando menos me esperes, espérame —dijo ella riendo con él.

A la mañana siguiente el timbre la sorprendió. Había dormido tarde y mal. Su padre estaba junto a la puerta.

—Iremos en el eólico. A tu mamá le convenía más tomarlo desde casa. Quedé con ella de que nos veríamos en la entrada de PUREZA.

Veda agradeció no encontrarse con la mirada inquisidora de Sienna, hacía tiempo que no se podía maquillar y las ojeras hubieran evidenciado que su salud era bastante

regular. Allá en PUREZA, con el ajeteo de presentarla, tal vez no se daría cuenta de su palidez.

Caminaron unas tres cuadras que a Veda le supieron a paseo, se permitió la experiencia de ir al lado de la figura de su padre aspirando la humedad de la mañana; sin embargo, don Antonio mostraba de vez en vez su intranquilidad, moviendo los dedos nerviosamente. Por fin se subieron al eólico.

—¿Está todo bien, papá?

—No entiendo. Tú no eres de las que se desalienta o se disgusta fácilmente. ¿Por qué quieres dejar la escuela? PUREZA es un lugar que va a demandar mucho de tu tiempo y tu energía. Y los roces con tu madre serán frecuentes. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—¿Por qué tendría roces con mi madre?

Don Antonio levantó las cejas de tal modo que Veda se arrepintió de la pregunta. Era obvio: la relación entre ellas siempre había sido difícil. Trató de componerle.

—Sólo quiero aprender, mi curiosidad científica se reanimó de pronto. Y Sie... y mi mamá es una mujer admirable, de ciencia. No creo que tengamos ningún roce.

—Bueno, si es por desarrollar tu intelecto supongo que está bien. Hay algunos proyectos de astrobiología que pueden interesarte.

—¿Están estudiando vida alienígena?

Don Antonio rio de manera nerviosa y le dio un empujoncito a Veda al tiempo que decía:

—Como si no conocieras esa respuesta. Claro que lo más reciente es reconocer biósferas que puedan ayudar al desarrollo de la vida. Sé que hay un departamento donde se analizan compuestos orgánicos en el espacio, las interacciones agua-carbono, estimaciones de zonas habitables alrededor de otras estrellas, lugares que podamos un día

colonizar —don Antonio hizo un guiño—. Y por otro lado está el Departamento de Astroecología, que tiene proyectos de energía disponible, microgravedad, radiación, presión, temperatura... esas cosas.

—¿Bioética?

—Sí, desde luego. Para eso está el comité que fundó tu madre, pero no te recomiendo trabajar en eso; imagínate, es dar respuesta a la complejidad de asuntos sanitarios, entre ellos la eutanasia —se encorvó don Antonio, como si una sombra hubiese caído de pronto sobre sus hombros.

Continuaron el trayecto hablando de Samuel y de Martín. Como Veda no era una especialista en detalles de su propia familia, le contó del campamento al que habían ido juntos. Al narrarlo, le pareció como algo ocurrido hacía mucho tiempo.

Cuando llegaron a la última estación del eólico, ya nadie más quedaba en el tren. Veda sintió que la angustia le pegaba en el vientre.

—¿Ya es por aquí?

—No. Pero de aquí nos lleva el transporte militar —el padre señaló un carro eléctrico estacionado frente a la salida de la estación.

El chofer era un hombre joven de rostro simétrico y largas pestañas negras. Fuera de la dureza de su mentón, no daba la impresión de ser un militar. No usaba uniforme ni traía el típico corte de pelo raso.

Don Antonio saludó al capitán por su nombre y se sentó en el lugar delantero. Fueron en silencio hasta llegar a la entrada del complejo. Frente a la reja que abría hacía unos jardines estaba apostado un grupo de manifestantes. Se alcanzaban a ver algunas pancartas con la palabra ¡NO!, seguida de otras palabras como eutanasia, mokra, PUREZA e incluso Sienna.

—¿Podemos entrar por otro lado? —preguntó don Antonio.

El capitán asintió y llevó el carro despacio hasta ponerlo junto a la reja lateral.

—Señor, ¿trae llave de la puerta de suministros?

—Sí —don Antonio sonrió y se la entregó al cadete con movimientos nerviosos.

—Señora, tendrá que salir por la derecha y entrar al complejo lo más rápido posible.

La escena que siguió duró apenas un instante. Un hombre del grupo de manifestantes gritó la palabra ¡criminales! Y echó a correr violento hacia ellos. El militar que había abierto la puerta lateral metálica se interpuso entre el que protestaba y el padre. El primero vociferó algo que Veda no alcanzó a entender porque el capitán, con la palma abierta, le había dado un certero golpe implacable en la base de la nariz, que lo había hecho caer, si no muerto, al menos desmayado.

Lo violento de la escena impresionó tanto a Veda que don Antonio la tuvo que jalar para que el militar pudiera cerrar la puerta tras de ellos. Caminaron por un pasillo sin que Veda sintiera cómo había movido las piernas ni si había o no respirado, hasta dar con el frente del complejo. Ahí estaba PUREZA: un edificio rodeado de bellos jardines.

Capítulo XIV. Tierra

“Para realizar un experimento con axiones lo que se necesita es un imán súper potente y un sistema de detección de fotones o rayos X”. Saito dio un sorbo a su taza de té y siguió pensando. Veda había utilizado el telescopio de Snolab orientado al Sol para determinar el comportamiento de la materia oscura, pero la detección de los axiones había sido accidental y no inducida. “Lo que necesito es construir un imán cilíndrico, de unos 20 metros. No, 25... y debe estar formado por bobinas superconductoras para que se puedan detectar los axiones sin temor a que haya un accidente en el laboratorio”.

Saito hizo números en la cabeza y calculó casi un millón de dólares. Ni Snolab ni Caltech le darían esa cantidad de dinero. Claro que resultaba interesante la sola hipótesis de que los axiones fueran las partículas de las que estaba formada la materia oscura y que el Sol las emitiera por haberse cargado de ellas justo después del *Big Bang*; sin embargo, de ahí a convencer a la gente de que los axiones tenían la habilidad de moverse en el tejido de los multiversos, entre ellos, quizá, el universo donde Veda se encontraba, era pedir demasiado.

El sentimiento de esperanza duró unos segundos. Ojalá Veda estuviera viva. Bebió nuevamente su matcha y desechó la probabilidad de obtener un millón de dólares. Necesitaba otras opciones. El laboratorio contaba con un modesto acelerador de partículas que se había utilizado para estudiar hadrones. ¿Qué pasaría si combinaba ese acelerador con el gran telescopio y fabricaba una especie de tubo imantado capaz de contener la energía sobrante? Eso haría el experimento mucho más seguro; de hecho, esa energía se podría canalizar para aplastar y transformar al axión en masa detectable. Tacaño como era, Peter Doyle no pondría ninguna resistencia para realizar modificaciones de bajo costo; además, había gran potencial en esta investigación, después de todo, la materia oscura representaba una de las mayores incógnitas de la física. Con un artículo que le prometiera sobre el tema, el director le daría los permisos necesarios.

Saito sabía muy bien a quién podría encargarle el túnel imantado. Samuel seguramente podría ayudarle a obtener un material de construcción superconductor. Con los elementos necesarios se podía crear un aparato como los de una resonancia magnética.

Entusiasmado, Saito se levantó de la silla de su estudio y caminó nerviosamente hacia la cocina. El primer experimento podía ser con algún elemento inerte: el anillo de la “no Veda” que sobrevivió a la explosión, había demostrado que ciertas gemas podían entrar en la ranura producida por los axiones y pasar, ¿aparecer?, en esta realidad. ¿Por qué no ocurriría lo opuesto? Veda, la piedra preciosa de su laboratorio, intacta en otro mundo. Qué suerte sería eso, pero ¿cómo cortar la pared que separaba las realidades? Tal vez si lograba juntar la energía necesaria, los axiones funcionarían como un cúter capaz de cortar dicho muro. “Eso podría

ser: la materia oscura es una especie de cartulina flexible que separa los universos”, pensó. Por el corte era posible que pasara una piedra como el rubí... incluso una Veda.

“Desde luego, tendré que colocar el telescopio con las coordenadas de observación solar que dejó Veda en su diario. De otra manera, ¿a dónde iría a parar el rubí?”, Saito suspiró. No había manera de controlar que alguien lo recibiera del otro lado, a menos que lo enviara explicando de qué se trataba la comunicación. Y eso era como esperar que justo la persona adecuada recibiera el mensaje en la botella.

Una vez que desapareciera el rubí, podía intentar trasladar los tardígrados. ¿Y luego?, ¿qué mensaje enviaría?: “¿Favor de buscar a la doctora Veda para que regrese inmediatamente a su universo...?”

Decepcionado en parte por la poca practicidad de su esfuerzo, Saito recordó su cita. Debía estar listo en una hora. Decidió darse un baño y, como estaba muy nervioso, se puso una loción con esencia de naranja que tenía propiedades antiestrés. Tomó un saco azul y lustró sus zapatos. Se sentía preocupado.

Llegó al lugar de trabajo de Nora Elaison y le mandó un mensaje de texto como habían quedado. Ella le respondió de inmediato que ya estaba en la explanada del complejo de edificios donde trabajaba. A lo lejos vio a la mujer saludándolo. Traía puesto un vestido cuya transparencia dejaba ver sus muslos excesivamente delgados. Saito trató de pensar en otra cosa, pero como Nora caminaba con las piernas separadas, resultó difícil concentrar la mirada en otro objeto. Por fin, cuando estuvieron cerca ella lo besó en la mejilla:

—¡Ya conseguí tus animalitos! Me los dieron hoy mismo. Vamos a recogerlos y de ahí ya nos organizamos.

—¿De verdad? Muchas gracias. ¿Dónde están?

—Es aquí a la vuelta, en el Instituto de Detección de Rasgos y Salud. Dame el brazo para que no me caiga con estos zapatos. ¡Uy, quedé demasiado alta para ti! —dijo dándole otro beso, esta vez en la frente.

Caminaron a través de los jardines de la Dirección de Recursos Genéticos y Biotecnología (DRGB) y al cabo de unos minutos llegaron al Instituto. El corazón de Saito iba a saltos, le preocupaba firmar algo que después no pudiera justificar en Snolab. Por otra parte, en verdad necesitaba los tardígrados.

Fueron hacia lo que parecía una especie de mostrador de farmacia. Una mujer con lentes saludó a Nora y le entregó un pequeño barril metálico a cambio de su firma.

—Espero que los cuiden, ¿eh? No he podido conseguirte los cefalópodos. Me imagino que esto servirá por ahora.

Nora se despidió de la mujer y le pasó el barrilito a su amigo. Parecía una pequeña cápsula espacial.

—¿De qué material está hecho esto?

—De uno resistente al espacio, querido. No te los iba a dar en un palito, ¿o sí?

Los convencí de que era para una investigación importante.

Saito estaba tan contento que se dejó tomar del brazo nuevamente. Caminaron hacia el estacionamiento donde el japonés había dejado su automóvil. Daban la idea de un pájaro bobo caminando con una grulla.

Ya en el coche, Nora sintonizó una estación de rock que tocaba un especial de Bon Jovi.

—Amo esta canción —y desentonó cantando a voz en cuello:

This ain't a song for the broken-hearted / No silent prayer for faith-departed / And I ain't gonna be

just a face in the crowd / You're gonna hear my voice when I shout it out loud / It's my life / It's now or never / But I ain't gonna live forever / I just want to live while I'm alive / It's my life!

Mientras la cantaba, movía la cabeza y hacía como que tocaba la batería. La energía era contagiosa.

—Liberadora, ¿no?

La música hizo el trayecto bastante extraño, pero al menos Saito se sintió relajado. No había necesidad de hacer conversación. Por fin llegaron al Giant Lobster.

El lugar estaba repleto. Ninguno de los dos había pensado que era necesario hacer una reservación.

—¿Pueden esperar unos quince minutos en el bar? Es más o menos lo que tardaríamos en darles una mesa.

Pasaron a la barra y Nora pidió un martini de manzana. Saito la imitó con otro seco. El martini era de las bebidas que peor le caían, cuando se la trajeron decidió sólo comerse la aceituna.

—Los tardígrados son un tesoro genético —comenzó Nora— tuviste suerte de que se estén haciendo tantos estudios con ellos. ¿Sabes?, contienen una proteína que los hace resistentes a los rayos X. El colega que me los dio está logrando transferir esa resistencia a células humanas... Imagínate el potencial. Si es posible proteger y reparar el ADN, no más bótox para mí —rió nerviosamente.

—Agradezco muchísimo todo lo que hiciste.

—Solo recuerda que sí comen ¿eh?

—¿Qué les doy?

—No te preocupes. Ellos se alimentan de bacterias, algas, invertebrados microscópicos. Normalmente sorben las células, pero en ocasiones ingieren los organismos completos. Les pusieron un coctel alimenticio dentro de la cápsula.

—¿No les hará daño quedarse dentro del coche?

—¡Qué va! Ese contenedor en el que están es lo máximo —Nora sorbió su bebida por un popotillo—. ¡Soy igualita a un tardígrado! —se burló de sí misma— Pero ya no hablemos más de trabajo. ¿Cuántas novias has tenido, Saito? ¿Has andado con alguien de la uni?

Saito dio un trago al martini que no pensaba beberse.

—Mejor tú cuéntame primero.

—¿Qué te interesa? ¿Te cuento de mis exes o de quién anda con quién? Ah, sabes que esa es mi especialidad. Deja voy a al baño y ahorita mejor no hablamos del pasado sino de nosotros —le hizo un guiño.

Cuando Nora se levantó, Saito pareció desconectarse de todo. Tenía la mirada fija en una gran pecera que había en la esquina del restorán, contenía unas veinte langostas apretujadas, los crustáceos se movían con dificultad por tener las tenazas atadas. Sintió tristeza.

Bebió distraídamente. Le había llegado de golpe un recuerdo en extremo doloroso: se vio a sí mismo de unos siete años acompañando a su mamá al mercado, revivió el olor a los mariscos, todo eran gritos y algarabía. Se trataba de un día de agosto, su madre le había dicho que prepararían una linda celebración de verano: el Tanabata, festival que recuerda la historia de dos estrellas que por azares del destino sólo podían verse una vez al año, cuando los cielos estaban claros.

Su madre le había dicho que comprarían una bella langosta para la ocasión, de modo que fueron hasta un pequeño local donde un hombre las vendía. Saito pensó que eran una maravilla, con sus colores azules, tornasolados y las antenas largas para tocar la vida. Qué buena mascota iba a tener. Su ilusión fue en aumento.

Su madre le pidió que escogiera una y él señaló la más hermosa con el dedo. El crustáceo elegido trató inútilmente

de zafarse de las manos que lo querían meter en la canasta de su mamá. Entonces ella detuvo al pescador diciendo: “La quiero para sashimi”. Recordar lo que pasó después le generó un nudo en la garganta otra vez. El hombre la sacó de la canasta y se la llevó al mostrador donde había un gran tronco. Allí colocó al animalito y le asestó un golpe con un cuchillo grande, y luego otro y otro, Saito bebió el martini que le supo a llanto. Ver algo vivo y después verlo morir por culpa de su terrible dedo había sido una emoción que jamás olvidaría. ¿Qué hacía ahí? ¿Por qué no le había dicho a Nora que no podía con esa culpa? ¡Jamás comería langosta! Sintió repugnancia. La crueldad de los seres humanos, su falta de sensibilidad al dolor de los animales era algo que no toleraba.

Cuando Nora regresó, Saito estaba sumamente turbado. Se notaba incómodo.

—Ya vamos a comer, ya nos dieron mesa. Oye, estás pálido, creo que el coctel te cayó mal. Por fortuna me adelanté y ya pedí dos langostas a la mantequilla, especialidad de la casa, y vino blanco para acompañarlas.

Saito se quedó unos segundos sin reaccionar; luego, siguió en automático a su compañera hasta la mesa designada. Se acomodaba apenas la servilleta cuando llegó el mesero con una langosta agarrada por el tórax mientras el abanico caudal y las patas se movían con resistencia.

—¿Estará bien como de este peso?, o las quieren más grandes.

¡No! —se levantó Saito de un brinco— ¡Lo siento! ¡No puedo permitir que la maten! —le gritó a Nora.

Movido por su recuerdo, se acercó decididamente al mesero y, servilleta por delante, recuperó a la langosta de las manos del hombre. Luego dio la vuelta y se fue como quien va a desactivar una bomba que lleva sujeta. Vio una vez más a Nora y salió a la carrera del restorán. La mujer no

dijo nada, pero interpuso su gran bolsa entre Saito y el mesero que corría detrás.

—Déjelo. Yo la pago —y a Saito— ¡Corre!, ¡sálvala, querido amigo!

Saito llegó a su automóvil, puso la langosta en el asiento trasero, a los tardígrados en el piso del copiloto, y arrancó como el delincuente que era. Al cabo de manejar un rato se percató de algo: Nora no era tan mala persona y él estaba irreconocible.

Capítulo XV. Gea

Sienna recibió a su familia haciendo un movimiento facial que denotaba incomodidad.

—Siguen afuera esos mugrosos, ¿verdad? Ya llamé a seguridad para que los dispersen —y dirigiéndose al capitán— ¿Hubo algo más?

—Me ocuparé del manifestante, doctora. Nada de qué alarmarse.

—Perfecto. Mañana será mejor que lleguen por otro túnel.

En cuanto el capitán se despidió del grupo, don Antonio explotó con su reclamo.

—No pueden abusar así de la fuerza. Te repito que necesitan entrenamiento.

—Eres demasiado suave. Además, estaba manifestándose. De seguro tiene genes incompletos o defectuosos. No quiero oír hablar más del tema —volteó a ver a Veda—. Será mejor que comas algo. Si vas con esa cara por ahí, van a pensar que eres de los enfermos terminales.

Veda hizo un esfuerzo para que la fuerza le regresara a las rodillas. Decidió que asentiría callada a todo cuanto esa mujer peligrosa le dijera o preguntara.

Entraron a uno de los edificios blancos. Para sorpresa de Veda, el interior era muy distinto: había colores por todas partes. Casi le pareció que era una escuela para niños: las paredes estaban pintadas en tonalidades rojo, verde, amarillo. El letrero de la entrada anunciaba: Departamento de Astroecología. Don Antonio se dirigió a Veda:

—No cabe duda de que Samuel es un profesional. Creo que este fue el edificio que conociste cuando aún estaba en obra. Y para nuestra sorpresa, ¡te enamoraste del arquitecto!

—Pero ya no quiso saber nada del trabajo de sus padres —agregó Sienna.

—Así es el amor, mujer.

—Al menos tuvieron un hijo muy chulito. Sólo preocupa que Martín...

—¿Que Martín qué, mamá? —Veda sintió que en cualquier momento explotaría.

—Nada. Dijimos que necesitabas comer. Anda ve con tu padre mientras yo coordino con las personas de recursos humanos tu ingreso. Creo que trabajar en esta área te va a gustar. El doctor Jorge Lucano es muy amable.

Sienna se apartó a manera de despedida. Don Antonio la siguió y, ya cerca de su mujer, dijo algo que Veda alcanzó a escuchar:

—¿Le hago un *tour* por todas las instalaciones?

—No. ¿Para qué? Por ahora muéstrale la cocina y el área de descanso. Y tal vez también le guste conocer el Departamento de Filosofía Natural. No sé qué tan meditativa sea hoy en día nuestra hija, pero esa área es finalmente el corazón de todo esto. Además, es un buen espacio para que los dos se tranquilicen por lo que ocurrió esta mañana. Llévala ahí y luego los alcanzo con el papeleo.

Veda vio la turbación de don Antonio y, para no incomodarlo más, fue a servirse un vaso de agua. El hombre comenzó a mostrarle lo que había en la cocina.

—En los gabinetes hay botanas, aderezos para ensalada, y ¡ah! Esta palanca te da bebida fermentada. Se ha visto que la cerveza ayuda a los empleados a sobrellevar el día. Tu mamá quería que comieras algo, pero no sé...

—Estoy bien, papá. Si me quedo en este departamento, ¿en qué trabajaría?

—Creo que el doctor Lucano está haciendo algunas pruebas de variables bioclimáticas en la producción de cereales, los factores extremos que lo impactan y la reconstrucción del clima. Y me parece que también hay un proyecto para salvar animales en peligro de extinción. Detectan su temperatura con un software conectado satelitalmente, si por casualidad hay un cazador que lo esté amenazando, se toma la medida necesaria para fulminar en el acto al perpetrador. La población de ciertas especies ha subido gracias a este proyecto. Pero, no nos adelantemos. Ya le platicarás al doctor a qué te interesa incorporarte. Hoy me parece que no ha llegado, de manera que te voy a llevar a conocer el Departamento de Filosofía Natural. Está a un ladito de este edificio.

Veda terminó el agua y siguió a don Antonio por las escaleras. Se volvió a sorprender con los jardines y las fachadas blancas, purísimas. Llegaron a un lugar cuyo techo abovedado le recordó los primeros planetarios que conoció de niña.

—Este espacio es como el santuario de PUREZA. Puedes estar aquí a tus anchas. A veces vienen grupos de escuelas al museo interactivo, pero no habrá nadie hoy porque, como bien sabes, apenas va a iniciar el año escolar para los niños

de grado K a grado 6. Por cierto, no demores en avisarles que no cuenten contigo.

—Claro, papá.

—¿Te parece bien si te dejo que lo explores tranquila mientras yo contesto mi correspondencia? Tu mamá vendrá pronto a que le firmes cosas.

—Sí. Aquí estaré.

Veda entró. En seguida un aroma perfumado inundó su cerebro. Lo aspiró a conciencia, dejándose llevar por un recuerdo de campos de lavanda, que no había estado presente en su memoria durante mucho tiempo. Entonces vio una banca de madera que estaba frente a una pantalla semicircular y se sentó. Su presencia fue detectada y comenzó la función que se titulaba “¿Qué sabemos del alma?”

La película dio inicio con imágenes de un par de escarabajos apareándose en el desierto, mientras sonaba una aria como fondo musical y la voz en off comenzaba:

Así como los animales más imponentes o los más pequeños, los seres humanos enfrentamos obstáculos y dificultades en nuestro destino. Como ellos, buscamos nuestro lugar en el universo... [sonidos de lluvia, algo como un rinoceronte y el batir de alas de un insecto parecido a una mariposa].

Gea es nuestro hogar y lo compartimos con otros seres bellos y complejos [imágenes de paisajes floridos, nevados, un bosque lleno de lucecillas rojas, el mar de peces bioluminiscentes].

Hoy en día podemos fotografiar la vida y la muerte [un saltamontes en un frasco convulsionándose]. Gracias a la cámara de niebla, los científicos han podido observar y seguir el alma precisamente en el momento de su muerte.

[Entra formato de entrevista, habla un científico] Watters eligió un insecto para su experimento. Puso un saltamontes en el compartimiento de la nube y practicó la eutanasia con una sobredosis de éter. Una cámara fue estratégicamente colocada para tomar una foto en el momento en que la fuerza vital deja a la criatura. El obturador de la cámara se disponía a disparar cuando se detectó una expansión del vapor de agua dentro de la cámara. Eso era lo que Watters esperaba: que en el momento de la muerte, el vapor de agua en la cámara fuera perceptible.

Sigue el mismo formato. Ahora habla una mujer:

Desde el principio de los tiempos se han buscado pruebas de que la esencia de una persona, el alma, persiste incluso después de la muerte. Esto se ha logrado por fin determinar gracias a los avances de Hameroff y Sir Roger Penrose, que trabajaron desde 1996 una teoría cuántica de la conciencia. Esta teoría dice que el alma se encuentra contenida en estructuras llamadas microtúbulos [dibujo animado de unas espirales con ojitos y sonrisa].

[Entra otra vez voz en off] Soy un microtúbulo y estoy disperso por el citoplasma de la célula. Intervengo en su movimiento y en la parte estructural de esta.

[Habla maestra con un grupo de niños] Está comprobado que cuando alguien muere, los microtúbulos pierden su estado celular, pero la información dentro de ellos no se destruye. Es decir: el alma no muere, sino que vuelve al universo.

[Imagen de niños corriendo en un campo de flores y voz en off del narrador] La vida es cambiada, no

quitada. Hoy sabemos que la conciencia sigue viva después de la eventual desaparición del cuerpo.

[De nuevo formato de entrevista con científico] El desafío que tenemos ante nosotros ahora es averiguar exactamente de qué se compone el alma [explicó]. Nos sentimos inclinados a creer que es una forma de energía. Partimos de la teoría de que las almas, ya sean de humanos o animales, existen en un estado dentro del “espacio intra-atómico”; es decir, que está entre los átomos de las células.

[Entra formato de entrevista, habla mujer] El experimento de Watters se reprodujo con un ser humano, y he aquí justo el instante en el que se retrata el alma dejando el cuerpo. Observen que tiene la forma exacta de la persona que abandona. La gran pregunta es ¿a dónde va?

[Música y paisajes espectaculares, voz en off] La teoría de cuerdas es un modelo físico que intenta explicar la naturaleza de la materia y sus interacciones: gravedad, electromagnetismo y fuerzas nucleares. Bajo la mira de esta teoría, todo está compuesto de cuerdas o filamentos vibrando sobre un número indeterminado de dimensiones [dibujo animado de instrumentos musicales semejantes a violines con carita y sonrisa y luego un entramado geométrico que atrapa la música de estos violines]. En la teoría de cuerdas existe una dimensión temporal, tres dimensiones espaciales ordinarias y seis dimensiones compactadas e inobservables en la práctica. [Entra formato de entrevista, habla la mujer] La teoría de cuerdas, también conocida como la Teoría del Todo, nos dice que todo consiste en filamentos de energía, que pueden vibrar, produciendo con cada vibración

un tipo diferente de partículas con cualidades diferentes. A una de esas dimensiones inobservables es donde hasta ahora sabemos que parten las almas a completar su aprendizaje.

Veda sintió dolor en la boca del estómago. Lo que seguía del documental justificaba que parte de la ley natural era eliminar a los débiles, cuyas almas eran liberadas de la inconveniencia material que no las dejaba florecer. La metáfora se apoyaba en la imagen de un jardinero que quitaba hierba y luego el cortometraje terminaba hablando de expandir la mente para no centrarnos en el dolor, sino en la belleza de la vida y el cosmos entero al que pertenecíamos. “No somos una gota de agua, sino el océano entero”, decía el narrador, y cerraba con el aria y la imagen de las olas a la luz de la luna.

Cuando la pantalla se puso en blanco, Veda se dio cuenta de que no estaba sola. Había un hombre muy bajito trapeando el piso de duela fina. El líquido que aplicaba era lo que perfumaba todo el ambiente. Cuando él volteó y sus miradas se encontraron, ella calló su sorpresa llevándose las manos a la boca. No podía creerlo: se trataba de Saito.

Capítulo XVI. Tierra

Con la adrenalina a tope por la escapada, Saito llegó a la tienda de mascotas. Pensó en bajar al animalito y de una vez por todas donarlo, pero nunca había visto una langosta viva en una pecera que no fuera la del supermercado. Para ganar tiempo, compraría un contenedor y algo de alimento. Ya vería luego qué se podía hacer con ella.

Un hombre joven, como de unos dieciocho años, se acercó a atenderlo. Sin más preámbulo, Saito le preguntó si solían vender langostas como mascota.

El dependiente no pareció sorprenderse.

—¿Es usted escritor?

—No, ¿por qué lo dices?

—Los escritores pueden tener mascotas extrañas, como una langosta. Lo acabo de leer en el celular. Me gusta saber este tipo de datos. Lord Byron tenía un oso; Baudelaire, una tarántula; Dickens, un cuervo; y ¡mire! —tecleó directamente en su teléfono— Gérard de Nerval, una langosta —soltó una carcajada—, aquí está. Sabía que lo había leído en alguna parte: “Su langosta salía a pasear por las calles de París”. Claro que el tipo estaba de atar y terminó colgándose de una farola, pero, no veo por qué no debemos promover la venta de langostas como mascotas. Son animales pacíficos, que aman

escondarse. Eso sí, no recomendaría tener una langosta con otros peces. Se los comería o al revés, los peces se la comerían. Nunca he tenido una, mejor que vivan en los fondos marinos. Son nocturnas, ¿lo sabía?, salen a buscar alimento en la noche y descansan durante el día. —Volvió a reír de su propio pensamiento. Luego aclaró— Tuve una novia así.

Saito salió de la tienda de mascotas con una gran pecera, sistema de circulación de agua, termómetro, sal y los minerales necesarios: piedras, algas decorativas, comida para crustáceos, y un manual para mantener el acuario limpio. Se dio cuenta de que el día no podía ser más extraño, y se despidió de mano del joven lector que lo ayudó a decidirse a conservarla.

El procedimiento de ponerla en agua salina y verla explorar su nuevo ambiente fue de lo más relajante. La langosta, que era de un rojo subido, se comenzó a poner naranja, como si respondiera al nuevo ambiente pacífico. Saito meneó la cabeza varias veces, debía controlar ese tipo de impulsos. Sin embargo, el animalito ya estaba ahí, desplazándose lento y tratando de alcanzarlo todo con sus antenas.

En cuanto se acostó a dormir sonó su teléfono, el científico pensó que sería Nora para reclamarle, con todo derecho, su escandalosa huida del restorán. Se equivocaba, era Samuel, cansado como estaba dudó entre aceptar o rechazar la llamada, pero pudo más su curiosidad.

—¿Saito-san?

—Sí, Samuel, ¿quién más?

—Necesitas venir a mi casa. ¿Cuánto tiempo te tardas?

—¿Hoy mismo? ¿Por qué?

—Aquí en la puerta está Patrick.

—¿Qué le hiciste?

—No, no, vino por su cuenta. Quiere hablar del experimento de Veda y de seguir colaborando, pero si estoy solo con él lo voy a electrocutar otra vez. Mejor ven y que te explique a ti. Lo dejé solo en una salita. Mi enfermera está conmigo. No me dejará hacer una tontería, pero... mejor ven cuanto antes.

Saito suspiró, tenía hambre y sueño. Se dio cuenta de que ni siquiera había cenado con Nora. Odiaba ser así, le costaba mucho trabajo confrontar a las personas. Samuel lo obligaba, además a ser inadecuado. Pensó que con el numerito de la langosta había tenido bastante. Lamentó haber contestado el teléfono. ¿Qué idea se le había metido a Patrick? “Vamos, Saito, tienes una voz que puede decir no sin sentirse culpable, piensa en tus necesidades primero, hay un límite para sacrificios y compromisos, deja de tratar de complacer a los demás, no puedes ser perfecto todo el tiempo”. Meneó la cabeza, como diciéndose a sí mismo que el mundo era injusto y eso estaba mal. Y quedó de llegar con Samuel en 20 minutos.

Ya en la casa del arquitecto, quien abrió la puerta fue el “Barbas de Chivo”. Lo vio hacia abajo y con un gesto lo invitó a entrar.

Samuel llegó en seguida y los tres pasaron en fila a la sala. Saito pensó que parecían tres niños regañados a la espera de la directora.

Patrick aclaró la garganta.

—No vengo a reclamar las notas ni la invasión a mi espacio de trabajo. Ni siquiera vengo a quejarme de la descarga eléctrica. Nada de eso interesa porque estoy sano y salvo, y sobre todo porque tenía copia de absolutamente toda la información que me robaron. ¿Estamos?

Saito hizo una caravana que significaba tregua y vio sonreír a Samuel que parecía incrédulo.

—Snolab no puede hacer el experimento sin mí, ni yo sin ustedes. En el laboratorio de Veda estaba el colisionador de hadrones. En mi cabeza están los detalles de los últimos descubrimientos que hizo ella.

—Muy su confidente, ¿no?

—Samuel, ella ya no estaba contigo.

Saito se interpuso y detuvo la silla de ruedas que se dirigía a las rodillas del “Barbas de Chivo”. Este último por instinto puso una silla de por medio y continuó.

—Tampoco eso importa ahora. Ella sólo quería... ser escuchada, ¿sabes? Que su opinión contara. Ser reconocida. Eso se lo daba Saito.

El japonés pegó un brinco.

—¡No! Nosotros nunca...

—¡Tampoco hablo de eso! Veda y yo hacíamos proyectos juntos y teníamos sexo, casual, sin complicaciones sentimentales... para eso de las complicaciones, estabas tú, Samuel, y para sentirse admirada estaba Saito. En realidad, no estaba con ninguno. ¿Podemos cambiar de tema?

—¿Qué quieres de nosotros, aparte de decir la palabra sexo casual de manera tan impertinente? —interrumpió Samuel— Ya te traje a Saito para que te proteja, si no, ahorita mismo te electrocutaba otra vez.

—Por favor, déjalo hablar. Creo que es importante —dijo Saito.

—Tenía que aclarar eso. Seamos civilizados.

—Sigue, pues. Luego te mato.

—El experimento de Veda no tenía por qué haber fallado. No creo que haya sido un accidente. El adelanto que estábamos haciendo, en manos de alguien incorrecto...

—¿Cómo tú?

—Yo sólo quiero tener un nombre en la ciencia. No me importa enriquecerme y jamás lo haría a costa de la vida de

una mujer a la que quiero y admiro. Alguien debió sabotear su avance. Ahora bien, Saito, tú no puedes hacer mucho con las notas que robaste, ¿cierto?

—Estoy en eso.

—Yo tengo las coordenadas y las predicciones de las próximas tormentas solares. Y además mi laboratorio tiene un imán cilíndrico que puede ser útil.

Saito se sintió palidecer. Con Patrick en el equipo, el experimento podría reproducirse a la brevedad.

—Pero no debe enterarse de esta alianza ningún directivo de Snolab.

—¿Por qué no? Peter Doyle era también el jefe de Veda.

—¿Son tontos o no escucharon lo que dije? Alguien puede usar el experimento completo para venderlo a una fuerte compañía, no sé, como de telecomunicaciones y tener control sobre... Bueno, no nos hagamos los inocentes. Tener control sobre algo tan novedoso como la teletransportación. Veda resolvió el tema de la teletransportación a partir de materia oscura extraída de partículas subatómicas provenientes del Sol.

El corazón de Saito dio un vuelco. Patrick confirmaba ahora sus sospechas:

—¿Tú también crees que está viva? —preguntó tímidamente.

—Sí.

Capítulo XVII. Gea

Veda permaneció unos instantes mirando a Saito. No quería parpadear por temor a que el hombre desapareciera de su vista. Su cerebro, curioso y creativo, se llenó de interrogantes, de una curiosidad apenas comparable a esa euforia que experimentaba de niña al observar la pulsación de las estrellas. Ni por un momento pensó que sería extraño hacer amistad con él. Aunque aún no conocía a ese hombre que trapeaba, no podía darse el lujo de dudar de su inteligencia ni de su capacidad para resolver problemas.

El impulso de acercarse y abrazarlo era grande. Pasada la sorpresa inicial, la científica se animó a sonreírle y a hacer un movimiento tímido con la mano. El hombre correspondió a la sonrisa. Ella agradeció que la saludara como a una igual, sin caravana. Y ahí sentada, frente a la pantalla que había quedado en silencio, se puso a pensar en su amigo: en la larga amistad que los unía desde que estudiaron la carrera de física.

Su primer recuerdo tenía que ver con el profesor de trigonometría, un hombre rubicundo de bigote descuidado. Era casi al final del primer semestre y Veda se sentía agotada de las tareas que implicaban una meticulosa organización de datos. El profesor estaba intentando explicar

algo de las propiedades de los espacios euclidianos cuando ella bostezó ruidosamente, la clase quedó paralizada por el rostro del hombre que se encendió como un semáforo en alto.

—Señorita, no sé qué hace aquí. Veo que le aburre la materia. Si lo que quiere es casarse, le recomiendo que mejor vaya al gimnasio o al bar.

Veda trató de recordar qué pasó después, pero no logró ver la siguiente escena. De seguro la adrenalina del coraje la protegió, aislando todo el entorno hasta que pudo salir del aula. Lo que sí recordaba era que aquella tarde faltó al resto de las clases; que lloró de impotencia, diciéndose tonta, estúpida frente a una dona y un café, y que Saito fue a encontrarla en una de las cafeterías de la universidad, a punto de abandonar aquella carrera para mejor dedicarse a algo más amable, como las artes plásticas. La cara risueña de Saito decidió su destino.

—Te estaba buscando. Saqué copia a mis apuntes de álgebra y estadística. Hay una tarea para mañana sobre tablas de frecuencia. Sé que la estadística no es tu materia favorita, pero yo soy muy bueno para eso y podemos hacerla juntos, si quieres. Esta parte de la carrera se arregla con práctica. Yo no creo que debas preocuparte demasiado.

La ayuda de aquel joven, que a pesar de hablar muy poco se había atrevido a decirle esas palabras, se convirtió en algo más que un apoyo académico. Saito fue desde aquel momento un soporte emocional que la impulsaba y le daba la audacia necesaria para opinar y disentir, coordinar proyectos y lanzar propuestas. Simple: era un hombre que la hacía sentirse más valiente.

A pesar de todo, había algo triste en aquella amistad. Veda cerró los ojos como quien hace un acto de contrición. “Noté muchas veces su mirada vehemente, pero decidí igno-

rarla. Con toda certeza lo atormenté más de una vez, porque sabía que me amaba, e incluso así le presentaba a un novio tras otro, el último más tonto que el anterior”.

Un día le llevó a Samuel, para ver si su amigo volvía a cambiar su destino con alguna palabra sabia, pero, para entonces, Saito parecía haberse resignado a su etiqueta de confidente y no hizo sino celebrar la felicidad de esa mujer, como sólo el amor lo permite, aceptando también al otro como a un amigo.

Veda se acomodó el cabello para sacudir los recuerdos. El silencio había durado demasiado. Debía acercarse y hablarle de cualquier cosa. Se levantó de la banca desde la que había visto la proyección y caminó hacia él. En ese momento, la voz de una mujer interrumpió su movimiento.

—Veda, por fin te encuentro. Por favor acércate. Este es el doctor Jorge Lucano, director del Departamento de Astroecología.

Veda giró. Detrás de ella estaban Sienna y un hombre alto, de unos sesenta años.

—Es un placer conocerte, Veda.

—Mucho gusto —reaccionó respondiendo al saludo de mano, algo que era poco común en la comunidad científica.

A continuación, el hombre comenzó una especie de entrevista que tomó a Veda desprevenida. Como pudo, trató de responder a algunas preguntas relacionadas con su experiencia. La verdad era que no podía saber qué había hecho su par como maestra ni qué tipo de laboratorio tendrían ahí. Imaginó como pudo la formación científica escolarizada que la Veda de ese mundo pudo haber llevado y la alargó un poco con lo que había leído en los libros de ciencias de Martín.

Sienna asentía a todo lo que Veda iba diciendo, y esto la tranquilizó. Por fin, el doctor Lucano mencionó que ya es-

taba contratada y que lo mejor sería que comenzara lo antes posible, para así familiarizarse con algunos proyectos en los que podía colaborar de inmediato.

—Habla hoy con la directora de la escuela —ordenó Sienna— así te podrás incorporar mañana mismo.

En eso estaban cuando Saito tropezó con su propia cubeta. El agua derramada llegó hasta los pies de Lucano.

—¡Qué barbaridad, este jabón va a manchar mis zapatos! ¡Ten más cuidado! Aquí no pueden pasar estos errores.

—¡Recoja el agua de inmediato! —agregó Sienna también alterada por el pequeño charco jabonoso.

—Lo siento mucho.

—Vamos, Veda —dijo Lucano— antes de que me conozcas cómo soy con estas personas de servicio cuando no hacen bien las cosas. Te quiero mostrar en qué estamos trabajando. Y por favor —agregó dirigiéndose a Saito—, cuando termine de limpiar este desastre, suba al tercer piso para que le diga dónde va a quedar el cubículo de la doctora. Necesitamos que lo deje listo y con todo lo necesario.

Sienna tomó del brazo a Veda.

—Bueno, en su defensa, es la primera vez que pasa algo así. El hombre es de confianza. Algo que es muy importante en nuestras instalaciones.

—Claro, una distracción la puede tener cualquiera —interrumpió Lucano— pero ya sabes, Sienna, aquí manejamos equipo delicado. No puede derramarse nada.

Veda estaba confundida. Sintió el rubor subirle hasta la frente, como si ella fuera la regañada, y bajó la mirada para ocultar su enojo. Sus acompañantes le indicaron que los siguiera y así salieron al patio central del complejo.

Esa misma tarde, Veda recibió de la propia Sienna el gafete de empleada que le permitía entrar a algunas áreas de PUREZA.

—Cúidalo mucho. Ya sabes lo que darían los manifestantes por tener acceso a este lugar. Mañana frente a la salida del eólico estará de nuevo el capitán para traerte directo al edificio de astroecología. Él estará informado sobre qué puerta usar.

—Gracias.

—Ya no nos dio tiempo de conversar sobre la película de bioética. ¿Qué te pareció lo de la teoría cuántica de la conciencia y eso?

—Es una teoría...

—Estoy contenta de tenerte conmigo, pero no quiero ver en ti ningún tipo de debilidad. Nada de que extrañas a tu amiga Lidia ni a los niños de la escuela. Ya es momento de que seas la mujer de ciencias que necesito que seas. Hay mucho trabajo que hacer.

—Ya me dirás en qué puedo colaborar.

—Al menos por lo que contestaste, veo que lo de la pérdida de la memoria ya pasó —Sienna la miró con una intensidad que la hizo estremecer.

—Sí... bueno, ahí va —titubeó— gracias otra vez y hasta mañana, vendré después de pasar a la escuela.

—Avísame cuando estés por llegar a la terminal.

Veda tomó el eólico de regreso a casa. Esa noche tuvo nostalgia del Samuel de su mundo. Abrazó al de Gea con ternura y acarició su piel queriendo recuperar un amado recuerdo. Él se dejó querer e hicieron el amor con lentitud. No hablaron mucho de PUREZA. No era algo de lo que ella se sintiera orgullosa, y sabía que a Samuel tampoco le agradaba la idea de ese nuevo trabajo.

A la mañana siguiente fue a la escuela y, ya en la puerta, respiró hondo para tener el valor de renunciar. La directora se sorprendió con la noticia, pero cuando Veda

habló de su nuevo trabajo en PUREZA pareció comprender mejor la decisión de la científica.

—Al menos está la maestra sustituta que vino cuando pasó lo del accidente.

Veda trató de fingir la tristeza de su partida. Se despidió del personal administrativo y de las demás maestras. La que al parecer era su amiga, Lidia, quedó de buscarla pronto para comer juntas y así se cerró un ciclo, sin que Veda sintiera otra cosa que un poco de culpa por dejar ese trabajo. No quería atormentarse pensando en dónde estaría la verdadera maestra, la madre de Martín, la mujer del Samuel con quien ella había dormido sin tener derecho. Sólo podía pensar que estaba lista para incorporarse a un laboratorio donde pudiera replicar el experimento de materia oscura que la había llevado hasta ese lugar.

El tema de Saito también era motivo de una gran ilusión. Debía hacerse su amiga lo antes posible. Agradecerle lo de su cubículo sonaba a un buen pretexto para irlo conociendo y ganarse su confianza. Por el manajo de llaves que la científica alcanzó a ver colgado de su cinturón, y también por el comentario que Sienna había hecho tras el incidente de la cubeta, se imaginó que seguramente Saito tenía acceso a múltiples áreas de PUREZA. Tal vez, sólo tal vez, si ese hombre tenía la misma personalidad de su amigo, era probable que quisiera cambiar su cotidianeidad por un proyecto importante, secreto e incluso contrario a la autoridad.

Las cosas se fueron acomodando bien para Veda. El doctor Lucano le pidió colaborar en el área de teledetección. Veda trabajaría elaborando algoritmos después de revisar imágenes climáticas provenientes de sensores remotos. Era un trabajo rutinario que podía hacer fácilmente, con la ventaja de que le daba información y, sobre todo, acceso a varias computadoras.

La amistad con Saito también fue llegando de la manera como Veda esperaba. En ese universo, él era miembro de un grupo que hacía senderismo, le contó de la playa, de las montañas, del bosque, del museo. Veda pensó en la calidad de vida que ese hombre había buscado para sí a pesar de todo; notó su inteligencia y su bondad. Lo único que la inquietaba era si ese Saito con una vida en paz querría arriesgarse a ser su cómplice. ¿Qué pasaría si le preguntaba del Instituto de Bioética y de las mokras? ¿Acaso querría revelarle dónde PUREZA criaba y resguardaba a esos monstruos? ¿Podría Saito sin ser científico ayudarla a reconstruir el experimento para salir de ahí? La presión del tiempo la abrumaba, pero no quedaba otra opción que caminar despacio si quería dar pasos firmes.

Capítulo XVIII. Tierra

Las dos cúpulas del observatorio solar de Snolab reflejaban su voluptuosidad en la quietud del lago. Las montañas circundantes y llenas de pinos protegían la zona del viento y aportaban un microclima ideal para la observación de las estrellas. Algunos senderistas llegaban por casualidad a través del camino poco transitado de los científicos; sin embargo, quien hubiera querido tomar una foto más cercana al reflejo se hubiera encontrado con una gran valla electrificada y un par de guardias armados que ahora vigilaban los edificios. Después del incendio, todo se sentía más nuevo y seguro: el laboratorio subterráneo estaba ahora recubierto con materiales súper aislantes; los instrumentos de medición habían sido remplazados por modelos más actuales, y las computadoras se hallaban encriptadas por especialistas que obligaban a todo el personal a cambiar contraseñas y a establecer varios pasos de verificación para poder acceder a ellas.

Saito meneó la cabeza, ¿cómo se les ocurría a Patrick y a Samuel que podían hacer algo sin que Peter Boyle se enterara? ¡Si el científico era su jefe directo!; además, se trataba de un hombre con contactos que podía abrirle o cerrarle las puertas a la investigación y a la academia.

Por otro lado, aunque Snolab y Caltech estuvieran a una hora de distancia en carro, no era posible desplazar los instrumentos que se necesitaban para la continua observación del Sol.

Cabizbajo, entró a su cubículo para repasar todo lo que sabía de la desaparición de Veda. El contexto era el siguiente: primero, su amiga estaba trabajando en la interferencia que tienen las partículas subatómicas provenientes del Sol en las telecomunicaciones, cuando descubrió que algunas de esas partículas desaparecían de los aparatos de medición; ese problema de la “masa desaparecida” recordaba a varios experimentos que se habían hecho para detectar materia oscura. Una explicación era suponer que las inconsistencias observadas se debían a un fallo de los aparatos. Después de todo, el laboratorio no tenía sino un modesto acelerador de partículas. Nada que ver con el gran colisionador de hadrones de Suiza, con sus 27 km de circunferencia... La otra hipótesis era que se hubiera logrado un fenómeno de teletransportación de partículas; sin embargo, lo que se había logrado sobre teletransportación cuántica en el mundo implicaría que si Veda hubiera sido teletransportada de esta realidad a otra, habría sido destruida primero y reconstruida luego a partir de material genético similar. En otras palabras, si lograban rescatar a la científica, estarían realmente rescatando una copia de ella. La última hipótesis apuntaba a que la materia oscura que rodea este universo había recibido un corte a partir de la descarga solar y por ahí se desplazó su amiga a una realidad alternativa, lo que explicaba que se hubiera desplazado en sentido inverso una masa equivalente a ella... es decir, la sustancia extraterrestre.

El teléfono de Saito sonó en ese momento. El identificador mostró que era Nora.

—Amigo mío, ¿cómo estás? ¿Por qué no me llamas?
—la mujer siguió hablando sin esperar la respuesta— No creas que te estoy persiguiendo, ¿eh? Lo que pasa es que me enteré del gran proyecto que están haciendo y quería felicitarte. ¿Por qué no me dijiste que para eso necesitabas los tardígrados?

—¿Qué gran proyecto?

—¿Quieres saber cómo me enteré? ¡Pues por mi hermana, tontillo! ¿Cómo ves? Qué pequeño es el mundo, ¿no?

Saito seguía mudo preguntándose si de pronto había olvidado el idioma con el que se comunicaba con Nora.

—Te cuento. Mi hermana está casada con uno de los ejecutivos de Acuity, una de las empresas que provee electricidad a medio país, y me dijo que acaban de terminar una planta muy grande de almacenamiento de energía, y, bueno, pues le he contado de ti, así que de inmediato até cabos. Sobre todo, cuando me dijo que era un proyecto en el que participaba Snolab, representado nada menos que por Peter Boyle, tu jefe.

—¿Cómo?

—¿A poco no era eso lo que estabas haciendo?

—No, y no entiendo de qué me hablas, Nora.

—Peter Doyle está haciendo negocios con Acuity. Pensé que era algo entre instituciones. ¿Crees que es personal?

—Yo no tengo por qué saber todo lo que él hace...

—Claro, pero yo pensé... parece que la planta de almacenamiento va a utilizar tecnología de punta, y como tú estás en eso de las partículas y el Sol, me imaginé... bueno, hay mucho dinero, amigo. Creí que era una buena noticia para ti.

Saito palideció. ¿Acaso Peter Doyle sólo estaba distrayéndolo con lo del nuevo laboratorio, mientras él utilizaba los avances de Veda de manera más lucrativa?

—¿Dónde está ubicada la planta, Nora?

—En el valle de San Gabriel.

—¿Y dices que ya está terminada?

—Supongo. Están hasta planeando una gala para la inauguración. Pensaba que podríamos ir, ya sabes que eso a mí me encanta.

—Voy a investigarlo. Por favor no le cuentes a nadie más de esto.

—Bueno —la voz de Nora se oyó débil—. ¿Tu langosta está bien? ¿Ya le pusiste nombre?

—Voy a llamarla... —alargó la respuesta. La imagen de Veda llegó dolorosa— Tal vez algo como Alicia —“Alicia detrás del espejo”, pensó.

—Nooo. Llámala Polly, como la de la película de los Muppets.

Saito dijo que pensaría más en el nombre y se despidió de Nora. Después de colgar sintió una gran preocupación.

La oficina de Peter Doyle estaba en el tercer piso de Snolab. ¿Qué le impedía encararlo y preguntarle de qué se trataba ese proyecto con Acuity? Después de todo, Doyle lo había favorecido con encargarle replicar el experimento de Veda. Seguro se trataba de un mal entendido imaginado por la chismosa de Nora. Salió con un lápiz sujetado firmemente, como si se tratara de un arma.

Llegó al tercer piso para pedir una entrevista con Doyle. La chica que acababa de entrar como asistente del director no estaba. Saito se disponía a esperarlo en la salita cuando vio, al alcance de su mano, la agenda en papel donde la secretaria organizaba en borrador las citas de Doyle. Le sorprendió lo anticuado de la práctica, pero agradeció que la información le llegara de manera tan inmediata. La abrió en la última semana anotada de noviembre. En dos días Doyle se reuniría con un tal Justin Parson y otros ejecutivos de

Acuity en una dirección de Los Ángeles; sin pensarlo mucho, sacó su celular y tomó la foto a la página de la agenda. Luego, sintiéndose culpable del espionaje realizado, decidió que no ganaría nada confrontando a su propio jefe y poniendo en evidencia algo que a todas luces se veía turbio.

Se encontraba tan inquieto que salió de Snolab y encaminó el vehículo en dirección a la empresa que les proveía de materiales. Investigaría el costo de los instrumentos faltantes para exigirle a Doyle que los comprara de inmediato. El vendedor vio su credencial y lo hizo pasar.

—Gracias. Voy a necesitar varios materiales para un experimento de astrofísica. En el catálogo vi que ustedes ya tienen armado un ciclotrón, ¿cierto?

—Puedo darle los imanes en forma de D, los dipolos eléctricos y los dipolos magnéticos, pero el ciclotrón armado... Perdona, pero nosotros trabajamos sobre pedido. Y Acuity acaba de comprar el que teníamos de muestra.

Saito trató de ocultar su turbación. La mentira le brotó espontánea:

—Sí, claro. Yo de hecho vengo de parte de ellos. Es un proyecto de Acuity con Snolab. Solo quería corroborar que no faltara nada. ¿Sabe qué otros materiales se pidieron?

El empleado dio un paso atrás. Se le veía incómodo con la conversación, así que Saito agregó:

—Usted ya vio mi credencial de Snolab. Fue mi propio jefe, el director Peter Doyle, el que hizo el pedido, ¿cierto?

—En efecto, él fue quien firmó la entrega, pero...

—¿No estará dudando de la integridad de un científico japonés o sí?

—No es eso —el empleado rio nerviosamente.

Saito decidió ser más contundente:

—Si hago el pedido a ciegas voy a acabar duplicando materiales que luego regresaremos, eso no es conveniente para ustedes ¿o sí?

El empleado cedió. Hizo una consulta en la computadora e imprimió la hoja del pedido.

—Aquí tiene una copia de lo que nos solicitaron. No puedo mostrarle la factura final por política de la tienda.

Saito vio los materiales adquiridos por Doyle y la impresión que le produjo hizo que no se percatara que estaba diciendo en voz alta varias veces la palabra no: No, no no.

—¿Está todo bien? ¿Van a regresar algo?

—¿Uh? Ah, sí. Disculpe. A veces hablo solo. Que tenga buena tarde.

Saito salió del almacén. La información que le había dado Nora estaba confirmada: Peter Doyle había adquirido todo lo necesario para reproducir el experimento de Veda, y no lo haría con su ayuda ni poniendo en alto la investigación hecha en Snolab. Peter Doyle pensaba enriquecerse echando a andar la teletransportación con los ejecutivos de Acuity, la empresa encargada de proveer de energía la costa oeste.

Apenas llegó a su automóvil llamó a Samuel y le contó lo sucedido. Él tardó en procesar la información y por fin dijo:

—Reunámonos a la brevedad. Dime, ¿crees que el tal Peter Doyle le hizo daño a Veda a propósito?

—No lo sé. Pero tengo una fecha aquí que no debemos dejar pasar. Peter Doyle se va a reunir con los de Acuity en dos días. Tomé una foto de los tachones de su secretaria, y la fecha está encerrada en un círculo.

—Bien hecho. Hablemos en persona sobre cómo hacemos de la información de esa junta. Te espero esta noche en casa. ¿Contacto al “Barbas de Chivo”?

—No me encanta, pero hacen falta manos y es momento de probar su lealtad.

Capítulo XIX. Gea

“La supervivencia del más apto o selección natural es un mecanismo básico de la evolución. Los organismos deben ser capaces de adaptarse a situaciones cambiantes como la destrucción del hábitat, la introducción de nuevos depredadores o la limitación de recursos. En pocas palabras, para que una especie sobreviva debe no sólo poder transmitir sus mejores características, sino saber actuar a tiempo para asegurar su futuro”. Jorge Lucano paró de leer.

—Veda, ¿qué le parecen estas palabras para empezar? Después de todo son chicos que apenas están pensando en seguir una carrera de ciencias.

—PUREZA recibe muchos grupos de estudiantes, ¿cierto?

—Esta vez es distinto. No vendrán al laboratorio, iré con ellos a una granja acuapónica de mokras. ¿Nunca ha ido a una? Acuicultura con hidroponía. Es todo muy sustentable.

Lucano se detuvo un segundo y pareció observar detenidamente la reacción de Veda.

—¿Quiere venir? ¿Por qué no? ¡Venga conmigo! No sé por qué no se me ocurrió antes. Sé que es un poco precipitada la invitación, pero... ¿qué le parecería acompañarme? Tal vez les podría dar a los chicos una breve charla de cómo la

mokra nos salvó la vida, o cómo empezamos nuestra relación con ella. Podría contarles de sus papás, del gran cambio filosófico de los años sesenta. ¡Claro!, iese les encantaría! Se les hace muy curioso pensar que antes vivíamos en una cultura totalmente antropocéntrica. Además, así me ayuda a controlar el grupo.

—¿Cuándo es esto? —la voz de Veda salió del fondo de su miedo.

—Ese es el problema. La salida es mañana temprano. Pero todo indica que tendremos un clima estupendo. ¿Qué dice? ¿Se anima?

—No podría hacer una presentación con tan poco tiempo.

—¡Claro que sí! Es algo informal. Es más, debo de tener algunos libros para que prepare esa charla. Supongo que ha leído a su mamá, ¿no? —Lucano se dirigió a su oficina y Veda fue detrás de él.

—Aquí está este de ecosofía. ¡Mire qué bonito!, es de Seean, un filósofo noruego —y leyó:

“La vida humana y la no humana de Gea tienen equivalente valor. Un valor que es intrínseco...” bueno, a lo mejor puede usted cambiar la palabrita por una más fácil. “Este valor es independiente de la utilidad e irrelevante para los fines humanos. Nosotros no tenemos derecho a reducir la riqueza y la diversidad del planeta, bla, bla bla... Para el florecimiento de la vida y las culturas humanas es necesario contar con una población sustancialmente menor”. Oh, aquí es cuando se decidió que éramos muchos. “El florecimiento de la vida *no humana* requiere una población humana más pequeña. La actual interferencia humana con el mundo no humano es excesiva y la situación está empeorando rápidamente. Por lo tanto, es necesario organizar un cambio ideológico, político y económico global”.

—Lo que hicieron sus padres fue realmente importante. Tenga, tome de aquí lo que necesite. Con algunas ideas en unas tarjetas basta. Y la veo mañana temprano, a las 7:15 en la escuela Albert Taylor. Para llegar, hay que bajarse una parada antes en el eólico.

Después de que el jefe salió de la oficina y se despidió, Veda imaginó estar en medio de una tolvanera que le impedía respirar; para recuperarse, intentó nombrar objetos y percatarse de los olores y los sonidos que la rodeaban... Por fin conocería a la mokra, el depredador del hombre.

En eso estaba cuando entró Saito. Él había puesto una melodía para trabajar y su presencia la tranquilizó de inmediato.

—*Puff, the Mighty Dragon...* Hace años que no escuchaba esa canción —Saito subió el volumen y Veda se puso a cantar— *Puff, the magic dragon lived by the sea / And frolicked in the autumn mist in a land called Honahlee...* Qué maravilla. Cuántas emociones me ha traído tu canción.

—Tal vez es hora de ir a casa a descansar.

—No podría. Estoy demasiado asustada. Dime una cosa, ¿has visto mokras? ¿Sabes cómo son?

Saito pareció ponerse muy serio y levantó el trapeador cabeza arriba.

—Son un poco como este trapeador. Se mueven con un movimiento de aleteo, ondulando el cuerpo. Un cuerpo transparente, como el agua —tocó una de las hebras— esto les sirve para comerse a sus presas y tienen dos orificios por los que expulsan esos desechos que... Es mejor que las veas.

—Lo haré mañana. Eso es lo que me tiene asustada. No sé qué esperar. Debo explicar su historia y no sé nada.

—Yo empezaría por contar lo del terrible derrame de petróleo en el mar. Ese momento en la historia de la humanidad en que se predijo que las especies marinas durarían

a lo mucho 10 años y nosotros, un par más. Ya sabe: todo viene del mar y al mar se lo debemos todo —Saito echó la cabeza atrás para hacer memoria—. Me parece que por entonces se dio la gran alianza mundial de 1944 en la que los países decidieron buscar soluciones conjuntas y se acordó que las mokras podían descontaminar lo que habíamos hecho. Fue como les ocurre a esas personas que mueren y regresan a la vida cambiadas, así pasó con la humanidad. Veinte años de gran crisis tratando de recuperar el planeta y en el 68 sus padres crearon esto: el balance que ahora vemos y que nos protege para que no ocurra una tragedia como aquella... Sólo que, matar personas... —Saito escondió la cara en las manos— ¡Uf!, lo siento. Estoy hablando de más. ¿Sabes? Hay quienes dicen que las mokras son alienígenas.

—¿Cómo es que sabes tanto de todo?

—Soy un buen lector. No pude hacer carrera por mi baja estatura. Con trabajos mi mamá convenció a la gente de que no era enano, de que no estaba enfermo y de que podía seguir vivo. En fin, lo que quiero decir es que soy alguien que sí alcanza los libreros —Saito rio de su propia ocurrencia.

—Es terrible ¿no crees?

—¿Lo de no poder estudiar lo que uno quiere por su estatura?

—Sí, desde luego, pero también lo que dijiste de matar personas. ¿Por qué tienen que ser seres humanos?

—Todo es un balance muy delicado, y las mokras son delicadas también. Al parecer tenemos la proporción exacta de oligoelementos que ellas necesitan —sonrió cansado— “Oligoelementos”, ¿ves? Otra palabra culta que no esperabas de mí.

—No tienes idea de cuánto espero de ti, amigo mío.

Saito sonrió al escuchar esto último. Luego se hizo un silencio, que no era el que resulta de no saber qué decir, sino el de esperar una respuesta en la mirada del otro. La canción terminó.

—Es curioso que podamos conversar tan fácilmente, Veda. Aunque hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué pareces tan nueva en esta sociedad?

—¿Nueva?

—Sí. Como una niña a la que hay que contarle cómo funciona todo.

—Tal vez es porque soy tan alienígena como las mo-
kras —la confesión de Veda retumbó en las paredes, pero Saito no se rio.

—No bromeas, ¿verdad?

—No. ¿Quieres que te cuente? No sabría ni por dónde empezar.

—Empieza por el principio —bromeó Saito.

Veda sonrió al recordar al “Sombrero Loco” de Alicia.

—Creo que mejor empiezo por el resultado... Llegué por un error de teletransportación. Al parecer hay universos paralelos, que son espejo de otros, donde viven personas que son iguales a uno. Qué tal, ¿eh? —soltó una risa nerviosa— Y pues la historia de cada universo se parece, pero no al cien por ciento, porque aquí, por ejemplo, según estoy comprendiendo, no hubo una segunda Guerra Mundial, sino una catástrofe ecológica... y desde que llegué he estado perdida, tratando de regresar a casa, donde me espera un esposo diferente y un Saito, que es mi mejor amigo. ¿Me crees?

Saito la miró dubitativo. Se diría que incluso estaba preocupado por la salud mental de Veda. Sin embargo, respondió.

—¿Teletransportación? Eso que me dices es mucho. No sé qué responder.

—No hay mucho qué decir. Sólo necesitaba contárselo a alguien.

—Entiendo. ¿Puedo pedirte algo? Por favor, no vayas por ahí diciendo esto que acabas de decirme. Hay personas que, de creerte, se aprovecharían de esta información.

—¿Quiénes?

—Personas como yo, de la oposición a PUREZA. Tú me obsequiaste con un secreto y yo te entrego otro —Saito le tomó la mano y dijo casi murmurando—. Soy de un grupo de resistencia a la eutanasia por mokras. Queremos la cabeza de Sienna. Me alegra mucho que no sea nada tuyo. Ahora ve a casa. Mañana llega preparada para lo peor...Y si no puedes con el espectáculo, cierra los ojos.

—Gracias, Saito.

El hombre se fue y Veda salió de la oficina repasando en su cerebro la canción del dragón que se hace amigo de un niño. Lo de esperar lo peor la había dejado llena de miedo.

Esa noche, sin realmente desearlo, casi por inercia, durmió abrazada a Samuel.

Capítulo XX. Tierra

Cuando era niño, Saito hizo un viaje con su familia para ir a ver la aurora boreal en Canadá, esa experiencia dejó en él una profunda huella emocional que fomentó su curiosidad, así como la necesidad de aprender sobre la naturaleza de las cosas. El padre de Saito, quien era director de orquesta y también un gran lector, trató de responder a las constantes preguntas del niño, le compró una enciclopedia juvenil que él devoró, y entre otras muchas cosas le explicaba cómo una nube masiva de partículas golpeaba la magnetosfera de la Tierra provocando las auroras. Sin embargo, hoy que podía entender a fondo lo que era la magnetosfera y las partículas, y además detectaba los estallidos del sol, extrañaba el sentimiento de asombro; era como si en lugar de ver un ave levantar el vuelo a lo lejos, la tuviera en sus manos disecada. La convivencia con la comunidad científica le había quitado esa magia. Pensó si no habría sido mejor estudiar piano. Su corteza cerebral no estaría ocupada en rumiar los posibles escenarios catastróficos que imaginaba a partir de los hechos recién descubiertos. ¿Cómo podría ahora zafarse de todo y dedicarse a sus clases tranquilamente? Cuando se apuntó para la ciencia, nunca imaginó tener una amiga desaparecida, un incendio en su laboratorio y un criminal

por jefe. Por otro lado, ahora percibía todo de manera distinta, con una intensidad que, si no fuera por la molesta taquicardia, sería estimulante, como una canción de rock a todo volumen.

Todo esto pensaba Saito mientras meneaba la cabeza para sacudir su negra suerte, cuando llegó a casa de Samuel tocó a la puerta y, de manera casual, le abrió Patrick, quien también estaba invitado a la reunión.

“Definitivamente la langosta se debe llamar Alicia”, decidió Saito, pues nada de los últimos sucesos tenía alguna lógica.

Samuel esperaba detrás en su silla de ruedas, con un vaso en la mano de algo que parecía güisqui. Lo saludó con gran cordialidad.

—La señorita no prepara mal las bebidas, ¿quieres una, “Astroboy”?

—¿Cuál señorita?

Samuel rio. A todas luces no era la primera bebida que pasaba por su garganta.

—Somos tres héroes al rescate, ¿no? Yo puedo ser “One-Punch-Man”, tú “Astroboy” y aquí mis ojos, el “Barbas de Chivo”, puede ser “Sakura”. ¿Qué te parece? ¿Hacemos un buen manga o no?

Saito le quitó la copa de la mano a Samuel.

—Decidimos trabajar juntos. Esto así no va a funcionar.

Patrick levantó ambas manos como si quisiera decir que no se hacía responsable por los golpes que también propinaría y Samuel miró al japonés como si este fuera la maestra de civismo entrando al salón de clase.

—No podemos matarnos entre nosotros —siguió Saito—, antes tenemos que solucionar lo de Veda. Vamos a sentarnos y a planear alguna estrategia.

—Bien, ¿qué noticias nos traes? —dijo Patrick.

—Sabemos que Peter Doyle se va a reunir con los de Acuity en su planta de San Gabriel el próximo jueves por la noche —Saito sacó la copia que le proporcionó el empleado con la lista de materiales—. Tengo la dirección donde se entregó todo esto y la foto de la agenda de Doyle donde dice que la reunión será a las 7:00 pm, en San Gabriel. Puedo equivocarme, pero debe ser ahí mismo en la planta. Lo que no sé es cómo podemos tener acceso a esa reunión.

Samuel sacó una pistola de una funda que tenía en la pantorrilla, oculta bajo el pantalón.

—Esperamos a Doyle y lo sensibilizo con esta.

Patrick, que acababa de tomar asiento, se levantó de un brinco.

—No creo que tengamos nada para negociar o convencerlo. Y guarda eso que el alcohol te va a empujar la mano en la dirección errónea. Vamos a tener que entrar a la planta y averiguar dónde es la junta. Si alguno de nosotros pudiera pasar por personal de limpieza...

—¿Y luego pegar oreja? —interrumpió Patrick— ¡Claro que no! No me parece mal saber la ubicación exacta de la sala donde se reunirán, y creo que eso que sugieres es el primer paso, pero nada que no pueda resolverse con una llamada telefónica. De seguro hay una persona que contesta los teléfonos. Le diremos que necesitamos llevar unos materiales por parte de Snolab y que queremos saber a qué piso y sala acudir. Y una vez que tengamos el lugar exacto, asistiremos a la junta.

—¿Cómo?

—Estaremos observando desde lejos. Utilizaremos un dron.

Patrick dejó pasar un minuto como queriendo medir la sorpresa provocada. Luego sacó de una mochila negra un aparato de cuatro hélices.

—Les presento el Mini 3, lo último en drones de la marca Matrice RTK... Lo acabo de comprar.

—¿Por qué no me sorprende que tengas algo *mini*? —
rio Samuel.

Patrick continuó como si no lo hubiera escuchado.

—Tiene seis sensores direccionales y ofrece casi una hora de vuelo. Le podemos agregar sistema de video y audio y dirigirlo a suficiente distancia. Es la manera más discreta para enterarnos de todo, y sin arriesgar nada.

Saito pidió tenerlo en las manos. Parecía un niño con un juguete delicado.

—¿Lo compraste para esto?

—No. Quería tomar algunas fotos aéreas. Me gusta comprar artículos tecnológicos.

—Pues es genial. ¿Qué dices, Samuel?

—Creo que Sakura se acaba de ganar un aplauso.

Patrick se acarició la barba:

—Samuel, a ti que te salen las mentiras, te toca hacer la llamada telefónica.

Ese miércoles, el equipo de admiradores de Veda fue a San Gabriel a hacer un reconocimiento de la zona, Samuel les contó en el camino cómo estuvo su misión. Primero empatizó con el muchacho que contestó el teléfono, y conversaron sobre lo difícil que era ser asistente de alguien y hacer las cosas por debajo de su formación profesional, como tener que averiguar a dónde ir. Luego hablaron de la visita que haría Doyle y al final, a instancias de Saito, el joven le hizo casi un *tour* descriptivo de la planta. Eso sí, le insistió en que no podría entrar sin dejar una identificación con el guardia de la puerta, pues las medidas de seguridad eran de lo más estrictas; también le dijo dónde quedaban unos tacos tex-mex por ahí y las horas de operación de la planta, para que no fuera a hacer el viaje en balde.

Llegaron a la hora crepuscular. Saito había hecho una breve investigación sobre la planta. La central generaba electricidad principalmente mediante energía térmica, es decir, gas y carbón, que se encargaba de transmitir y distribuir como parte de la Red de Interconexión Occidental. Como otras empresas generadoras de electricidad, Acuity estaba regulada por la Comisión de Servicios Públicos del estado; sin embargo, aunque se mantenía dentro de la normatividad en lo referente a las tarifas eléctricas, también participaban en un programa de energía de emergencia y de alto voltaje, cuyo programa no estaba regulado y la empresa podía poner el precio que quisiera para el suministro eléctrico.

—Los directivos de Acuity deben de saber muy bien el valor que tendría la transportación de partículas de manera simultánea. Con la tecnología de Veda pueden llevar energía a todo el país, a todo el mundo si quisieran, y sin necesidad de líneas que estén sujetas a las inclemencias del tiempo. Bastaría con replicar el laboratorio de Snolab en diferentes regiones y colocar un par de transformadores para satisfacer la zona —concluyó el japonés después de compartir su parte de información.

—La teletransportación reducida a la ganancia de dinero. Les aseguro que ni Veda ni yo esperábamos esto —dijo Patrick.

Samuel manejaba silencioso alrededor de la planta, tratando de encontrar el lugar donde el dron les daría mejor recepción.

—¿Crees que el miniamplificador de sonido alcance a percibir las conversaciones desde esa cornisa?

—¿Es en esa ventana donde será la junta?

—Sí, por fortuna esta área de la planta, la de las oficinas centrales, está menos vigilada que la de los generadores

y transformadores. Tiene sentido. Sería más un ataque terrorista el dejar a la gente sin luz que matar a un directivo de Acuity.

Saito asintió.

—¿Entonces no tenemos que entrar?

—No. Podemos esperar en el carro en aquella colina, y desde ahí volar el dron.

—Voy a traer un telescopio portátil también.

—¿No bastan unos binoculares, Patrick?

—No. Habrá lo que se llama superluna de fresa... Bueno, no me vean así, su nombre proviene de los nativos americanos que asociaban este fenómeno con la recolección de fresas en su mayor madurez... No es que queramos observarla, pero en caso de que alguien pregunte podemos decir que eso es lo que hacen tres hombres solos malencarados en esta montaña.

—Dos malencarados y un “Astroboy” —bromeó Samuel.

Llegó el jueves y el dron estaba listo y equipado con la cámara y el micrófono telescópicos. Samuel tomó un camino que se alejaba del área urbana hacia el río San Gabriel y, llegando a la central, pasó de largo por el estacionamiento. Luego hizo subir la camioneta por una vereda que llevaba hacia una meseta agrícola que tenía suficiente maleza como para poder ocultar el vehículo.

Desde ahí vieron con el telescopio la llegada de Doyle y fue entonces cuando Patrick echó a andar el dron. Como habían quedado, había que volar el aparato hasta el quicio de la ventana donde se llevaría a cabo la junta; sin embargo, el viento lo lanzó un par de veces fuera de trayectoria y estuvo a punto de quedar varado en las ramas de un gran sauce. Por suerte salió del apuro y lo pudieron colocar en el punto de observación.

Aunque estaba aliviado de que el dron no se hubiera perdido en el vuelo, otra preocupación inquietaba a Saito.

—¿Qué pasa si alguien abre esa ventana?

—Es un corporativo. Esas ventanas no abren. Además, estamos hablando de que es el cuarto piso y por dentro la ventana está demasiado alta como para que alguien intente abrirla.

Patrick encendió el audio que podía escucharse desde la computadora que también llevaba. Por fortuna esto no falló. La junta estaba por comenzar.

Un personaje presentó a Doyle y al resto de los participantes, y mencionó que el propósito de la reunión era determinar lo necesario para la gran inauguración del laboratorio; hablar de la logística para recibir el resto del equipo y definir los criterios para la contratación de científicos. Era una junta para asegurar que todo estaba listo. No se mencionó a Snolab, sino sólo a Doyle como el cerebro detrás de la tecnología de punta que llevaría a Acuity por encima de otras compañías de transformación de energía.

—¡Brindemos por el Sol, que es la fuente sustentable de energía del futuro!

Cuando la junta terminó, Saito no pudo ocultar su decepción.

—No mencionó nada de Snolab, pero no sé si podemos incriminarlo.

—Sí podemos —dijo Patrick— es necesario llevar esto a la prensa y que la comunidad científica sepa que yo estuve participando en este proyecto. No es posible que tanto trabajo sea para el beneficio de estos empresarios que nunca se han preocupado...

—¡Silencio! —dijo Samuel— Escucho de nuevo a Doyle.

Patrick ajustó el volumen de la computadora. Doyle se había apartado del grupo hacia un área donde había ser-

vicio de café. Uno de los ejecutivos le preguntó casi en un murmullo.

—¿Ya no tenemos que preocuparnos de nada?

—No. El accidente de la mujer no está bajo sospecha y ninguna evidencia salió a relucir. Además, nadie sabe lo que estoy haciendo aquí. Hay alguien en Snolab que va a continuar el avance de la mujer, pero tardará mucho en llegar a lo que ella hizo. No le veo el talento.

—Bien. Espero que muy pronto tengamos una patente. Entonces lo que otros hagan ya no podrá ser competencia. No queremos réplicas de esto que haremos y que marcará un hito en la historia.

—Claro. Como quedamos.

Los tres espías guardaron silencio, el secreto que ahora los hermanaba pesaba demasiado como para comentarlo.

—Lo voy a matar —dijo por fin Samuel.

—No. ¡Eso no nos sirve! Hay que denunciarlo. Ir a la prensa. Recuperar nuestro nombre —comentó Patrick.

—¿No se dan cuenta? —Saito se mostró desesperado— ¡No podemos hacer nada de eso! Doyle no mintió. ¡Me puedo tardar años en lograr las condiciones para la teletransportación que él ha logrado ya con Acuity! Y hay que rescatar a Veda. Ese laboratorio —dijo señalando vagamente al edificio— está prácticamente listo. Lo usaremos para revertir el experimento. Y, para eso, necesitamos a Peter Doyle.

Capítulo XXI. Gea

Veda despertó con dolor de garganta y sintiéndose muy fatigada. Samuel estaba de viaje visitando una obra en Coronado, así que apagó el despertador con el ánimo de quedarse en casa. Martín interrumpió sus planes.

—¿No vas a ir a la visita guiada, má?

La adrenalina corrió por el cuerpo de la mujer. Había olvidado la visita a la granja de mokras. Se levantó precipitadamente.

—¿Estarás tú ahí?

—Mi papá fue quien firmó el permiso. Ojalá que sí te vea por allá.

El joven se despidió de Veda dejándola en un estado de *shock*. Cuando pudo reaccionar se vistió con premura y llegó hasta la terminal del eólico. Un segundo más y no hubiera alcanzado el tren que siempre tomaba. Se bajó en la dirección que Lucano le había dado y subió a zancadas las escaleras de la instalación. Cuando llegó, Lucano, que estaba sentado frente a un escritorio, le hizo una seña con la mano.

—Dígame, ¿qué cree que sea más relevante, decirles que las mokras son hermafroditas y que por es por la boca

por donde salen los tentáculos?, o contarles de su sistema digestivo. Eso último puede ser delicado.

—No sé, tal vez quiera explicarme esto último —la ironía de la pregunta de Veda no pareció causar la reacción esperada.

—Con gusto, eso es muy interesante —el científico cruzó la pierna cómodamente, como si estuviera hablando de su familia—. Como es evidente, las mokras son carnívoras. Su boca se sitúa en la parte inferior —Lucano se interrumpió a sí mismo y luego siguió— Ojalá haya al menos una mokra muerta que pueda enseñarles, así podrían ver cómo está rodeada de tentáculos que comunican el exterior con la cavidad digestiva. Como dije, la boca se sitúa en la zona inferior y a continuación de la boca hay una faringe que segrega enzimas y produce una predigestión, que es todo un espectáculo bioluminiscente. Luego viene el estómago con cinco canales faríngeos maravillosamente conectados con un plexo subepidérmico de neuronas, repartidas por todo el cuerpo. Sin duda, por eso son tan eficaces y veloces con sus paletas natatorias. ¿No cree que lo dije muy complicado?

Veda sintió náuseas. Pensó en las mokras como en una especie de trapeadores, ondulando sus cilios para moverse.

Lucano se detuvo un segundo y pareció observar detenidamente la reacción. Luego agregó:

—Estemos preparados, los estudiantes no tardarán en llegar. Puede usar esa oficina para afinar lo que les diré. Gracias por llegar con puntualidad.

La hora que tenía pasó rápidamente. Veda se dio cuenta de que estaba angustiada por ver a Martín en ese contexto, sintió que era algo tan cruel como llevar a un niño a los toros.

En eso estaba cuando un bullicio se propagó por todo el espacio, los adolescentes charlaban entusiasmados acerca de todo: del autobús eléctrico que los había llevado, de los manifestantes que habían visto en el camino y de estar por fin ahí para conocer al gran depredador, al monstruo que de seguro estaba en alguna de sus pesadillas, en alguna historia familiar y en sus libros de ciencias. Parecía como si los hubieran elegido para una iniciación; una sabiduría que les daría de golpe todo el conocimiento sobre la vida y la muerte.

Los jóvenes llegaron y Veda sólo tuvo ojos para Martín. Uno de los amigos que iban con él la saludó, como reconociéndola. La mujer devolvió el saludo y con nostalgia pensó: “Seguramente son amigos desde la primaria y yo no viví nada de eso”.

Lucano comenzó con un pequeño *tour* explicando ciertos aparatos que ayudaban a los científicos en la granja acuapónica. Cuando el grupo llegó con ella, la presentó de manera entusiasta como la hija de Sienna y Antonio Tarazi, los jóvenes reaccionaron con sorpresa. De pronto Veda era una celebridad.

Hubo un silencio incómodo y la mujer no quiso prolongarlo. Les agradeció el reconocimiento y aclaró que no había tal visión ni mérito en lo que habían hecho sus padres, sino que todo era parte de lo que la sociedad estaba buscando en ese momento como respuesta a un problema y a la necesidad de un cambio.

—Históricamente hay momentos así, en que las personas compartimos una percepción semejante de las cosas que nos rodean, muchas veces debido a cómo se nos comunican. De seguro lo que hicieron Sienna y Antonio fue responder a una crisis mundial que pedía un liderazgo — Veda se encontró con la mirada de Martín y vio en ella

admiración, así que siguió—. Lo que no debemos aceptar es la imposición de un único punto de vista. Verán, la ciencia no es nada si nuestros descubrimientos no tienen un fin amoroso: amor a Gea, amor a los seres vivos que la pueblan, amor a quienes más nos necesitan. Eso es lo más importante: tener amor y compasión hacia el otro, porque el universo es de por sí implacable y doloroso. Si algo he aprendido de observar las estrellas es que, si estamos solos, no somos mucho que digamos.

La científica vio a Lucano y lo vio tan confundido como lo estaba el resto de los estudiantes. Sin duda, esperaba otra cosa de ella, pero no insistió. En cambio, pareció aprovechar que aún no había caído el discurso de la mujer para generar de nuevo el entusiasmo:

—¡Bien! ¡Con seguridad la doctora tenía en mente nuestro proyecto con las abejas! Ya les platicará de eso. Ahora, ¿están listo para el resto de la visita?

Los jóvenes prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

—¡En orden! ¡Salgamos en orden!

Segundos después, Veda se unió al resto de la visita. Sentía una gran curiosidad además de miedo.

Lucano guio al grupo hasta donde estaban las piscinas, se trataba de un espacio arquitectónico donde la luz natural entraba a través de grandes ventanas y proliferaban las plantas distribuidas en lotes circulares.

—Como pueden observar, hemos integrado a la conservación de mokras el cultivo de hortalizas —Veda se apartó de los jóvenes mientras su jefe seguía con la explicación de la eficiencia que había en que los seres vivos se apoyaran unos a otros.

Su curiosidad la llevó a unas escaleras que daban a un corredor por donde se podían observar las piscinas des-

de abajo. Ahí estaban las mokras, traslúcidas e inmóviles, como jirones de plástico distribuidos en el agua.

De pronto se dio un espectáculo de luces violetas, naranjas, azules. Eran los depredadores que estaban moviéndose desenfrenadamente. Un empleado acababa de hacer caer a la piscina, a través de una rampa, el cuerpo de una persona. El bulto era lo que había provocado el alboroto. Como si estuviera viviendo algo irreal, Veda escuchó lejanas las voces de los estudiantes.

—Creo que están comiendo.

—Pero ¿cómo? Yo no vi que trajeran a nadie.

—¡No pueden acercarse tanto!

—¿Trajeron a alguien?

—No, no puede ser. No recibirían una visita guiada con eso.

—No traen a las personas vivas y pataleando, las traen dormidas. No les duele. Se convierten en agua en cuanto ellas los tocan. Es súper eficiente, puro intercambio químico.

—¿Cómo sabes?

—Esas luces que vimos es que sus almas se desprendieron.

—¿Cómo crees? Ellas brillan de por sí.

—¿Trajeron gente para alimentarlas? ¡Guau!

—¿Cómo ¡guau!? Eres un tonto.

—¡Basta de especulaciones! —gritó Lucano. Creo que nos adelantamos un poco a la visita, pero es normal que las criaturas coman. ¡No se alteren! No deberíamos estar en este momento, pero ya que llegamos a la hora incorrecta aprovechemos el aprendizaje. Es necesario comprender cómo funciona el proceso, vayamos a aquella mesa donde tengo un espécimen disecado. ¡Eh! ¡Dije basta! Muchachos, ésa no es la actitud. ¡En orden y nada de fotos! Veda, por favor, ayúdeme con el grupo. ¿Veda?

Las voces de los estudiantes se confundían unas con otras en ese momento, pero Veda ya no las escuchó. Había corrido hacia la puertita que comunicaba a la rampa por donde el empleado había lanzado el cuerpo. Y fue hasta que vio a las personas acomodadas en repisas, en una especie de estado de coma, desnudas e indefensas, que se desmayó.

Capítulo XXII. Tierra

El dron continuó grabando minutos de silencio. Peter Doyle había terminado de hablar y ya no tenía caso exponerse a ser descubiertos. Lo que los tres hombres habían escuchado les pegó con fuerza: Saito iba y venía sin rumbo, Patrick lloraba y trataba de manipular el dron para hacerlo llegar hasta ellos y Samuel negaba con la cabeza, musitando con desesperación estrategias de venganza. Por fin, Saito se acercó a Samuel para preguntarle qué tenía en mente.

—Secuestraremos al tipo. Lo que no sé es si seguirlo ahora mismo o esperar a mañana para tener todos los detalles organizados. Lo único que temo es que, si lo hacemos ya, lo voy a matar.

Terminaron de recoger los aparatos empleados y subieron a la camioneta. Iban muy callados. Las emociones de esa noche los habían agotado. Patrick rompió el silencio.

—Necesitamos descargar la grabación y protegerla. Y coincido aquí con el arquitecto motorizado, Doyle tiene que saber que lo hemos escuchado y tiene por cómplices a los de Acuity. Pero para secuestrarlo, necesitamos conseguir un aparato más.

—¿Cuál? ¿Se te olvida que tengo pistola? —dijo Samuel.

—Necesitamos un GPS de tobillo, de los que usan en arrestos domiciliarios. No dudo que podamos comprarlo, lo difícil es direccionarlo hacia nosotros y no involucrar aún a la policía.

—Hagámoslo. Lo del secuestro funciona para mí —coincidió Saito—, sólo les recuerdo que esto debe hacerse con prontitud y que la prioridad es rescatar a Veda... para eso debemos tener acceso a ese laboratorio que están por inaugurar.

Los tres hombres pasaron la noche haciendo planes. El sábado, Samuel fue a visitar a un amigo de la preparatoria que era directivo en el Departamento de Correccionales y Rehabilitación de California. El equipo de admiradores de Veda consiguió hacerse del monitor de tobillo, pero tuvieron que mentir diciendo que era para un anciano mayor que se les perdía con frecuencia. Al final, por la urgencia y las inconveniencias, terminaron pagando 1,800 dólares, con la única ventaja de haber quedado liberados de preguntas. Cerca de la media noche tenían todo resuelto, incluyendo la manera de conectar la señal a la computadora de Samuel.

Llegó el domingo. Saito sabía que Peter Doyle era corredor de fin de semana. La casa del director quedaba cerca de la calle 61 y, por lo tanto, calcularon que saldría temprano hacia Street Park.

Estaban por desesperarse cuando lo vieron salir, estirando los músculos como si no llevara ningún crimen en los hombros ni le pesara el asesinato de su propia científica.

En cuanto Doyle se dispuso a cruzar la calle, Samuel le puso la camioneta enfrente, a toda velocidad Patrick y Saito lo agarraron de los brazos y le propinaron una descarga con la pistola taser para inmovilizarlo. Doyle resintió la descarga y dobló las rodillas. Así, arrastrando los pies, lo subieron al vehículo.

—No vayas como siempre, a exceso de velocidad — recomendó Saito. No queremos llamar la atención de la policía —al decirlo, no pudo evitar pensar cómo su personalidad se había transformado tanto.

Llegaron a la casa de Samuel y sentaron al hombre en una silla a la cual lo amarraron. Por fin, Samuel lo despertó con un bofetón que nadie intentó detener, y le quitó la cinta adhesiva con la que lo habían amordazado en la última parte del trayecto.

—¡¿Pero qué es esto?! ¿Qué les pasa? —alcanzó a decir antes de que le llegara el segundo puñetazo. Un hilo de sangre salió de la frente del director. Después de golpearlo, Samuel le puso la pistola entre los ojos.

—Pasa que te vas a morir, cabrón. Ya sabemos que fuiste tú el que provocó el accidente de mi mujer.

La piel de Doyle quedó transparente. Saito intervino.

—Quita esa pistola, Samuel. Necesitamos hablar con él.

—¿Saito? ¿También tú estás involucrado en este atropello?

—Efectivamente, doctor. Es usted un criminal.

—Pues no sólo te voy a correr, sino que además te voy a demandar.

—No me interrumpa o le va a caer otra bofetada, esta vez de mi parte —y dirigiéndose a Patrick—, muéstrale a Doyle la grabación que llevaremos a la policía si no coopera.

Patrick reprodujo la parte en donde con toda claridad Doyle hablaba de que “el accidente de la mujer” estaba fuera de sospecha.

Samuel cortó cartucho de nuevo y esta vez Doyle mojó su short deportivo.

—Samuel, por favor, deja la pistola por ahora.

Patrick se acercó al director, y agregó:

—Ponga atención si no se quiere morir.

—Sí, sí, lo que sea.

Saito continuó:

—Existe la remota posibilidad de que Veda no esté muerta y nosotros tres haremos todo lo posible por recuperarla.

—Pero, ¿cómo? ¿Veda sobrevivió a la explosión?

—Creemos que sí. Pensamos que está en un lugar de donde podemos traerla de regreso.

Doyle miró a Saito como si estuviera loco.

—Ah, pues qué buena noticia me dan.

Patrick detuvo el brazo de Samuel, que estaba a punto de caer por tercera vez en la mejilla de Doyle. Saito siguió:

—Es usted un criminal, pero podemos detener la denuncia que haremos a la policía. Para eso, necesitamos dos cosas de usted: la primera es que se encargue de que Patrick y yo seamos los líderes del proyecto de Acuity. Es imperativo que usemos ese laboratorio que ya está a punto de ser inaugurado.

Peter Doyle pareció pensar un segundo.

—Es posible que consiga eso, sí.

—Lo hará, doctor, si no quiere ir a prisión y además perder todo su prestigio.

—Bien, sí, sí, cuenten con ello, colegas. Hay mucho dinero y no sé qué pensé al no incluirlos. Bienvenidos al equipo.

—¡No se trata de dinero! —rugió Patrick con el rostro enrojecido.

Saito brincó por la reacción del “Barbas de Chivo”, y continuó.

—Escuche bien, doctor. Una vez que hagamos hasta lo imposible por rescatar a Veda, les diré a los de Acuity que el proyecto no funcionó —siguió Saito— les inventaré que no sabe qué ocurrió y que lo siente mucho...

—Pero, a ver si entiendo algo, ¿rescatar a Veda de dónde? ¿Del inframundo? ¿Dónde está la mujer?

—Eso a usted no le incumbe.

—Bueno, sí, me da igual, pero ¿el dinero que Acuity ha invertido?

—Ese sí es su problema; sin embargo, lo dejaremos vivo para que lo resuelva. El proyecto de teletransportación lo va a retomar la universidad y va a llevar el crédito de Veda, que es lo correcto.

Peter Doyle, señaló su tobillo.

—¿Qué es esto?

—Es su arresto domiciliario. Dirá que está trabajando en una publicación y se quedará aquí.

—Y si te escapas, yo feliz de matarte —sentenció Samuel.

Doyle hizo como que ignoraba el comentario.

—Patrick y tú no pueden ocuparse solos de ese laboratorio. Es algo muy grande, de tamaño industrial.

—Entonces al principio nos acompañará y les dirá a los de Acuity que no hay inauguración hasta que usted y nosotros, sus dos científicos estrella, calibremos todo.

—Yo también quiero ir —interrumpió Samuel.

—¡Qué disparate! A este ni siquiera lo van a dejar entrar —dijo Doyle.

—¿Cómo de que no? Les vas a decir que, si se necesita cualquier modificación, yo soy tu arquitecto de confianza.

—No saben lo que hacen. Al tomar control de ese laboratorio, lo único que van a hacer es detener el progreso.

—Su progreso, querrá decir.

—Y después de llevarlos, ¿voy a estar aquí encerrado?

—Por ahora te vamos a desamarrar, para que limpies tus meados, pero ya sabes todo lo que tenemos contra ti. Ah, por cierto, tengo una cuidadora que me quiere mucho y

no hace preguntas. Tú tampoco le hables. A ella le diremos que eres un pariente lejano que vino a desintoxicarse de las drogas y que te dan delirios de vez en cuando. Acostúmbrate, que este será tu cuarto —dijo Samuel.

—Y para que no se aburra, doctor, le daremos unos libros y un sudoku —intervino Saito—, y ya le diremos qué decir en el teléfono tanto a las personas de la universidad como a los de Acuity.

—Al menos no me dejen solo con este loco —Doyle señaló a Samuel.

—Mi sugerencia es que, por su bien, tampoco le hable —dijo Saito—. Ahora descanse. Tendrá su comida en un rato.

—La del perro —concluyó Samuel.

Llegó el lunes, el japonés ya tenía preparado el guion de lo que Peter Doyle diría a los de Acuity para hacer posible su entrada a las instalaciones.

Doyle hizo su parte con relativa calma. Era claro que al director de la central eléctrica no le había encantado la idea de detener la inauguración de la planta; sin embargo, Doyle mezcló la palabra seguridad con las palabras demanda y dinero, y al final logró llegar a un acuerdo: la inauguración se pospondría hasta que los científicos y el arquitecto revisaran todo.

Cuando los hombres llegaron a San Gabriel, la planta estaba preparada para recibirlos. No fue difícil identificarse con el guardia, quien recomendó se hicieran de su llave electrónica a la brevedad posible y hasta se ofreció para tomarles la foto.

Como sucede con muchas instalaciones que manejan partículas atómicas, el laboratorio estaba ubicado unos cien metros por debajo del suelo. No se había escatimado en comodidades y diseño. Las escaleras eran amplias y bien iluminadas y el clima artificial no le pedía nada a cualquier

edificio inteligente. Cuando Saito bajó el último peldaño dio un silbido de asombro: el espacio tenía la forma de un hexágono y en cada pared había un cubículo especializado en alguno de los temas relativos a la materia oscura, la captación de partículas solares y su teletransportación en la red eléctrica. Además del colisionador de partículas hecho de gigantescos imanes recubiertos de cobre, estaban las computadoras dedicadas a la simulación de interacciones gravitacionales, controladores de densidad y refrigeradores; también había succionadores al vacío y esferas que rotaban para transformar los rayos gama. Era mucho más de lo que él y Veda tenían en el laboratorio que explotó y, desde luego, mucho más de lo que él solo hubiera podido organizar. Al centro una silueta en forma de dona le quitó el aliento.

—¿Qué es esa *tardis*? —preguntó Samuel.

—Es un tokamak —respondió Saito— un reactor que a la vez funciona como un dispositivo de confinamiento magnético y fusión termonuclear.

—No explotará, ¿verdad?

Doyle se apresuró a responder:

—Hemos hecho las matemáticas correctas. Esto sólo reproduce las condiciones del Sol a pequeña escala. Vengan, les mostraré dónde están los telescopios y dónde almacenamos los gases presurizados. Para eso sí necesitamos usar batas.

Saito volteó a ver ansiosamente a Patrick, quien también parecía abrumado. Por fin dijo:

—Sí podemos controlar esto. No necesitamos usar todo. Nuestra misión no es almacenar energía para venderla. Cuando el Sol tenga una de sus grandes explosiones haremos un experimento, primero con un objeto inerte y luego con los tardígrados que tengo en casa. Si no terminan siendo una mancha viscosa y, en cambio, desaparecen algunos, entonces, hay esperanza.

Capítulo XXIII. Gea

Al quedar en posición horizontal por el desmayo, y con la sangre de nuevo llegando a su cerebro, Veda había recobrado la conciencia; sin embargo, todavía tardó algunos segundos en reaccionar a la voz de Lucano que le decía de manera imperiosa.

—Vamos, Veda, ¡incorpórese! No puede perder la compostura así frente a los estudiantes. Voy a pedirle a su hijo que se la lleve a casa. Es mejor para todos.

La científica se apoyó en el brazo que su jefe le ofrecía y cruzó la mirada con el joven a cargo de los cuerpos, que parecía desconcertado.

—Lo bueno es que la señora está vestida —dijo espontáneamente— así como estaba de inconsciente me hubiera costado trabajo distinguirla entre las demás ofrendas... Estaba muy pálida.

—Regrese a su trabajo —ordenó Lucano— aquí no ha pasado nada.

Martín y el resto de los estudiantes estaban frente a las piscinas, todavía observando el intercambio de luces y el chapotear de las mokras alimentándose. Los murmullos habían cesado. Los jóvenes parecían más bien como hipnotizados.

Cuando Lucano llamó a Martín, Este corrió hacia Veda.

—Voy a pedirte que me ayudes y te lleves a tu mamá a casa. No te preocupes por la asistencia. Yo doy por buena tu visita.

—¿Qué te pasó, mamá?

Lucano intervino:

—Los peligros de no desayunar. En fin, nada grave. La espero mañana en la oficina, Veda. Vaya a su casa y almuerce algo —y volviéndose a Martín, añadió— ¿tienes dinero para pedir un transporte? No aconsejo que se vayan en el eólico.

Minutos después, la científica iba en la parte de atrás de una especie de taxi con turbina eléctrica. Apoyó su cabeza en el hombro de Martín y tomó una gran bocanada de aire. Se sentía como si los pulmones hubiesen estado comprimidos hasta que, por fin, cuando logró poner distancia, el aire entró en ellos.

Martín indicó el domicilio y encendió el botón de privacidad, con el que los pasajeros podían tener conversaciones sin que el chofer tuviera acceso a lo que decían.

—Yo sé por qué estás tan pálida, mamá.

Veda se incorporó para verlo a los ojos.

—Estás preocupada por mí. Piensas que lo que tengo será descubierto en cualquier momento y acabaré convertido en luces, como ese pobre tipo al que metieron a la piscina. Yo también me preocupé, pero está bien. Es lo normal cuando uno no está para rendir al cien en la sociedad.

La mujer reaccionó mostrando con su voz la indignación que sentía.

—Martín, ¡no digas eso! Simplemente tu empatía no es el cien sino el mil de lo que necesita esta sociedad. Y vas a estar bien. Ahora calla, que no me fio para nada de ese botón que apretaste.

Llegaron a casa y se hicieron un par de tazas de té floral. El perfume de la bebida entraba al cerebro como una palabra de consuelo. Por fin, Martín habló:

—Cada vez es más difícil conseguir el medicamento para el asma, lo sé y soy realista, mamá. Por eso dije lo que dije.

—Muchas veces el asma pasa después de la adolescencia, sólo es cuestión de que terminen de madurar tus pulmones; además, ni tu padre ni yo permitiríamos que alguien te llevara... ¡No puedo ni pensarlo!

—Supongo que por eso PUREZA tiene tantos detractores. Pero mi abuela...

—¡Qué con Sienna!

—La veo cada vez más cerca de saber que algo está mal conmigo.

—Pues ya no permitiré que te vea. Ni siquiera toleraré que entre a esta casa.

—Pero ¿y tu trabajo?

—Estoy investigando algo importante, Grillo. Pero no será para siempre. Hallaré una solución. Eso que vimos fue en verdad terrible y no debería de ocurrirle a nadie.

Martín sonrió y cambió de tema.

—¿Viste a la chica de pantalones como rojitos?

—¿Una muy acinturada y curvilínea?

—Sí. Me gusta. Se llama Gina.

—Pues espero que Gina no haya pensado que tienes una mamá que no rinde al cien en la sociedad.

—No. Ella no es así. A ella sí le podemos abrir las puertas de la casa.

Por respuesta, Veda tomó las manos del muchacho. Minutos después cada uno descansaba las emociones como mejor podía: Veda escribiendo y Martín leyendo sus libros de ciencia ficción.

Al día siguiente, el joven partió a la escuela, pero Veda no pudo presentarse al trabajo, le dolía el golpe que se había dado al desmayarse y, sobre todo, le dolía la preocupación que sentía por dentro.

Estaba en cama cuando oyó que tocaban a la puerta, pensó que algo habría olvidado Martín o que Samuel había vuelto de su viaje de trabajo, así que abrió sin desconfianza. Entró Sienna, quien le acercó la mejilla rozándola con un beso desabrido.

—¿Cómo que estás enferma?

—Hola, mamá. No, no estoy enferma. Nada más necesitaba un día para mí.

—Pues esa no es la impresión que das al faltar así al trabajo. Lucano me contó todo. No desayunaste y te caíste o algo así, porque has visto mokras alimentarse antes, ¿no? Según recuerdo...

—Sienna, por favor, no puedes llegar así a la casa. De hecho, te quería pedir que en adelante limites tus visitas que son, no sé, difíciles para mí y mi familia.

—¡Vaya con la ingrata! Pero como quieras. Ya sabes que yo respeto la vida privada porque me gusta tener la mía. Ahora bien, si estamos haciendo demandas yo también quiero pedirte algo. Eres mi hija y no está bien que parezcas tan débil. ¡Vístete porque vas a ir al trabajo conmigo! Tengo el automóvil afuera. Mientras más pronto regrese todo a la normalidad, mejor. Yo te recomendé para el trabajo y también mi reputación está de por medio.

Veda iba a protestar, pero decidió no agrandar las cosas. Era imperativo sacar a la señora de ahí lo antes posible, tal vez presentarse al trabajo sí era mejor para conservar las apariencias.

Los primeros minutos del trayecto viajaron en silencio, por fin la científica se atrevió a iniciar la conversación.

—Ayer los niños me hicieron una pregunta que no respondí a cabalidad. ¿Cómo es que PUREZA descubrió a las mokras?

—¿De veras te preguntaron eso?

—Sí. ¿Es cierto que no son originarias de este planeta? Es pregunta mía, no de los niños —Sienna calló un minuto—. Supongo que es un secreto a voces. ¿Quieres escuchar toda la historia? La verdad, no habladurías

—Claro.

—Bien. En efecto, las mokras llegaron a través de un portal. Como sabes, pueden vivir fuera del agua, pero no por mucho tiempo. El equipo de científicos a cargo tuvo que aprender eso pronto, y así fue que logramos salvar a muchas. Otras fallecieron frente a nosotros, que intentábamos de todo por recuperarlas. También aprendimos que pueden vivir sin alimento durante un tiempo, pero luego comienzan a deshidratarse, y los nutrientes que necesitan son muy específicos, raros, y al mismo tiempo abundantes en el cuerpo humano. Las investigamos con precaución y nada de lo que les dábamos parecía nutrirlas. Por fin analizamos sus desechos y su impacto en la eliminación de microplásticos e hidrocarburos. Finalmente logramos entrar en su frecuencia telepática. ¡Qué maravilla fue eso! ¡Mira! Se me pone la piel de gallina de acordarme de ese día.

—Espera un poco. ¿Dijiste un portal?

—Sí, un discreto portal. Nada de naves espaciales ni esas cosas que sólo ocurren en películas. Un portal que permitió el paso de un organismo benéfico para nuestro planeta. Y mientras más las conocimos más admirados quedamos de su enseñanza.

—¿Cuál enseñanza?

—Aprendimos lo importante que es que todo esté en equilibrio, de la necesidad de que existiera un depredador para el ser humano, esa especie que de todo se aprovecha.

Veda iba a reaccionar y se contuvo. En cambio, se atrevió a preguntar:

—¿Y qué pasó con ese portal? ¿Se cerró? ¿Desapareció?

—¡No! ¡Qué tontería! Ese portal existe. PUREZA se construyó entre otras cosas para protegerlo.

—¿Tú lo has visto?

—Sí, claro, pero no deberías preguntar tanto acerca de eso, que es uno de los secretos más resguardados que tenemos. Si te lo conté es porque quiero que te sientas orgullosa de lo hacemos, ¡de mí, tu madre! Y que por fin comprendas la gran misión que tenemos para salvar Gea.

—Fue una conversación muy interesante, mamá. Me siento... motivada.

—Qué bueno porque ya llegamos y hay varios detractores en la puerta. Será mejor que te bajes aquí y accedas al edificio por la entradita que te mostraron los guardias aquella vez.

—Perfecto.

—Y acuérdate. Los quejumbrosos no deberían ser parte de este mundo. No están las cosas para desperdiciar recursos en gente que no puede cumplir con su trabajo.

Veda cerró la puerta antes de escuchar más a Sienna y se despidió desde afuera con la mano. Tenía que encontrar ese portal a como diera lugar.

Capítulo XXIV. Tierra

Los tres científicos y Samuel llevaban una semana trabajando en el gran laboratorio de Acuity sin haber logrado algún progreso, el más desesperado parecía ser Peter Doyle; después de mucho rogar, había convencido a Saito de la necesidad de acompañarlos al laboratorio no sólo para poderlos apoyar como hombre de ciencia, sino también para que el proyecto de rescate fluyera sin contratiempos.

Además, aunque al principio parecía el enemigo que cuidaba su propiedad, poco a poco comenzó a entusiasmarse. Teletransportar a una persona era el sueño de cualquier físico, y tener a Doyle interesado en el tema había conseguido que el ambiente se aligerara. Por eso, a pesar de la mirada dura de Samuel y de su pistola taser, dejaron de volar los bofetones y las amenazas. Todos parecían sumergidos a fondo en el proyecto.

Ese día, sin embargo, los cuatro hombres estaban en extremo preocupados: unos ingenieros de Acuity, enviados por los directivos, estarían de visita para tomar nota y valorar lo que estaba retrasando la inauguración de la planta.

—En cuanto estos técnicos vean que el colisionador de partículas funciona perfectamente, nuestra misión de rescate se verá en grandes problemas —expresó Saito—. Así

como está ahora, puede captar los rayos gama del Sol y generar electricidad.

—Lo más importante es evitar un interrogatorio — agregó Doyle.

En realidad, lo que no había logrado Saito era calibrar el reactor para obtener suficiente materia oscura que revelara el enigma de la desaparición de neutrinos, algo que Veda había logrado antes de que explotara el laboratorio.

—Veda está tal vez en ese espacio a donde se fueron los neutrinos faltantes, pero no logro ajustar la radiación solar.

Patrick, que estaba frente a la computadora tratando de dar con la receta secreta de Veda, tuvo de pronto una epifanía.

—¿Qué números te arroja el tokamak?

Saito imprimió una serie de fórmulas y datos que mostraban su progreso. Estaba por darle esa información a Patrick cuando llegó el equipo de Acuity. Se trataba de una mujer de alrededor de cuarenta años y de un hombre que ya estaría por los sesenta.

Peter Doyle se acercó solícito a darles la bienvenida.

—Mi querida ingeniera Azucena, ¿cómo le va? —y sin esperar la respuesta— Ingeniero Machado, es un gusto recibirlos.

Luego presentó a Saito y a Patrick con todas sus credenciales, ignorando notablemente a Samuel, que se presentó a sí mismo como el arquitecto encargado de las adaptaciones necesarias para la comodidad del edificio.

La mujer se dirigió a Patrick con un gesto que no pasó inadvertido por la coquetería con la que habló.

—Me gustaría saber los procedimientos que están siguiendo. Debo llenar un reporte a la brevedad.

Saito empujó a Patrick como si fuera un adolescente al que hay que animar para hablar con una muchacha.

Entonces Patrick la invitó a conocer las instalaciones y se apartó del grupo llevándola al hexágono, el lugar más interesante del laboratorio. Ahí se dispuso a contarle todo lo referente a la captación de partículas solares, lo que ellos hacían con la radiación electromagnética y el lugar en donde se reproducía algo parecido a la fusión nuclear emitida por la superficie solar.

A ojos de Saito, Patrick se comportaba como un galán de calendario, pero la estrategia distractora parecía estar funcionando porque la ingeniera hacía como que apuntaba cosas en su *notepad* mientras repetía la información:

—Claro, el sol emite energía en forma de radiación de onda corta.

—Precisamente, y después de pasar por la atmósfera, sufre un proceso de debilitamiento por la reflexión en las nubes, así como de absorción debido a gases como el ozono y el vapor de agua. Ahora mismo le muestro nuestros grandes sistemas de enfriamiento...

Poco a poco, Azucena parecía interesarse menos en el laboratorio y más en la voz y el rostro de quien le hablaba. Saito la vio enrojecer un par de veces con las malas bromas de Patrick, jugarle un poco con su cabello y quitarle al “Barbas de Chivo” algunas motas imaginarias del suéter que llevaba bajo la bata entreabierta. El volumen de la conversación fue bajando poco a poco y en algún momento la pareja sacó los celulares para intercambiar números.

“Qué bueno que la lleva al sistema de enfriamiento”, pensó Saito, que dirigió su atención al otro visitante.

El ingeniero Machado escuchaba atento las quejas de Samuel, que se dedicó a convencerlo de la necesidad de hacer las cosas correctamente, como poner un elevador dig-

no, que no fuera el de carga, y un espacio para hacer toda esa tecnología lo más sustentable posible, aprovechando la distribución de los aparatos, las ventanas y hasta las áreas verdes para el personal a cargo.

—Pues me encanta la idea del elevador porque el menisco de esta rodilla —dijo Machado tocándose la pierna derecha— se me desvía de vez en cuando. Una lesión muy vieja de cuando jugaba rugby.

Cuando terminó la visita, Saito intervino haciendo promesas de seguridad y eficiencia, mientras que Doyle les entregaba una carpeta con información y números que habían sido ya aprobados, pero que tenían un formato oficial que encantó a los técnicos.

Cuando se quedaron solos, Doyle explotó.

—¡No podemos tardarnos más! Esto que hicimos apenas conseguirá una semana.

—No se preocupe, Patrick va por buen camino de conseguirnos quince días, si todo depende de la ingeniera —dijo Saito.

Patrick soltó una carcajada:

—Pues están de suerte los dos. Como le expliqué a la ingeniera, la radiación solar sufre un proceso de debilitamiento al entrar en la atmósfera. Creo que ése es el factor que el chaparrito no está tomando en cuenta. Necesitamos analizar la composición de los gases de esta zona para incorporarlos a nuestros números y compensar esa energía. ¿Me siguen? Necesitamos un gran acontecimiento —Patrick hizo una pausa como para dar un efecto dramático—, ese gran suceso solar, mis estimados, será dentro de unos días.

Samuel se impacientó.

—Ya di qué va a pasar, “Barbas”.

—Estamos a la mitad de un ciclo de tormentas solares y viene una grande. Las eyecciones de masa coronal alcan-

zarán nuestra magnetosfera y podremos aprovechar los neutrinos del Sol si usted, arquitecto motorizado, nos hace un cono de captación.

Saito se quedó observando los números de la hoja impresa que no había alcanzado a entregar a Patrick. Al darse cuenta de esta obviedad enrojeció, pero aceptó que al final de cuentas eran un equipo.

—Doyle, ¿puedes hacer esas matemáticas para entonces?

—¿Las de considerar los gases? Sí, me pongo a eso.

—Pues señores, tenemos tres días para detectar la materia oscura. Si eso funciona, lo que sigue es seguir las coordenadas que Veda utilizó e implementar alguna forma de comunicación.

—Esto es una locura, sentenció Doyle. Pero ¿qué me queda?

—Pues pagar por los materiales para la construcción del cono, por ejemplo —dijo Samuel con sorna—. ¿A poco crees que te tenemos aquí porque sabes sumar y restar?

Los dos días que siguieron fueron de gran expectativa, de trabajo minucioso y de aprehensión, porque el cono tenía que ser de aluminio anodizado que Samuel, por sus contactos, consiguió a tiempo.

—Saito, necesito que me expliques todo con peras y manzanas. Ya me cansé de ser el más ignorante en este tema.

—Cada siete años el Sol muestra manchas de diversa magnitud, y estas manchas producen lo que se llama viento solar. Ese viento contiene, sobre todo, electrones y protones expulsados de la atmósfera superior, pero también escapan otras cosas: materia oscura y neutrinos. El cono nos ayudará a potenciar lo que llegue directo al dispositivo de confinamiento magnético y fusión termonuclear.

—El tokamak...

—Sí. Lo que sigue es abrir un portal de materia oscura en cualquier superficie espejo y esperar que algunos neutrinos desaparezcan.

—¿Y tenemos la pistola o lo que se necesite para eso?

—Sí. Este laboratorio está pensado para funcionar como un canal directo de iones, por ahí mandaremos las micropartículas. Solo espero que Veda esté viva y atenta al paquete que le va a llegar.

—¿A qué te refieres?

—Pensaba enviar el rubí estrella, pero no podemos desperdiciar el tiempo... Le enviaremos directamente los tardígrados.

Capítulo XXV. Gea

“Toda la masa conocida está compuesta de fermiones”,⁵ pensaba Veda mientras realizaba una extensa búsqueda en la computadora para determinar si era posible replicar en Gea su experimento con rayos solares.

Fiel a su costumbre, comenzó por anotar sus ideas. Si Enrico Fermi hubiera existido en el universo en el que ahora se encontraba, habría desarrollado el primer reactor nuclear y en su trabajo se manejarían conceptos básicos como los fermiones y los bosones. Incluso habría uno de esos dispositivos de ondas gravitacionales para detectar materia oscura; sin embargo, en Gea no había existido la segunda Guerra Mundial ni la bomba atómica y, por lo tanto, tal vez ni siquiera un Enrico Fermi que le diera nombre a esas partículas, que son tan interesantes que se cree que permanecen atrapadas en una quinta dimensión.

Veda sonrió para sí misma, ahora sabía que esa quinta dimensión era en verdad el universo espejo en el que ahora se encontraba. “Si la materia responde al principio de exclusión de Pauli, según el cual dos fermiones idénticos no pueden ocupar simultáneamente el mismo estado cuán-

5 El electrón, el protón y el neutrón también son fermiones, y forman la materia tal como la conocemos.

tico, entonces era claro que su llegada había desplazado a la mamá de Martín para que ella ocupara su espacio”.

La científica trató de mitigar su preocupación mirando hacia la ventana. Había tenido mucha suerte de pasar intacta a este universo. Tal vez la otra Veda no había corrido la misma suerte. ¿Repetiría la experiencia?

Por un instante y debido al accidente, su persona había sido un espín de partículas atravesando la geometría del cosmos para luego reagruparse en la que era ahora.

En eso estaba cuando recibió una llamada por el conmutador. Era Saito que se reportaba con ella.

—Querido amigo, ¿puedes subir ahora? Necesitamos hablar.

Unos minutos después, ambos hablaban en la terraza, donde no había cámaras ni personas que los interrumpieran al pasar.

Veda le contó a Saito su conversación con Sienna, que confirmaba que las mokras habían llegado a través de un portal.

—Es un hecho: PUREZA resguarda ese portal. ¿Tienes idea de dónde podría estar?

—Te voy a decir lo mismo que reporté a la resistencia. El único lugar particularmente extraño de este complejo de edificios es un laboratorio subterráneo ¿Recuerdas el edificio donde nos conocimos? Esa especie de capilla donde los visitantes van a ver la proyección sobre la vida y la muerte. En ese edificio hay un sótano que resguarda un laboratorio.

Veda no pudo evitar mirarlo con extrañeza y el hombre continuó.

—En ese laboratorio existe una especie de alberca. Por años nadie ha entrado ahí. Yo tampoco voy a limpiar a menudo, pero de vez en cuando me aseguro de que no haya polvo. Ese puede ser el portal.

—Gracias, Saito. ¿Crees que a ese sótano llegan las mokras?

—No lo sé. Ellas necesitan el agua, yo no estaba ahí cuando llegaron hace varias décadas, pero puede ser.

—Necesito ir a cerciorarme. ¿Qué vigilancia hay?

—Un guardia armado. Se puede aprovechar el cambio de turno. A las ocho en punto de la noche se juntan todos los guardias que entran y salen de ese edificio en una salita que está junto a la entrada principal. Durante unos quince o veinte minutos se quedan ahí discutiendo la actividad que hubo durante el día, y organizan cualquier encargo para la noche. En realidad, bromean o conversan de sus cosas. Como hace años que no pasa nada en esa área, no les importa que no haya nadie durante un rato. Tu credencial te da acceso al edificio y yo estaré al final de las escaleras. Si necesitas quedarte un rato ahí, puedo pedirle al guardia que me ayude a cargar una de las cubetas de desinfectante que uso. Pesan como veinte kilos y no me es difícil convencerlo de que me lastimé la espalda; de hecho, ese guardia no creo que nos dé problemas, trabaja a veces con otro guardia que es muy amigo mío, por cierto, de la resistencia. Pero de cualquier manera seamos cuidadosos.

Así quedaron. La expectativa de lo que iba a encontrar fue creciendo en Veda de tal manera que cuando llegó la hora acordada, la científica se dio cuenta de que había apretado tanto las mandíbulas que le dolía mucho la cabeza.

A las ocho en punto, la mujer deslizaba la credencial pidiendo amparo a los seres celestiales en los que no creía. Todo debía estar organizado a la perfección para que el guardia estuviera en su junta y no escuchara abrirse la puerta. Si era descubierta, llevaba varios pretextos a la mano, entre ellos, ponerse brava y decirles que tenía derecho a entrar al edificio.

Al bajar se encontró con Saito y juntos accedieron al subterráneo. Frente a las escaleras había una puerta con el nombre del laboratorio: Dante. Veda recordó haber leído esas siglas en otra parte. ¿Dónde las había leído? Un chispazo de memoria la llevó a los libros de Sienna. Significaban: Desplazamiento por Aceleración Nuclear Tiempo-Espacio. En seguida pensó con ironía que no era extraño que las mokras llegaran de un universo dantesco o infernal.

Entraron y, al prender la luz, Veda vio que el espacio parecía una cisterna vacía, con paredes pintadas para tolerar la humedad y un desnivel apropiado para la llegada de seres acuáticos como las mokras. Al centro había un pequeño charco de no más de diez centímetros de diámetro.

Saito se acercó al derrame de agua.

—Esto no es común. No veo de dónde pudo haber entrado el agua.

Veda comenzó a tocar las paredes hasta que encontró una que estaba tibia, como si un rayo del sol la hubiera calentado.

—Este es el portal que buscamos —dijo palpando la pared—. El agua escurrió por aquí. ¡Mira, la superficie está tibia y húmeda!

—Qué bueno que vinimos. De lo contrario se hubiera secado.

—¿Tienes algún contenedor limpio? Quisiera analizarla.

—En mi carrito de limpieza hay un frasco de vidrio donde a veces hago mi propia solución clorada. Voy por él, o mejor, ven conmigo, así lo tomas y yo me quedo arriba atento al cambio de guardia.

Pasaron varios minutos sin ningún contratiempo, en los que Veda recogió su muestra. Finalmente Veda y Saito salieron del edificio.

—Gracias por todo, querido amigo. Necesito quedarme a analizar el agua, pero siempre hay científicos que se desvelan trabajando en su proyecto, así que no creo que despierte ninguna sospecha el que salga tarde de PUREZA. Te veo mañana.

Por respuesta, Saito la miró con una ternura inusual a la que ella respondió con una sonrisa. Luego entró a su laboratorio.

En una de las mesas de investigación había un amsCope digital que era bastante potente y fácil de usar. Cuando afinó los lentes del microscopio encontró algo que hizo que su respiración se detuviera por un instante. En lugar de los seres alienígenas que esperaba, algo así como mokras microscópicas, lo que vio fue uno de esos familiares tardígrados que abundaban en su planeta.

La primera pregunta que se hizo fue si en Gea había tardígrados, así que recogió la muestra, limpió bien el área y fue hacia su cubículo donde pasó un par de horas consultando la red y los libros que tenía a la mano para tratar de averiguar qué tipo de panartrópodos existían en Gea. El tiempo se le fue sin haber encontrado algún indicio de los ositos de agua. En eso estaba cuando su teléfono móvil sonó. La mujer no estaba acostumbrada a usar ese aparato, tan pesado y hecho para durar como todo, así que la llamada se perdió. Al ver la pantalla se dio cuenta de lo tarde que era. Había trabajado con frenesí; sin embargo, estaba satisfecha por su búsqueda. Nada indicaba que en Gea hubiera tardígrados. ¿Vendrían de la tierra o del mismo universo que las mokras? La científica rechazó lo último. Si los tardígrados hubieran entrado con las mokras en el agua, serían conocidos de alguna manera.

Una segunda pregunta surgió enseguida. ¿Por qué se abrió el portal en ese momento? De acuerdo con Saito no

se había presentado actividad en ese subterráneo por años. Pensó en la pared tibia, sin duda el resultado de una fuente de calor, y recordó haber sentido ese calor al llegar ella misma a Gea. Su accidente había coincidido con una época de gran actividad solar. ¿Acaso el sol que permitió su teletransportación había enviado algo a través del portal? “Después de todo, el accidente pudo ser por el exceso de neutrinos de la materia oscura”, pensó, al recordar que durante todo ese año una gran mancha alteraría el flujo electromagnético.

La tercera pregunta no tardó en llegarle. ¿Estaría algún científico replicando desde la Tierra su experimento? ¿Y por qué tardígrados? ¿Podría ser que alguien esperaba probar la posible teletransportación? ¿Estaba el Saito de su planeta abriendo la posibilidad de su regreso?

Sonó el teléfono otra vez. Samuel la urgía para que llegara a casa. Martín había tenido una mala jornada en la escuela y la necesitaban en ese momento.

Veda cerró el laboratorio, tomó la muestra y salió de PUREZA rumbo al eólico. Iba cantando en su cabeza *Ground Control to Major Tom* de David Bowie.

Ya en el transporte, tal vez por el cansancio, por la acumulación de emociones o por el hecho de estar sola, dio rienda suelta al llanto. La canción la había hecho sentir una leve esperanza de enlace con su planeta.

This is Major Tom to ground control / I've left forevermore / And I'm floating in most peculiar way / And the stars look very different today / For here am I sitting in a tin can / Far above the world / The planet Earth is blue and there's nothing left to do...

Necesitaba estar entera para lo que su aventura le pusiera enfrente.

Abrió la puerta de su casa. En el pequeño recibidor que daba a la sala vio a Samuel y su rostro le transmitió la gravedad de la situación.

—¿Qué hacías en PUREZA? ¿Por qué tardaste tanto? — la voz del hombre temblaba.

—Vine en cuanto pude. Dijiste en el teléfono que había pasado algo con Martín. ¿Qué tiene?

Una mujer que estaba sentada en el sofá se puso en pie y caminó hacia ellos. Veda la miró intrigada hasta que de pronto recordó que era la mujer de la escuela que había dicho ser su amiga. ¿Lidia?

—Traje en cuanto pude el nuevo inhalador. Martín está bien. Está descansando en su cuarto.

Samuel intervino:

—El niño tuvo un fuerte ataque de asma en la escuela. Tan fuerte que tuvo que sacar el inhalador ahí mismo, frente a su *locker*. La enfermera lo vio y se lo quitó, le dijo que estaba usando una sustancia ilegal y me llamó para que lo recogiera.

—Si hubiera sido otra la enfermera —añadió Lidia— no estaría tan preocupada, pero fue Zynthia. Creemos que ya dio aviso a la oficina de Salud.

—¿A qué hora pasó esto.

—Como a las 7:00, después de su práctica con la banda. Al parecer la enfermera ni siquiera intentó contactarnos. Y, ¿sabes qué es lo que más me enoja? —la voz del hombre volvió a temblar— ¡Grillo no estaba usando su inhalador!, y ¿por qué? Porque su mamá estaba demasiado ocupada con su nuevo trabajo, y el niño, que la vio tan distraída, no tuvo oportunidad de decirle que le quedaba muy poco medicamento. ¡Tú dijiste que te encargarías!

—Perdón —intervino Lidia—, yo asumí que como no me llamaban era buena señal, que estaban espaciándose

las crisis, de modo que también fue culpa mía el no cerciorarme. En fin, tal vez no es momento de discutir esto. Lo importante es que ya pasaron varias horas de que el niño dejó la escuela y ya no están seguros en esta casa.

—Pero... ¡él necesita descansar! —dijo Samuel.

—Yo creo que ya descansó un poco. Hay que salir de aquí antes de que llegue el Departamento de Salud por él.

—¿A dónde iremos? —el hombre volvió a poner el rostro tenso, como quien está a punto de una parálisis facial—. Con mis papás no se puede. Es el primer lugar en el que nos buscarían, y con Sienna... —Samuel soltó una carcajada de loco.

—Creo que sé dónde podemos refugiarnos mientras organizamos alguna estrategia —dijo Veda con la frialdad científica que a veces la caracterizaba—, tengo un amigo en la resistencia.

La palabra resistencia no pareció causar la sorpresa que Veda esperaba.

—Pues despierten a Martín y hagan una maleta. Necesitamos salir en seguida. Yo los llevo. Ya no pueden usar su vehículo —dijo Lidia.

Veda corrió a ver a Martín. La culpa estaba instalada en ella, pero no por no haber estado al pendiente del niño, sino por el engaño en el que tenía a esa familia. Martín estaba cansado, pero no dormido. En cuanto la vio le regaló una sonrisa.

—Ya sabíamos que esto iba a pasar, má, pero ya lo pensé y voy a estar inconsciente cuando me convierta en luces.

Veda se estremeció. Defendería a ese niño a como diera lugar.

—No digas eso —dijo acariciándole el cabello.

—No voy a volver a ver a Gina, ¿verdad?

—No te angusties con esas cosas. Voy a hablarle a un amigo y todo estará bien.

Veda tenía el teléfono de Saito, pero nunca le había llamado y menos por la noche. Mientras marcaba, su respiración era el indicador de que también ella estaba por entrar en un ataque de pánico.

Saito respondió y pidió hablar con Lidia para darle las indicaciones de cómo llegar a su casa. Una hora después, él mismo los recibía.

Veda, que nunca había pensado en el valor de la amistad, agradeció al universo haber generado amigos como los que ahora la ayudaban a ganar tiempo para salvar a Martín.

Capítulo XXVI. Tierra

En el planeta Tierra no faltaban los tropezones emocionales.

De entrada, Saito estaba preocupado por Samuel. Tras haber construido para ellos el cono de captación, su amigo había dejado de presentarse en el laboratorio. No contestaba llamadas ni estaba atento a los progresos que los científicos habían logrado. Y el último experimento, el de haber hecho pasar a los tardígrados, merecía francamente una celebración.

Como Doyle seguía viviendo con Samuel, Saito se ofreció a llevarlo:

—Necesito hablar con él para subirlo de nuevo al barco.

—Ni siquiera yo lo he visto. Claro, no es que lo extrañe, ¿verdad? —dijo en el camino Doyle— pero está vivo si es lo que te preocupa. La señora que lo cuida ha seguido su rutina normalmente.

Por fin Saito y Doyle llegaron a la residencia del arquitecto.

—Te dejo solo —aclaró Doyle dirigiéndose directamente a la cocina—, hoy ha sido un buen día y este señor amargoso no me va a quitar el gusto por lo que logramos en el laboratorio.

Saito asintió y fue a tocar la puerta del estudio donde Samuel solía pasar la mayor parte del tiempo. Lo encontró, cerveza en mano, viendo un encuentro de artes marciales mixtas. Samuel lo saludó extendiéndole una de las botellas que tenía formadas en la mesa y lo invitó a sentarse con él. El japonés aceptó. Durante unos minutos quedó atento a lo que pasaba en la pelea. La mexicana le estaba dando con todo a la brasileña.

—Cualquiera de estas dos te mandaría al hospital, mi estimado.

Saito rio.

Unos minutos después la pelea había terminado. Las mujeres se abrazaron como profesionales que eran.

—Pasó algo muy bueno en el laboratorio. Necesitaba venir a contártelo —Saito dejó la cerveza como para indicarle a Samuel que su recreo había terminado.

—Bien por ti. Seguro que te sale un buen artículo de todo esto.

—Sabes que no es por eso... En fin. Hicimos un recuento de los tardígrados y la mitad de ellos desaparecieron. También bajó el volumen del agua. Creo que por fin abrimos el portal.

Samuel lo miró incrédulo.

—¡Vaya con el mago! Después de una cuantiosa inversión hiciste desaparecer la mitad de unos bichitos... ¿Y qué parte de mi esposa me vas a aparecer? ¿La mitad de arriba o la de abajo?

—No es así como funciona.

—Pues no acabo de comprender. ¿Sabes qué leí del universo paralelo? Que ahí el tiempo corre al revés, o sea que en este momento Veda debe de estar corriendo de los dinosaurios.

—Esa es una teoría...

—Lo que quiero decir es que encontrar su universo y encontrarla a ella es tan inútil como querer atrapar un pez concreto en el océano Pacífico.

—Esa forma de pensar no ayuda.

—Claro. Entonces ¿qué tal esto? Felicidades por haberte deshecho de la mitad de tus ositos de agua.

Saito se levantó como si fuera a irse, pero en cambio llegó al escritorio y tomó una hoja de papel. Con una pluma dibujó dos conos unidos en un punto.

—Estoy de acuerdo en que la naturaleza del espacio-tiempo es incierta, y muy probablemente ni siquiera hubo un solo *Big Bang*, pero mira este dibujo: en 1957 Chien-Shiung Wu, una científica china de la Universidad de Columbia publicó algo muy interesante que debió haberle ganado el premio Nobel. Pero claro, mujer y china, no se lo dieron. Según ella cada mundo tiene un cono paralelo que se aleja de un punto inicial, igual que nosotros, pero en dirección opuesta; en ese sentido, naturalmente, el tiempo parecería ir al revés, y lo sería para nosotros, pero no para ese mundo paralelo. Sin embargo, en este dibujo no hay comunicación entre uno y otro cono, ¿cierto?

Samuel asintió con un movimiento de la mano le pidió que continuara.

Saito pintó una cruz en el centro de la parte más ancha de los conos. Ahora, mira, si los doblo, qué es lo que estamos haciendo, puedo establecer la comunicación. Puedo hacer que coincidan las dos cruces. Los tardígrados fueron de aquí a acá, porque estamos controlando el doblés del papel. No nos estamos aventando al vacío. Para eso son los cálculos que hemos hecho, para eso estamos contabilizando la materia oscura con el tokamak, y para eso es que estamos aprovechando el ciclo de tormentas solares. Si la naturaleza es imperfectamente simétrica, al menos debe-

ríamos poder entrar en contacto con el otro punto, que es único para nuestro universo.

—¿Quieres decir que estamos pescando en el lugar correcto?

—Quiero decir que nuestra prioridad es lograr que nos abran la puerta del otro lado. Es un tema de comunicación. Si quieres seguir con tu metáfora, estamos pescando en un lago congelado y ya abrimos una grieta, pero si alguien de debajo de ese lago golpea también en el punto debilitado, se abre la puerta y pasa la foca completa.

Samuel se llevó las manos a la cabeza, como si eso le ayudara a estirar su capacidad para creer.

—¿Qué necesitan de mí?

—Necesitamos más de ese aluminio anodizado, y grabar en una pequeña placa de ese material las coordenadas espacio-temporales para que alguien acuda a la cita en la pequeña grieta que abrimos.

—¿Y si nadie la ve?

—Pues está decidido: si nadie responde, Patrick y yo jugaremos a las cartas y el que gane —Saito rio por su elección de palabras— pues va por ella y te la trae.

—A mí nadie me trae a la foca. Yo voy por ella. Escribeme aquí qué tamaño debe tener tu plaquita, lo que necesitas que grave, y si quieres que le ponga también a la virgen del otro lado.

—Las coordenadas espacio-temporales estarían de acuerdo con la observación solar y son...

Samuel lo interrumpió:

—Ahórrame la jerga *trekie*.

Saito escribió entonces una serie de números que correspondían a la siguiente explosión solar.

—Estoy poniendo la fecha de nuestro siguiente envío. Agreguemos nuestros nombres al final.

—¡Nooo! ¿Solo nuestros nombres? ¿A poco vas a dejar fuera al “Barbas de Chivo” y a Doyle?

Por toda respuesta Saito tomó su cerveza y la chocó con la de Samuel:

—Si alcanza el espacio, mejor que le graben una virgen.

Los siguientes días fueron de gran actividad y de intensa observación solar. Como casi no pasaba tiempo en su casa, Saito se llevó su langosta con todo y acuario para poderla cuidar. Por una vez sentía el sabor del liderazgo. No sólo había subido al barco a tres hombres antagonistas, sino también había creado una atmósfera de relativa cordialidad y cooperación.

Por fin, una mañana, las partículas solares aumentaron la intensidad del rayo que estaba dirigido hacia la pared por la que habían hecho pasar la mitad de agua y de tardígrados. Cuando la placa desapareció, dejando un hilo tenue de luz, los cuatro hombres la buscaron por todas partes, incrédulos de su logro.

Capítulo XXVII. Gea

Era media noche cuando Veda despertó y miró a su alrededor. La campanilla de aire le recordó que no estaba en su casa. Buscó con la mirada a Martín, su respiración era acompasada: había superado la crisis. Lidia era la verdadera heroína de ese día por llevarle el medicamento al niño. Todo había sucedido tan rápido que costaba trabajo recordar los detalles y pensar en soluciones. En eso escuchó un suspiro largo. Samuel también estaba despierto. Sus miradas se encontraron:

—Perdóname que te haya gritado.

—No, no te preocupes por eso. ¿Quieres que hablemos?

—Claro. No hace frío. Vi que hay un jardín en la azotea del edificio. Aquí me ahogo. Además, tengo muchas cosas que preguntarte.

En efecto, la azotea del edificio estaba convertida en un jardín. Había grandes macetones con flores y vegetales que atraían insectos polinizadores; al centro una fuente y un par de bancas y, en las esquinas, los comederos para las aves y algunas jardineras donde apenas estaban germinando las semillas.

Se sentaron de inmediato en una de las bancas, y sin realmente pensarlo, Veda se dejó abrazar por Samuel, que comenzó a sollozar.

Mientras lo dejaba desahogarse, mil pensamientos cruzaron la mente de la mujer. Había llegado el momento de sincerarse con él, decirle quién era ella en verdad y por qué no había contactado a Lidia para algo tan importante como la salud del niño. Lamentó tener que hacerlo en ese momento, pero ya no podía ocultarlo por más tiempo. Samuel, más calmado, se separó del abrazo. Hubo un momento de silencio y luego dijo con un tono de abatimiento:

—Sabíamos que esto podía ocurrir. De hecho, cuando tus papás fueron de visita a la casa, yo pensé que habría la oportunidad de ablandarlos y contarles de la enfermedad de “Grillo”.

—No —dijo Veda, tomándole la mano como para darse valor ella misma— esas personas no son mis papás.

—Bueno... Sienna se ha portado realmente como una enemiga.

—Por favor, escúchame un momento. Cuando digo que no son mis papás es porque no lo son —suspiró aceptando la locura de lo que iba a decir— Samuel, yo vengo de un planeta distinto. No soy de este universo. No soy tu esposa ni la madre de Martín.

Samuel apartó la mano y se movió hacia un punto más alejado de la banca.

—¿Sigues mal? ¿Por qué me estás diciendo esto?

—La verdad es que yo nunca perdí la memoria ni siquiera sé andar bien en bicicleta, pero te pido sólo diez minutos sin que me interrumpas porque hay mucho que debo decirte.

Entonces Veda comenzó a relatarle su versión de los hechos a partir de su accidente en el laboratorio. Habló de

universos paralelos, de la tabla de salvación que había visto en ellos, de su miedo y de su soledad.

Samuel no la interrumpió, pero con cada detalle que ella narraba, su mirada se volvía más dura. Por fin, Veda calló. Imaginaba que él le reprocharía el comportarse como su esposa, incluyendo lo del sexo, pero Samuel la sorprendió con otra pregunta:

—¿En dónde está mi mujer?

—No lo sé. Quiero creer que está en la Tierra. Yo ocupé su espacio y me materialicé completa porque estaba cerca del portal, pero no sé si la teletransportación funcionó para ella.

Samuel ocultó el rostro entre las manos y luego la miró como si estuviera muy cansado. Tenía la actitud de quien se da por vencido.

Veda no tenía tiempo de empatizar con esas emociones, así que siguió hablando:

—Necesito continuar lo que estoy haciendo en PUREZA, creo que alguien de mi planeta abrió el portal y me envió una pequeña esperanza... Entraron unos seres muy pequeños que no habitan en Gea. Mañana mismo debo ir al laboratorio.

—¿Cómo? ¿Nos quieres poner de nuevo en riesgo? — la voz sonó ahogada.

—Yo no te puse enfrente de ninguna mokra. Ellas y el asma ya existían antes de que yo llegara —Veda se mordió los labios. No quería ser dura con él.

Samuel guardó silencio. Ella continuó:

—Tenemos que salvar a un niño y es posible que tenga el medio para hacerlo. Voy a ir de noche o en la madrugada a PUREZA. Saito puede ayudarme. Necesito entrar al laboratorio Dante y seguir las fechas de las próximas explosiones solares. Si estoy en lo correcto, van a llegar más mensajes.

—No te entiendo. ¿De qué ayuda estás hablando?

—Si todo sale bien, creo que puedo llevarme a Martín a un lugar donde no lo sacrificarán por estar enfermo.

—¿El planeta en donde está su verdadera mamá?

Veda vio la débil chispa de esperanza en los ojos de Samuel. En seguida pensó: “¿Cómo podría estar viva si el principio de exclusión de Pauli dice que dos fermiones idénticos no pueden ocupar el mismo espacio cuántico?”. Luego forzando su respiración para verse firme volvió a mentir.

—Tal vez; sin embargo, no podemos irnos los tres. Pensemos primero en Martín. Su seguridad es lo que más importa.

—Te llevas al niño ¿y qué hago yo?

Veda empezaba a sentirse atacada. Para acabar dijo con determinación:

—El único que no corre tanto riesgo de pasar por el portal es Martín, pues como yo no tuve ningún hijo, él no tiene una contraparte; sin embargo, en el universo al que iremos sí hay otro Samuel. Me temo que, si pasas con nosotros, alguno de ustedes se eliminaría con la teletransportación.

—¿Tal como pasó con mi mujer? ¿Por qué vuelves a mentirme?

—No sé qué decirte. Yo estoy viviendo las cosas de este lado, pero no voy a poner en riesgo a nadie sin necesidad.

—Debe haber otra opción. Estás decidiendo todo, y ni siquiera...

Veda lo interrumpió con voz dolorosa:

—De acuerdo, no soy tu mujer, pero sí soy tu amiga. Mañana puedes preguntarle a Saito si hay alguna comunidad para ustedes en donde se puedan esconder, trabajar y vivir. Una alternativa real, concreta y mejor que la mía para Martín. De cualquier manera, yo haré lo necesario por irme de aquí.

—No la hay. No hay ninguna comunidad. Habría rumores de eso. Llévate a “Grillo” pues, pero por ahora no le digas quién eres. Veamos cómo funciona eso del portal y, si hay una oportunidad para él, prométeme que buscarás a su madre o que tú lo cuidarás... Nos debes eso.

Al día siguiente, Veda aprovechó la mañana para planear cómo entrar a PUREZA. Recordó que Saito le había hablado de un guardia en la resistencia, tal vez eso aseguraría su entrada en caso de que ya hubieran bloqueado su clave de acceso; además, iría por la madrugada, antes de que llegara el personal.

Por la tarde entró al correo de PUREZA para revisar sus notas sobre las explosiones solares. Estaba calculado que habría 13, pero no todas serían lo bastante grandes como para proporcionar la suficiente radiación. Necesitaba ir al laboratorio Dante y comprobar si el portal se había abierto durante la noche.

Saito se acercó para ver en qué la ayudaba y ella le comentó sus preocupaciones.

—Tienes suerte. No creo que tu credencial esté desactivada porque estos días son de descanso en PUREZA. De cualquier manera, personas como yo sí seguimos yendo porque nos los pagan doble. Si quieres ir por la noche busca a mi amigo. Se llama Salvador. Lo pondré al tanto.

—¿Cómo es Salvador?

—Tal vez lo has visto. Es alto, de origen hispano y le queda el nombre.

Veda comenzó esa tarde unas entradas en su diario para facilitar sus cálculos.

Día 1

PUREZA está vacío. Tal vez no han sido enterados de que estamos escondiéndonos del Departamento

de Salud. Encontré a Salvador y ha estado vigilando que nadie interrumpa mi trabajo.

La sincronía de los soles en ambos universos es apabullante. ¡Hoy pasó una placa hecha de un material resistente a la radiación! Contiene un mensaje de Samuel y de Saito. No puedo creer esta comunicación. Me imagino que ambos soles están activos. La placa contenía unas coordenadas y parece que el escape es posible.

Lo que seguía era responder al comunicado aprovechando la alta concentración de partículas. Las siguientes horas eran en extremo importantes. Veda pasó la noche en su cubículo. Al amanecer se puso en contacto con Saito.

—Buenos días, querido amigo. ¿Ya vienes? Necesito pedirte un nuevo favor. ¿Podrías traer alguna herramienta para grabar una placa metálica? Necesito responderle al planeta Tierra.

Capítulo XXVIII. Tierra

Eran prácticamente las once de la noche cuando Saito recibió la llamada de Nora Elaison. La voz de la mujer parecía haberse vuelto más nasal y aguda por el sentido de urgencia que la embargaba.

—Amigo. Qué bueno que te encuentro.

Las alarmas internas del científico pudieron más que su sueño. Sentía gran aprehensión y se limitó a decir:

—Te escucho.

Ella comenzó a narrar cosas sin importancia mezcladas con otras que tenían que ver con Acuity y los directivos que planeaban llegar por la mañana y agarrarlos por sorpresa para evidenciar que estaban postergando lo que Doyle había prometido: la energía solar teletransportada a diversas locaciones del país.

—Ya sabes que mi hermana está casada con uno de los subdirectores y me acaba de contar que están furiosos. Apenas me enteré, y eso por pura casualidad, pues hace días que no la llamaba porque estaba medio sentida con ella porque una amiga que tenemos en común la invitó a su boda y a mí no, ¿creerás a la majadera? Y pues salió el tema de la inauguración y de mi amistad contigo, y creo que hasta gusto le dio decirme que los iban a regañar.

—No te distraigas, Nora... ¿qué quieren los de Acuity? Ya fueron a visitarnos unos ingenieros y se aclaró todo.

—Sí, papacito, pero ya retrasaron mucho la inauguración y mañana temprano les van a caer directivos, abogados y contadores. Va toda la caballería para ver qué es lo que están haciendo. Y pues, ¿qué están haciendo? Como no me has dicho yo, ya sabes, súper callada, no le dije a mi hermana nada de los tardígrados, porque, pues... tampoco a mí me has contado que les pasó a los pobrecitos, pero no los electrocutarías, ¿verdad?

—No cómo crees. Nos ayudaron mucho, pero están bien.

—¡Ah!, qué bueno, así que ¿cuándo nos vemos para que me cuentes?

—Prontito, Nora, te lo juro, pero ahorita déjame que cuelgue porque esto que me cuentas es muy importante.

—Bueno, me hablas.

—Sí, sí, lo prometo.

Apenas colgó, Saito le marcó a su amigo para enterarlo.

—¡Caray!, más contratiempos —dijo Samuel—¿Nos podemos ver en mi casa? Convoca al “Barbas de Chivo” y aquí Doyle y yo los esperamos. Ahora mismo le echo un balde de agua para que despierte.

Era alrededor de la media noche y los cuatro hombres estaban en la salita de Samuel. Saito notó el agotamiento general. Por fin Doyle dijo:

—Estas personas no se van a conformar con que les hablemos bonito. Una cosa es desviar lo de ellos por avanzar en nuestro proyecto, pero creo que ya tenemos que ofrecerles resultados.

—Mi esposa no es un proyecto, ¡cabrón! Está atorada en quién sabe qué pinche mundo por tu culpa —gritó Samuel.

—No hay tiempo para pelear.

—Les tenemos que hacer un circo —dijo Patrick—. No nos van a dejar hasta que algo se queme en sus narices.

La cara de pregunta de Saito lo invitó a seguir hablando.

—De joven, y, gracias al aspecto físico que tengo, estuve en el teatro.

Samuel soltó una carcajada que contagió a Saito y a Doyle.

—Bueno, sí tiene gracia... En fin. Lo que quiero decir es que podemos hacerles una falsa demostración. ¿No querían dejarnos más tiempo si algo sale mal? Por ejemplo, ¿qué se enteren de la poca viabilidad de su proyecto por una pequeña explosión?

—Los abogados nunca aconsejarían la apertura si hay alguna posibilidad de accidente —secundó Doyle.

—Y podríamos achacarlo a la sobrecarga de neutrinos por el viento solar —dijo Saito.

—Podríamos echar a andar el generador de energía, haciendo hincapié en que no hemos terminado de instalar el regulador para que la corriente atómica sea teletransportada. Y entonces.

—Entonces entro yo —interrumpió Samuel—. El que siempre les consigue las cosas difíciles y les da unos explosivos de los que se usan en demolición.

—¿Puedes?

Tendría que ir esta noche a la obra que estoy haciendo. Le voy a hablar al vigilante para que me tenga la caja lista.

—¿Qué hacemos si se abre el portal? —Patrick se mostraba preocupado.

—La idea era que hoy pasáramos algo vivo. Algo mayor que los tardígrados.

—Hagamos pasar al abogado.

—Esto es serio.

—¿Sí trajeron un ratón?

—Sí —respondió Patrick— es una ratita blanca, pero me empecé a encariñar con ella.

—No es que se vaya a morir, ¿okay?

—De acuerdo. Si los de Acuity llegan temprano podremos hacer el experimento con el ratón en cuanto se vayan... a la hora calculada.

—Debemos lucir bien y descansados. Sugiero que cada quien se vaya a su casa. Todos excepto Doyle, que ya me debe un mes de renta —dijo Samuel.

—¿Renta? ¿No estaba secuestrado?

—Te tengo en la casa para que cuando llegue Veda te dé una patada en los huevos.

Saito fue el primero en llegar a la planta eléctrica. Estaba nervioso, pero no tanto por la visita de los directivos de Acuity, como porque estaba seguro de que ese día se abriría el portal. ¿Podrían pasar a un ser vivo? Se dio cuenta de que necesitaba regular su respiración. Su prioridad siempre había sido rescatar a Veda. ¿Qué pasaría si el ratón se chamuscaba? Después de todo, la ventana electromagnética que se abriría era muy pequeña. Si el animalito no pasaba, no podría seguir con el proyecto. Era demasiado riesgo.

Eso estaba pensando cuando fueron llegando Patrick, Doyle y Samuel con el explosivo. Apenas daba tiempo de calibrarlo todo.

Entre los cuatro se apresuraron a armar el espectáculo. Corrieron una y otra vez de un aparato a otro y acababan de sentarse a recuperar el aliento cuando llegó la comitiva de Acuity. Doyle se secó el sudor y salió a recibirlos. Saito fue detrás de él.

Tal como lo esperaban se presentó el director, Jeremy Snitman, el vicepresidente financiero Roberts y el abogado

general, un tal Jason Lichtenstein, acompañados por varios individuos con cara de aburrimiento y corbatas de mal gusto.

El director comenzó a hablar en todo enfático.

—Como se puede imaginar, doctor Doyle, esta no es una visita social. Queremos que nos informe de inmediato qué está pasando y por qué no se ha echado a andar el proceso de teletransportación. Esto lleva ya dos semanas de atraso y eso es dinero que se está perdiendo. La junta de inversionistas está muy molesta y para ser franco, nos ha puesto nerviosos a todos con su pequeño *staff*. Si necesitaba más gente nos lo hubiera dicho.

—Los contratos se hacen para cumplirse, doctor Doyle. Y si no, hay consecuencias —añadió el abogado.

—A ver, señores, quiero que quede algo muy claro. Esto no es abrir una dulcería. Estamos hablando de energía suficiente para cubrir las necesidades de toda la costa oeste. Y eso significa precisión absoluta.

—¿Pero esto va a funcionar? ¿De verdad va a servir de algo? ¿O es un timo y estamos perdiendo nuestro tiempo y nuestro dinero? —la voz del de finanzas era amenazante—. Ya estábamos por inaugurar, ¿no? ¿Qué fue lo que pasó?

—Doyle lo miró como si fuera un niño necio al que le tuvieran que explicar las cosas varias veces.

—Este procedimiento ya se había llevado a cabo con éxito en una escala mucho menor, pero al tratar de teletransportar la cantidad de energía de la que estamos hablando las variables cambian. Por fortuna nos dimos cuenta a tiempo. Y por eso pude reunir al equipo de expertos de primera línea que están ustedes viendo aquí, para que nos ayuden a calibrar cuidadosamente cada aparato y a controlar con exactitud las variables.

—Pero entonces los aparatos funcionan. ¿Puede hacer-
nos una demostración a pequeña escala? —dijo el abogado
con sarcasmo.

—Los aparatos están calibrados en este momento, pero
no para el viento solar por el que estamos pasando —señaló
Saito.

Antes de que los trajeados tuvieran tiempo de intervenir,
Doyle levantó la mano.

—Doctor Saito, ¿qué le parece si usamos la frecuencia
más baja posible en el tokamak? Los señores necesitan ver
la maravilla que es esto... la belleza de los neutrinos.

Capítulo XXIX. Gea

Veda pensaba en la impaciencia y el miedo que estarían sintiendo Samuel y Martín. La responsabilidad le cayó encima con todo su peso. Si no se llevaba a “Grillo” a través del portal, ¿qué otra cosa podría hacer para salvarlo? Y si se lo llevaba, ¿cómo viviría con la culpa de haber dejado a Martín sin familia? No había mucho tiempo para decidir el destino de tanta gente que había sido buena con ella. Si los descubrían ocultando al niño, ¿cómo serían castigados?

Salió de PUREZA y se detuvo en un parque a ver nacer el día. El olor de unas flores parecidas a los jacintos llenó su cerebro. Los árboles florecidos daban colores al paisaje: rosa, amarillo, rojo. Las aves se hablaban unas a otras: tres cardenales, semejantes a los de la tierra, perseguían a dos hembras. Y las abejas estaban ocupadas en las pequeñas flores que brotaban del pasto. Se preguntó por qué esa sociedad había decidido soltar el control para que la naturaleza prosperara, y en cambio controlaba la vida de las personas y los penalizaba por sus enfermedades. ¿No eran los seres humanos tan dignos de compasión como cualquier otro ser vivo? Algo se había torcido en el camino. Culpó a Sienna. Quiso tener la energía y la determinación de combatir lo que esa mujer había creado. Tal vez podía unirse a

Saito y contribuir a la resistencia, pero, ¿deseaba tanto volver a casa!

Sacó su libreta y comenzó a escribir. La teletransportación había demostrado ser tan riesgosa, tal impredecible, que tenía que advertir a “Grillo”. Por eso empezó:

Querido Martín:

Tengo tantas cosas que decirte que una carta me pareció lo correcto.

Te quiero mucho y estoy muy agradecida de haberte conocido. En estos últimos meses me has mostrado tu increíble personalidad. Ya imagino, con orgullo, al joven en el que te estás convirtiendo.

Ojalá pudiera arreglar este mundo que te persigue.

La aventura que viene no será fácil, ni siquiera sé si podré acompañarte en ella. El portal por el que vas a ser teletransportado depende de pulsaciones solares y estas son breves, pero tú eres lo que más importa y por eso serás el primero en entrar. Quiero garantizar que estés a salvo en un planeta donde la gente puede ser vulnerable y su fragilidad no es castigada.

Te preguntarás cómo sé lo que hay del otro lado. He vivido ahí y te lo podré explicar más adelante.

Para entrar al portal debes ir con paso firme hacia el aro de luz que se abrirá ante ti. Sentirás que flotas y que tu mente no logra aterrizar en ningún lugar. El viaje es pesado a pesar de que dura sólo un par de minutos. Esto es normal. Tu cuerpo debe desconfigurarse para pasar al otro lado. Tu mente en cambio seguirá alerta, y también verás una parte de ti que nunca has visto: tu alma y tu sombra viajarán contigo.

Cuando termines de ser reconfigurado estarás en el planeta Tierra. Ahí te recibirán los hombres que

han hecho posible esta comunicación. Ellos nos han dado una esperanza para ti. Sin embargo, no saben de tu existencia ni de quién eres tú para mí. Una de las personas que te recibirá se parecerá a Saito y la otra a tu padre. Si por alguna razón no logro pasar contigo, por favor muéstrales esta carta y diles que eres lo más importante para mí en este mundo, y mi deseo es que te cuiden y hagan lo posible porque cumplas todos tus sueños. Si no puedo llegar a ellos ahora, deben saber que en algunos años llegará otro ciclo de explosiones solares y podremos intentarlo de nuevo. Realmente tengo la esperanza de que nos volveremos a ver.

La vida está llena de cambios y quiero que veas este viaje como una aventura. Cuando lo conocido se ha ido y lo desconocido ha ocupado su lugar, lo único que podemos hacer es aceptar el cambio y adaptarnos. Haz lo posible por ser feliz cada día, y sé siempre generoso y valiente.

Veda

Estaba por irse a descansar a casa cuando recibió la llamada de Saito.

—Llegué a PUREZA y no te encuentro. ¿Dónde estás? Traje todo lo necesario para grabar la placa. Podemos trabajar en ello sin riesgo. Justo hoy se celebra el Día del Equilibrio.

—¿Cómo?

—El día en que el océano se limpió del petróleo derramado.

—¡Voy para allá! Estoy muy cerca.

Veda fue directo al laboratorio Dante. Ahí vio a Saito y se sintió más tranquila. En cuanto su mamá diera aviso, también PUREZA sería un lugar de persecución para ella.

Él llevaba en su cajita de herramientas lo que parecía un desarmador muy pequeño totalmente hecho de metal y un martillo. Con esas dos herramientas se puso a dar golpecitos en la placa para grabar el mensaje. Así estuvo al menos una media hora.

—Lo que sigue es esperar a que el sol haga su parte. Calculé la hora a la que va a darse la explosión solar, será un fenómeno pequeño, pero suficiente para que se abra el portal.

—Puedo esperar contigo.

Se sentaron al borde del tanque sin poder dejar de mirar la pared.

—¿Tú crees que aún puedan llegar mokras por aquí?

—preguntó Saito nervioso.

—Según investigué, las últimas entraron hace unos seis años. Tal vez el sol de su planeta no ha estado activo. Ahora es el turno de que Gea esté en sincronía con la Tierra.

—Nunca pensé estar en una historia de *isekai*.

—¿Qué significa eso?

—Las novelas animé tienen su propio género de portales. *Isekai* significa otro mundo. ¿No me digas que no has leído alguna? Mi favorita es *Zero no Tsukaima*, porque el personaje se llama como yo y viaja a un mundo de fantasía atraído por Louise —Saito rio como liberando la tensión—. En fin, hay tantas *Isekai* ahora que creo que van a limitar los concursos por el exceso de participantes.

—Al menos aquí tenemos algunos cálculos para volver. Si en 10 segundos no pasa nada, entonces te creo que soy un personaje de manga.

Pasaron los diez segundos y un par de segundos más. De pronto, una luz azul les dio en el rostro. El brillo se dispersó por el cuarto y pudieron ver en la pared cómo se abría

un hueco ovalado de donde provenía la luz. Era más o menos del tamaño de una pelota de playa.

Veda corrió con la placa y la lanzó dentro del óvalo. Luego sintió un impulso que la tiró de espaldas y provocó un apagón. El laboratorio Dante quedó en total oscuridad. La voz de Veda susurró:

—Día dos...

Capítulo XXX. Tierra

Doyle llevó al grupo hasta el espacio hexagonal donde, además de las computadoras, estaba el colisionador de partículas, los controladores de alta densidad y el tokamak. Desde ahí iba a distribuirse la supuesta energía creada por fusión termonuclear, a toda la costa oeste. Acuity pensaba invertir en diversas instalaciones que recibirían esa energía sin cables de por medio. Por ahora sólo había un receptor en Vacaville, y era ahí donde el equipo estaba supuesto a enviar la energía; sin duda, el grupo esperaba monitorear todo el proceso. Doyle le hizo una seña a Saito como invitándolo a unirse a la comitiva y comenzó:

—Deben ustedes saber que hemos hecho varias simulaciones por computadora, y el proyecto es cien por ciento viable... en la computadora —subrayó—. Sin embargo, la experiencia nos enseña a esperar siempre lo inesperado. Esta imagen muestra la señal de rayos gamma producida en la simulación donde se ven las partículas de materia oscura. Como pueden ver, los colores más claros indican energías más altas. Lo que quiero decir es que no podemos trasladar con precisión los resultados de laboratorio a las condiciones del sol... Como ustedes insisten, voy a mostrarles cómo funciona la rejilla eléctrica, esta que ven en forma de ros-

quilla. Estén atentos a la energía que recibirá la instalación de Acuity en Vacaville; por favor, les ruego que tomen una bata de ese clóset. Después de todo, recuerden que trabajamos con gases ultracalientes cargados de energía.

Algunos de los trajeados, incluyendo al contador, fueron hacia las batas y se mantuvieron alejados de donde estaba la acción. En cambio, Snitman fue directo a las computadoras acompañado por Roberts y por el abogado general.

La vibración del proceso comenzó. Hacía un sonido leve, como el de un gatito dando terapia de ronroneo. No tardó en irse incrementado el zumbido hasta que, de pronto, el brillo en la computadora indicó una energía que sobrepasaba el medidor y una onda azul parecida a un rayo cayó en el área de refrigeración. En ese momento surgió una explosión al fondo, haciendo retumbar el laboratorio completo.

Patrick, que no había estado presente hasta el momento, salió vistiendo un equipo de protección casi de astronauta. Llevaba un extinguidor enorme y de manera exagerada roció distintas áreas cercanas a la explosión.

Snitman fue el primero en recuperarse de la sorpresa:

—¡Qué diablos pasó aquí!

Doyle se llevó las manos a la cabeza en señal de desesperación y se volvió hecho una fiera contra el director.

—¡Pasó lo que le advertimos que podía pasar! Pero ustedes con sus prisas, nunca hacen caso. Estamos desarrollando una tecnología que va a cambiar para siempre el mundo como lo conocemos y a ustedes les preocupan dos o tres semanas de más o de menos.

El director intentó decir algo, pero Doyle no lo dejó.

—¡Estamos hablando de miles de millones de kilowatts de energía que se van a mover con este proceso! Hay que ser maniáticamente exactos, porque si las cosas salen

mal, vamos a causar un desastre que haga ver a Chernobil como una fiesta de cumpleaños. ¿Entiende ya lo que le estoy diciendo? ¿Entiende su responsabilidad?

Doyle parecía querer continuar sus regaños, pero Saito lo interrumpió. Llevaba una máscara en la mano:

—Doctor, es mejor que todos salgan, este humo no es bueno y no tenemos suficientes máscaras para nuestras visitas.

—Acompáñelos afuera, doctor Saito. Deme esa máscara, yo voy a evaluar los daños.

El director trató de decir algo más, pero el japonés lo tomó del brazo.

—Venga, aquí es peligroso. Síganme todos. Afuera podemos conversar.

Mientras se dirigían a la salida, aprovechó para hablar casi al oído del director.

—Disculpen al doctor Doyle. Les aseguro que nadie está tan comprometido con el avance del proyecto como nosotros. Yo les sugiero que nos dejen eliminar cualquier eventualidad. Queremos repetir la demostración sin riesgo ni contratiempo antes de echar a andar esta tecnología de punta. Para eso, vamos a necesitar que nos den el espacio y la confianza para concentrarnos al cien y darles lo que se necesita.

—¿Cuánto va a costar reparar los daños? —preguntó el contador, que todavía parecía aterrorizado.

—Tenemos que evaluarlo, pero no se preocupe, la posibilidad de estos pequeños inconvenientes ya estaba en el presupuesto.

La conversación duró unos minutos más y luego el grupo de Acuity se despidió. Al final de la comitiva iba el contador revisando sus papeles y el abogado sacudiéndose la espuma del extintor.

Saito entró muy contento al laboratorio. Doyle se había comportado como un primer actor y ahora tenían el tiempo necesario para recuperar a Veda. Vio a sus tres compañeros. Samuel, que había permanecido atrás de la escena, llevaba aún el detonador en la mano; Patrick se había quitado el equipo de bombero improvisado y Doyle lo miraba muy erguido. Al fin, Este último quiso saber.

—¿Qué dijeron? ¿Está todo bien?

—Sí. Me encargaron enviarles un reporte semanal, pero nos van a dejar trabajar tranquilos el resto del mes.

Los cuatro hombres se felicitaron unos a otros. Incluso Samuel le dio un fuerte apretón de mano a Doyle, mientras le reconocía su labia para marear a la gente. Después de la euforia, se dieron cuenta de que había mucho que limpiar, pero como ninguno había desayunado, decidieron pedir unas tortas de un lugarcito cubano que mandaba a domicilio y brindar con un buen café.

Samuel decidió tomarse una siesta y los demás se pusieron a trabajar calibrando los instrumentos. La descarga solar que abriría el portal ese día, estaba programada para la tarde y la oportunidad era muy valiosa. Las horas que tenían pasaron muy rápido. Cuando ya parecía todo dispuesto, Doyle preguntó:

—¿Creen que el portal está listo para hacer pasar a un ser vivo?

—Ese era el plan, ¿no?

—Será un ser vivo, pero no la ratita que traje.

—¿Qué dices, Patrick?

—Fui a verla después de la detonación. Se mueve demasiado. El ruido de la explosión la puso muy nerviosa.

—Pero...

—Ni se te ocurra pensarlo. Si la sedamos se puede morir. Y queremos una ratita teletransportada, no una muerta. No podemos agregar otro elemento de riesgo.

—¡El portal se abre en media hora!

—Tenemos que mandar a la langosta —Doyle que se había acercado a los científicos— no hay tiempo que perder.

—¿Qué dicen? ¿Le salvé la vida para esto?

Patrick le dio una palmada y dijo con confianza:

—La vamos a teletransportar, no a matar. Voy a despertar a Samuel. Tiene que estar en esto.

Saito fue a su oficina con gran tristeza. La langosta se había convertido en una compañera para él. Le amarró las patitas y la llevó hacia la plataforma donde dispararían los neutrinos. Antes de dejarla, le susurró una de sus frases favoritas de Lewis Carol:

—“El único modo de lograr lo imposible, es convenciéndose de que sí es posible”.

Faltaban dos minutos. Los cuatro hombres ya portaban sus batas y sus lentes de protección. La tensión pareció quitarles el aliento por un segundo.

—¿Todos listos? —dijo Patrick, confirmando que Doyle alineaba el rayo al torso del crustáceo.

—Sí —respondieron los hombres como una sola voz.

Se hizo el disparo y Alicia desapareció sin dejar ni una pata atrás.

—¿Se fue? —Saito se quitó las manos de la cara. El grito de júbilo de los tres le dio la respuesta.

—¡Lo logramos! No hay rastro de ella.

—¡Pero miren! El agujero azul de la pared sigue abierto. Se ve como la consistencia de una nube. Ya se cierra. ¡Qué belleza, qué maravilla! —dijo Doyle.

Vieron en silencio cómo la nube se disipaba y se iba cerrando la pared. Pasaron unos segundos más y entonces

se oyó un *clank, clank* de algo que rodaba por el piso de la plataforma.

Todos se quedaron paralizados por un momento.

Saito se ajustó los guantes del equipo de protección y fue hacia la pared. El portal estaba cerrado, pero en el piso se hallaba la placa de aluminio que habían mandado antes. Tenía un brillo azul que se fue atenuando. La tomó con cuidado, pensando que la placa estaría muy caliente, pero no era así. Cuando la revisó, se dio cuenta de que la parte de atrás que ellos habían dejado intacta, estaba grabada: Estoy bien. Lista para el regreso. Llego con el siguiente viento solar de categoría Z, 8 angstroms.

—¿Qué es? —preguntó Samuel.

—La langosta se fue y algo entró en su lugar.

—¿Qué es?

—Un mensaje de Veda. De todo el gran Pacífico hemos dado con la foca correcta.

Capítulo XXXI. Gea

Pasaron unos segundos en los que Veda no pudo levantarse. Era como si el portal la hubiese empujado con una onda. Saito también había caído en seco, pero como resortes, las piernas reaccionaron para ponerlo de pie. La luz de su teléfono iluminó el espacio. De pronto en la sombra vio algo que lo hizo gritar:

—¡Entró una mokra!

—¿Qué dices? —preguntó Veda ya de pie.

La luz daba en un animal que estaba panza arriba junto a la pared recién cerrada.

—Espera, necesito más luz. Creo que eso no es una mokra —la científica se acercó al animalito— es una... langosta.

—¿Cómo una langosta?

—Ven, acércate.

—Creo que primero debo arreglar lo de la luz. Voy a reiniciar el sistema. Sé dónde está el interruptor.

Veda, mientras tanto, había puesto al derecho a la langosta, como si enderezarla le diera alguna respuesta. En seguida le habló con un tono compasivo:

—Creo que te mandaron para asegurarse de que el portal funcionara con seres vivos. No encuentro otro mensaje.

Saito echó a andar la iluminación y regresó con Veda.

—Eso es un crustáceo.

—Sí. Lo mandaron de la Tierra. Creo que es la señal de que mañana viajamos. Tal vez era lo que tenían a la mano.

—Es realmente bello. Nunca había visto un camarón tan gigantesco.

—¿No existen aquí las langostas?

—Bueno, no es que conozca todo del mar.

—Tengo que cuidarlo de aquí a mañana. ¿Cómo la podemos mantener hidratada para que no se muera?

—Los crustáceos pueden estar fuera del agua un tiempo breve, pero es mejor que la envolvamos en un periódico con agua salinizada o, mejor, en una cubeta.

—¿De aquí a mañana nadie va a entrar a este laboratorio, verdad?

—Nadie entra a Dante, nunca.

—Entonces, creo que podemos ponerla en algún contenedor.

—He visto por ahí un par de peceras con agua salinizada para transportar las mokras. Me traigo una y ya está. La verdad es que me gustaría quedármela. Sería un buen recuerdo de ti.

—Tiene un color muy bonito. No te la comerás, ¿verdad? Por toda respuesta Saito meneó la cabeza.

—Lo siento. Eso fue... perdóname. No sé cómo agradecerle lo que has hecho por mí. Salgamos por la escalerilla trasera.

Fueron en silencio. Cerca de la explanada Saito le quitó a Veda la langosta:

—Voy por la pecera. ¿A qué hora necesitas estar aquí mañana?

—Alrededor de las cuatro de la tarde. ¿Cómo haremos para entrar todos sin ser vistos?

Saito pareció meditar un momento.

—Debo poner un letrero que diga “En mantenimiento”. También necesito hablar con Salvador para que se ocupe de esta zona. No vaya a ser que decida tomarse el día.

—Necesito ir a mi laboratorio. No crees que Lucano haya venido a trabajar, ¿verdad?

—Si está, tendrás que inventarte algo, pero no lo creo. Subo a buscarte en dos horas. Mañana es un día importante y tal vez quieras preparar todo en casa.

Un rato después y, sin contratiempos, Veda y Saito llegaban a la casa donde esperaban Martín y Samuel. El joven corrió hacia ellos al ver que Saito llevaba un contenedor transparente con un animal.

Veda explicó la presencia de la langosta.

—Mañana tenemos que estar en el laboratorio antes de las 4:00 pm. No nos toca hacer nada más que esperar a que se abra el portal. Para explicar mejor las cosas te hice esta carta, Grillo, llévala contigo.

—¿No llevaré una maleta o algo?

—No, hijo. Esto será empezar de cero.

—También mi papá va a entrar con nosotros, ¿verdad?

Veda guardó silencio. Le había dicho “hijo” y ahora, ¿cómo podía decirle al niño la verdad?

Entonces Samuel intervino.

—Esta es una oportunidad, Martín. Asegurémonos de que estás a salvo primero. Yo me les uniré en algún momento —lo abrazó con fuerza— de cualquier manera, mañana estaré ahí para protegerlos de que nadie les corte el paso. Necesitamos suerte. Han pasado ya dos días y la oficina de Salud debe de haber dado algún aviso.

A manera de consuelo, Veda fue a su diario para anotar los acontecimientos del día.

Capítulo XXXII. Tierra

Saito, Samuel, Patrick y Doyle se pusieron a preparar y a calibrar todos los instrumentos para la gran teletransportación. Patrick, que estaba a cargo de la parte térmica; es decir, de conseguir el calentamiento óptimo de los átomos para generar el plasma, se puso de pronto muy pálido. Se acercó a Saito que estaba revisando la cantidad que quedaba de tritium.

—Algo está mal con los ánodos giratorios —le dijo. No estoy logrando contener las ondas magnéticas—. ¿Lo sientes? Acercó la mano enguantada de Saito al borde. No se supone que se escape ningún tipo de calor. Así no podemos producir fusión termonuclear controlada.

—¿Me estás diciendo que hay una fuga?

—Me temo que sí. No estoy logrando obtener más de 59 mega joules de energía.

Saito fue directamente a checar el tokamak.

—¡No puedo creerlo! La membrana de la cámara toroidal también está generando burbujas. Debe de haber bajado la presión del gas.

—¿Crees que Doyle uso material corriente? Son estas pequeñas piezas las que deben ser de la más alta calidad.

—Voy a preguntar si tiene ánodos de repuesto.

—Ojalá. La última vez que ocupé algo así en Caltech tardaron en entregármelos dos semanas. Necesitamos que sean de molibdeno.

Saito fue a conversar con Doyle. Eran las once y tenían hasta las cuatro para esperar el gran evento solar, cuando la mayor cantidad de plasma abriría el portal.

Fueron al clóset que estaba cerca de los refrigeradores a buscar las piezas, pero el interior apestaba todavía por la explosión del día anterior.

—¡Samuel! No habrás puesto el explosivo dentro del clóset, ¿verdad?

—¡Claro que no! Pero pasa con algunos explosivos. Es difícil medir el alcance —Samuel cruzó los brazos.

—No podemos perder tiempo en generar culpas. Hay que conseguir las piezas.

—Para eso necesitamos dinero. Saquen todos sus carteras, voy a llamar al proveedor —dijo Saito.

Unos minutos después les confirmaba que, efectivamente los pequeños cilindros tardarían unas dos semanas.

—Veda nos espera hoy. Y no hay explosiones solares relevantes en el futuro cercano. Tenemos apenas horas para solucionar esto.

—¿Dijiste que había un torus en Caltech? —preguntó Doyle a Patrick.

—Sí, del tamaño de una casa.

—¿No conservan ustedes piezas de reemplazo que podamos tomar a la descuidada? —preguntó Samuel.

—Me estás diciendo que robe...

—No. Usamos los ánodos esos y luego se los regresas.

Los cuatro hombres se comunicaron con la mirada. Al fin, Patrick dijo.

—Pues ya qué... Al fin, tengo acceso al laboratorio. Nuestro *torus* no es compatible al cien por ciento con este

tokamak... pero las piezas que generan la oscilación son las mismas. Eso sí, necesito la ayuda de alguno de ustedes para cargar el equipo, y... Samuel puede ser un buen distractor.

—¿Necesitan de mi protección, muchachos?

—No, lo que dije es que a un inválido en problemas siempre hay quien le tenga lástima —dijo Patrick que parecía disfrutar el pequeño desquite.

—Lástima la que vas a dar cuando te vuelva a romper la cara. ¿O prefieres un toque? —el rostro enrojecido de Samuel hizo brincar a Saito.

—Basta. No hay tiempo para los trancazos. Vámonos. Yo manejo.

El plan que idearon era que Saito y Patrick entraran por casualidad, y una vez que tuvieran las piezas, usar a Samuel como distractor para sacarlas del edificio sin que sonara el detector de metales. Después de todo, Patrick trabajaba ahí y Saito era conocido en la comunidad científica. El proceso no debía tomarles más de unos cuarenta minutos; sin embargo, al llegar al laboratorio vieron que no había piezas de reemplazo. Necesitaban tomarlas directo del *torus*.

Patrick decidió que la única manera de ubicar los ánodos rotatorios era echando a andar el reactor y utilizar agua pintada con algo fosforescente.

—Aquí afuera hay una maquinita de refrescos, tráete el más pintado.

—¿Cómo? ¡Lo vamos a descomponer! —dijo Saito y agregó desesperado—. Y ¡nos lo van a cobrar!

—No, no te preocupes. Los ánodos se usan también en las máquinas de rayos x. Necesitamos hacer eso para ubicar las piezas en el arranque. Necesitamos tres. En seguida lo apagamos y lo hacemos correr con agua destilada. Luego, cuando regresemos las piezas, volvemos a limpiarlo.

Por fin desmontaron lo que necesitaban. Eran un poco más grandes que los del tokomak, pero podrían funcionar si los ajustaban de la manera correcta. Al cabo de hora y media Saito envió la señal a Samuel. Este salió del coche que estaba estratégicamente estacionado y entró a pedirle ayuda al guardia que custodiaba ese laboratorio.

—Amigo —el hombre corpulento lo veía desde su posición detrás de la mesa— mi camioneta se averió. Creo que es una tontería, un cable suelto o algo del carburador, pero, verá... no alcanzo. Estoy en esta silla de ruedas condenado a pedir ayuda... perdóneme. No sabe la vergüenza que eso me da.

—¿Qué necesita?

—Que salga un minuto conmigo y me ayude a juntar el cable suelto. Es que desde aquí abajo, en mi silla, no veo.

El guardia salió tras de él. De cualquier modo, la puerta requería una tarjeta electrónica para que cualquiera pudiera entrar.

Mientras el guardia miraba el motor y seguía las instrucciones de Samuel para reconectar el cable que ellos mismos habían zafado, los científicos sacaron la mochila con las piezas, y corrieron al edificio adjunto. Ahí esperarían a Samuel.

La coordinación había sido exacta y a la vez sencilla. Cuando salieron de Caltech con las piezas robadas, los hombres no pudieron sino comentar cuánto se había consolidado como equipo. La voluntad que Veda les había inspirado para lograr las cosas, a pesar de cualquier circunstancia, era simplemente admirable.

Los hombres llegaron a Acuity y se pusieron a trabajar a toda prisa. Disponían únicamente de un par de horas para montar y probar que todo funcionara.

Antes de las 4:00 pm, Acuity estaba listo para recibir a Veda.

Capítulo XXXIII. Gea

Día 3.

Veda despertó. Le pareció que había olvidado respirar por un segundo. Fue a la pequeña cocina de Saito a prepararse un té. Recorrió el espacio con la mirada. No estaba ni Samuel ni Martín. Ese no era el día en que se podían perder las personas.

Había una nota en la mesa de la cocina, junto a la cafetera, Veda pensó que diría algo en broma como “bébeme”, pero para su sorpresa era un mensaje de Martín que decía: Fui a despedirme de mi abuelo.

Veda sintió que la sangre le llegaba a las orejas. A las 4:00 de la tarde Martín y ella tenían que estar frente al portal, listos para cuando este se abriera. ¿Qué pensaba Grillo? Enseguida un dolor le pegó como un puñal en las tripas. ¡Sienna!

Buscó a Samuel por el departamento, al no encontrarlo imaginó que estaría en la azotea. Por alguna extraña razón se sintió muy enojada con él. Ahí estaba muy animado hablando por teléfono. La ira se apoderó de Veda cuando escuchó el nombre de Lidia. ¿Por qué haría a Lidia su confidente? ¿La habría estado engañando con ella todo este tiempo?

Samuel festejaba algo de la conversación. Se le oía... animado, contento, disponible.

Veda estaba a punto de reclamarle o arrebatarse el teléfono o algo, pero se paró en seco. No le correspondía estar celosa o meterse en la conversación de ese hombre y esa mujer que sólo la habían ayudado.

Por fin, Samuel hizo caso de su presencia.

Veda quería decirle que le molestaban sus miedos y su falta de pasión para defender al niño; sin embargo, se guardó esas emociones. Lo único importante era transmitirle lo que acababa de pasar.

—¡Martín no está!

—¿Cómo?

—Necesito tu ayuda. ¿Tienes el teléfono de mi papá? No logro encontrarlo en mis contactos.

—¿Tu papá está con él? —preguntó mientras marcaba con manos temblorosas—. Lo lamento.

Samuel hizo una mueca y marcó en su celular. Alguien respondió del otro lado de la línea. Era la voz juvenil y suave de don Antonio. Veda quiso arrebatarse el teléfono a Samuel, pero él no se lo permitió. En cambio, puso el aparato en altavoz.

—Don Antonio...

—Samuel, ¿cómo estás?... Ya sé a qué se debe tu llamada. Aquí está Martín conmigo, ha estado explicándome cosas... Cosas que yo no sabía... Me dice que ¿está enfermo?

—Don Antonio, ¿puede pasarme a Grillo?

El abuelo titubeó. Por fin dijo:

—No estamos en casa. Lo traje a comer algo y pasó un momento al baño.

—¿Está Sienna con ustedes?

—¡No! Ella no estaba cuando Martín llegó.

Veda tomó el teléfono de manera impaciente.

—Papá —lo dijo sin pensar mucho— necesitamos un favor muy grande de tu parte.

—Hija, no sé qué tanto está ocurriendo. El niño se quiere escapar, no sé, me pide que lo ayude con eso, pero yo qué voy a saber a dónde ir. A lo mejor es solamente un resfriado. Eso sí lo curan en el hospital.

—Escúchame, papá, estamos con el tiempo contado. Necesitamos que lo traigas a PUREZA. Nosotros vamos para allá también. Todo se va a arreglar. Allá puedo explicarte mejor, pero necesito que vengas de inmediato.

—Pero estos días el complejo de PUREZA está cerrado.

—Y eso es muy bueno... No hay personal. No está Siena. No le has contado a mi mamá nada de Martín, ¿verdad?

—¿Por qué le contaría que su nieto está enfermo? Eso la atormentaría mucho. Ya sabes, porque ella no podría... no sabría hacer la excepción.

—Tú no quieres que Martín tenga que huir del Departamento de Salud durante toda su vida, ¿verdad? Entonces lleva al niño a PUREZA y ahí te explico todo.

—El problema es que no sé si él quiere ir...

Samuel, le quitó el teléfono a Veda.

—Don Antonio, corra usted al baño. No vaya a ser que se haya ido.

Pasaron dos minutos que a Veda le parecieron eternos. Por fin oyó la voz de Grillo.

—Hola, má.

—¿Estás bien?

—Sí, pues, un poco triste porque no me voy a poder despedir de Gina ni de mis amigos de la escuela y eso, pero al menos quería ver al abuelo. Él me va a llevar para allá. Leí tu carta. Ni tú ni mi papá van a ir conmigo, ¿verdad?

—Eso lo dije por si el portal se cerraba antes de que pasáramos todos.

—Si no pueden mi papá ni tú... ¿podría viajar conmigo el abuelo?

—¿Él quiere? ¿le contaste del portal?

—No. Pero como vamos a PUREZA, ahí le cuentas.

Samuel colgó el teléfono y miró a Veda como buscando en ella la respuesta.

—Tiene sentido. Vamos a terminar los preparativos —dijo ella, como sacudiéndose el miedo.

Los minutos que siguieron fueron de angustia y silencio, hasta que Veda se acercó a Samuel, que estaba en la salita haciendo unos trazos.

—¿Qué haces?

—Es un nuevo proyecto. Quiero que Martín se lleve la información y busque este desarrollo en tu mundo. Sería lindo que apareciera y con él me recordara —la voz salió apenas de su pecho.

—Martín es un buen hijo.

—¿Y yo? —Samuel sonrió, pero la miró con dureza— Entre los dos Samueles escoges al del otro lado.

Pasó un minuto hasta que Veda retomó la conversación.

—Este mundo es muy bello, con sus atardeceres azules y la naturaleza en equilibrio, con la empatía que las personas han desarrollado hacia los animales, las consideraciones que toman para no usar y consumir indiscriminadamente. Voy a quedarme. Quiero ayudar. Encontrar la manera en que las mokras no necesiten alimentarse de seres humanos. ¡De los más débiles! Eso es terriblemente cruel, y la sociedad no lo combate porque está, en mi opinión, asustada y deprimida.

—Pero este no es tu mundo. ¿No piensas volver al otro?

—Habrá otras oportunidades para irme. Las explosiones solares ocurren con periodicidad. Digamos cada siete años —dijo con una risa nerviosa que denotaba su amargura.

—¿Vivirías conmigo?

La puerta de entrada se abrió interrumpiendo la conversación. Era Saito. Estaba muy nervioso y la voz salió con un leve tartamudeo:

—Es hora de irnos. Mi amigo estará listo. ¿Dónde está Martín?

—El niño llegará a PUREZA directamente. Lo va a llevar su abuelo.

La mirada del japonés fue de asombro mezclado con desesperación.

—Se nos escapó, pero ya vienen para acá.

—Díganle al señor que nos espere en la estación del eólico. De alguna manera el abuelito causará menos sospechas y le hará la vida más sencilla a nuestro guardia. Pero debemos llegar todos juntos, como una comitiva.

Llegó el momento del encuentro. Como las instalaciones de PUREZA estaban cerradas había pocas personas afuera del eólico. Las tiendas y los restaurantes estaban en otra área. Además, muchas personas aprovechaban para visitar algún parque, y estos quedaban en dirección opuesta.

—La mayoría de mis amigos están acampando. Pero hice estas cartas, mamá —tú me diste la idea— para que sepan que no estoy muerto ni nada, sino que estoy de viaje.

Veda le sonrió a Martín, pensando lo mucho que iba a extrañar su alegría y modo de ver la vida.

—Solo para confirmar... En la carta no les hablas del portal, ¿verdad?

—No. Les escribí sobre un proyecto de restauración de los ecosistemas en Zimbawe y en el Congo. Dije que estaría en esos dos lugares.

El abuelo meneó la cabeza.

—Veda, me parece que existen ese tipo de proyectos, ¿no sería mejor de verdad mandarlo a algo así? Yo pagaría sus gastos.

—No pasaría el examen médico, querido suegro. Ese es el tema. Pero la idea que tuviste es buena, Grillo.

Mientras conversaban de la abundancia de las ballenas, elefantes, gorilas y otras especies, llegaron al laboratorio Dante. El corazón de Veda latía con fuerza y sus mejillas estaban enrojecidas.

Para fortuna de la comitiva, estaba Salvador a cargo de la entrada, de modo que, tras un breve saludo, fueron todos escaleras abajo.

Saito y Veda eran los únicos que estaban familiarizados con ese lugar. Por eso, sabían moverse en el recinto a pesar de la poca luz. En cambio, don Antonio caminaba despacio como si estuviera a punto de encontrarse a algún espectro. Martín iba a su paso, como cuidándolo. En ese momento Veda se dio cuenta de que ellos dos habían mantenido una relación muy estrecha a pesar de Sienna.

—Casi no hay luz —dijo Samuel y su voz temblaba— esto es medio siniestro.

—Ahora lo arreglo —Saito se dirigió hacia un clóset para echar a andar el generador; sin embargo, no había aún llegado cuando Sienna salió de ahí precipitadamente y detrás de ella un guardaespaldas. Era un hombretón barbado de casi dos metros que pareció desenrollarse del pequeño espacio en el que estaba escondido.

Saito gritó con la sorpresa y Sienna gritó también:

—¡Alto! ¡Esta es mi propiedad!

—¡Sienna, somos nosotros! —gritó don Antonio

—¡Traidor!, ¿también tú estás con ellos? ¡No sé de qué se trata todo esto!, pero ya sabía que vendrían aquí. Tengo

monitoreada a toda la familia, así que en este momento me van a explicar qué traman sin mi permiso.

—Vete —gritó Antonio—. Necesitamos hacer algo.

—Claro, algo con mi portal. Pero ¿a dónde pueden ir si ese portal es para las mokras? ¿Quieren manchar mi nombre y todo lo que he hecho por esta sociedad? ¡Mil veces te dije que el chiquillo tenía algo raro y no valía la pena ni encariñarse!

Veda, que había tardado en reponerse de la sorpresa del clóset, escuchó eso último y corrió hacia Sienna. Apenas le había logrado dar un empujón cuando la alarma de su celular sonó. Estaba activada para alertar dos minutos antes de las cuatro.

El guardaespaldas, como un resorte activado por la alarma, brincó para detener a Veda. Ella hizo por soltarse, pero no había manera de competir con el agarre de esos brazos. Samuel entró en acción y tomó al gigante por el cuello. En el forcejeo, Veda alcanzó a ver que en la pared se iba abriendo un círculo con los tonos violeta, azul y rojo del arcoíris.

—¡Martín!, entra en ese círculo —gritó con voz ahogada.

Él reaccionó y tomó del brazo al abuelo. La iluminación del portal les permitió ir aceleradamente hacia la pared. Solo al llegar al círculo, que cada vez era más grande, el muchacho pareció dudar un momento. Entonces don Antonio tomó la delantera y lo jaló con firmeza, de manera que ambos pasaron a través del círculo. Este pareció alcanzar su máximo diámetro y comenzó a cerrarse.

Sienna, que había caído al suelo, se levantó y corrió el último tramo que la separaba de la pared. Llevaba el brazo levantado como para detener a su esposo antes de que el portal se cerrara, sólo que, en ese momento, como si fue-

ra un jugador profesional de futbol americano, Saito chocó con fuerza contra ella para bloquearle el paso y la lanzó a una parte donde la pared ya estaba cerrándose. El resultado fue desastroso. La mitad de Sienna pareció haber pasado por el portal y la otra mitad sobresalía de la pared. Esto duró un segundo hasta que la mitad que se veía se gelatinizó, llenando el suelo de su composición orgánica. El portal estaba cerrado. Habían desaparecido Martín y don Antonio.

Epílogo Gea

Después de que el portal se cerró, ocurrieron varias cosas:

El guardaespaldas soltó a Veda y corrió hacia el charco gelatinoso, sin embargo, frenó antes de llegar a la pared, pues el recinto había quedado de nuevo a oscuras. Saito, que conocía las dimensiones de ese espacio de memoria, aprovechó la oscuridad para noquearlo con una llave de tuercas del kit que había llevado para hacer la placa, y que se había quedado en una esquina del recinto. Veda se desplazó tanteando la pared, y llegó hasta el generador para echar a andar la luz inmediatamente. Una vez que todo se iluminó, Saito le pidió a Samuel que fuera por su amigo, el guardia. Salvador bajó, y entre él y Samuel se ocuparon de subir al gigantón, que seguía desmayado. Saito, que se había mantenido en calma, fue por una manguera y, con el chorro a presión, hizo desaparecer a Sienna por el desagüe.

Los días que siguieron en Gea fueron extraños. Algunos funcionarios de PUREZA cuestionaron a Veda sobre lo que el gigantón alegaba y sobre el paradero de sus padres. Ella tuvo que decir que ignoraba todo, y que era obvio que el señor alto había sufrido una contusión. Luego, el Departamento de Salud llegó a casa de Samuel para buscar a Martín e interrogaron a la pareja sobre el niño. También fue

a visitarlos personal del Departamento de Educación, pues no estaban conformes con que el muchacho no hubiera cerrado el ciclo escolar, y al final, fueron algunos amigos del niño, cuyos padres estaban seguros de que la familia se había inventado ese cuento de que Martín estaba de viaje. Se creyó incluso que los abuelos habían pedido ser lanzados con el adolescente a la tina de mokras porque su vejez comenzaba a ser notoria, y no querían vivir sin el nieto.

Cuando la vida comenzó a ser de nuevo rutinaria, Luciano le ofreció a Veda un puesto de tiempo completo en PUREZA. Ella aceptó para cambiar las cosas desde dentro. Lo que no pudo hacer fue seguir viviendo con Samuel.

—Eres una persona a la que le gustan las reglas y el orden. Y yo no quisiera causarte problemas con lo que voy a iniciar —le dijo ella.

—Tal vez tienes razón. Yo únicamente soy un arquitecto y a eso pienso dedicarme. Necesito tiempo para reponerme de la ausencia de Martín, y también para olvidar que tú no eres mi esposa. Nada más no asumas que me gustan las reglas. Las estimo necesarias. Pero creo que siempre me vas a comparar con el esposo que te espera.

Hubo un momento de silencio. Veda comprendió lo que Samuel callaba: que él también la estaría comparando con la esposa que perdió.

—Ahora soy una especie de doble agente. Estoy con la resistencia, pero, al mismo tiempo, me da miedo que este equilibrio que lograron con la naturaleza se pierda. Lo que quiero es que la sociedad recupere el amor y el respeto a la fragilidad humana. No sé si estemos hechos para tener depredadores, creo que con nosotros mismos basta y sobra.

—Si en algo puedo ayudarte, cuenta con eso.

—En siete años voy a tratar de abrir el portal para que regrese Martín. Claro, si él quiere, y si las condiciones son correctas.

—Y tú ¿te irás?

—Creo que habrá pequeñas explosiones solares que me permitirán al menos comunicarme con la gente de la Tierra. Ya se verá —dijo Veda con un dejo de coquetería.

Epílogo Tierra

Martín y Antonio llegaron al laboratorio de Acuity. El asombro que causó su llegada fue inmenso. Las miradas iban de un hombre al otro, y así las preguntas rebotaban entre los seis caballeros. Al fin Saito preguntó:

—¿Y Veda?

La carta que Martín tenía en el bolsillo explicó que Veda se había quedado por voluntad propia, y que Martín requería de la ayuda de Samuel. Fue una carta que pasó por los ojos de todos, incluyendo a Doyle, y ninguno daba crédito a lo que acontecía. La presencia de don Antonio pareció ayudar bastante, pues seguro así era como Samuel recordaba a su suegro.

Al cabo de un rato y aún con mil preguntas, Patrick sugirió dar por concluido el asunto y regresar a casa. No habría más explosiones enormes que les trajera a Veda.

—Esto que hicimos es realmente importante, colegas —dijo Doyle—. A pesar de que no haya querido regresar nuestra científica, acabamos de dar con la teletransportación.

—Tú no tienes derecho a decir “nuestra científica” —dijo Samuel en un tono que denotaba su hartazgo.

—Papá —interrumpió Martín—, perdón... señor.

El grupo enmudeció.

—No te preocupes —dijo Samuel—. Han sido muchas emociones para todos. Al decir esto la voz se le quebró y se tapó la cara con las manos.

Saito comprendió que su amigo estaba llorando y fue hacia su mochila. De ahí sacó un rollo de papel completo. El gesto hizo que el llanto se cambiara por carcajadas generales.

Ya más animados optaron por despedirse.

—Bueno, los que vivan conmigo, vámonos —dijo por fin Samuel.

—¿Yo también? —preguntó Doyle.

—Sí, ahora más que nunca. Los de Acuity van a querer el descubrimiento y no vamos a permitir que lo vendas.

—Pero todo esto es de ellos.

—Excepto la idea —dijo Saito—. Necesitamos replicar todo el proceso, pero en la universidad.

—Me van a demandar si no entrego algo.

—Creo que vieron lo peligroso que era el experimento. Necesitarás regresarles el adelanto que te dieron y, si insisten en resultados, puedes amenazarlos también. Decir que irás con la prensa a denunciarlos por obligarte a hacer algo tan riesgoso para la población.

—Sí, sí... esto es más grande de lo que ellos esperaban.

—Estoy pensando que deberíamos reproducir el experimento en el observatorio de Maunakea —dijo Patrick— ¿quién se anima?

Saito y Doyle levantaron la mano. Un segundo después Samuel, don Antonio y Martín la levantaban también.

—Todo es mejor en Hawái —dijo Samuel y agregó mirando a Martín—, ya verás que atardeceres rojizos más hermosos tenemos.

Atrapada en Gea, por Gabriela Santana, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en enero de 2025. En la composición tipográfica se utilizó la familia Georgia. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial No Periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión Administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Diseño de portada: Adriana Minerva Vázquez Chávez. Corrección, diseño de interiores y cuidado de la edición: Myriam Cruz Calvario.

Veda despierta en un hospital de Gea, un planeta espejo de la Tierra. La científica ha sido teletransportada desde su laboratorio, donde estudiaba explosiones solares y materia oscura. Tres hombres: Samuel (su esposo) y dos científicos con quienes colaboraba, están convencidos de que ella está viva y pueden abrirle un portal para que regrese a la Tierra; mientras tanto, en Gea, Veda necesita sobrevivir, ya que ahí los seres humanos tienen un depredador.



Gabriela Santana. Cree en el asombro como la respuesta natural hacia la realidad. Su pasión por las estrellas comenzó cuando era niña y vio por primera vez los anillos de Saturno. Para seguir asombrándose, estudió literatura Latinoamericana en la Universidad Iberoamericana, y luego se doctoró en filología hispánica por la Universidad Complutense de Madrid.

Desde entonces, su misión ha sido contribuir al desarrollo de otros individuos a través de la palabra con el fin de motivar, consolar y transmitir una filosofía de vida que respeta a otros seres y aspira a la libertad. Con esto en mente, ha escrito múltiples libros para público juvenil, y novelas que apuntan al empoderamiento de las mujeres. Actualmente trabaja en Carolina del Norte, Estados Unidos, elaborando materiales para promover el bilingüismo en las escuelas públicas. En esta, su cuarta novela, hace una reflexión acerca de la ecología y los dilemas morales en un mundo paralelo al nuestro.

ISBN: 978-607-8984-64-0



UNIVERSIDAD DE COLIMA